U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

"ESTUDIO PSICOLOGICO SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DEL PREJUICIO"

T E S I S

QUE PARA OBTENER LA LICENCIATURA DE
PSICOLOGO
PRESENTA

JOSE MIGUEL PALOMARES FRIAS

CIUDAD UNIVERSITARIA
NOVIEMBRE DE 1966 MEXICO, D. F.

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Z. 5053.08
UNAM. 47
1966
Ej. 2

M. - 160950
Tps. 63

A MI PADRE:

Sr. Felipe Palomares R.

A MI MADRE:

Sra. Ana Ma. Frias de P.

A MI HERMANO:

Sr. Luis Palomares F.

395

AGRADEZCO LA COLABORACION DE LOS DOCTORES:
LORENZO ACOSTA Y HECTOR MANUEL CAPELLO,
GRACIAS A ELLOS FUE POSIBLE LA ELABORACION
DE ESTE TRABAJO.

CONTENIDO

INTRODUCCION.

COMO SE ADQUIERE EL PREJUICIO.
- Qué es el prejuicio.
- Psicodinámica del prejuicio.
- Desarrollo del prejuicio en el niño pequeño.
- Personalidad prejuiciosa.

PREJUICIO Y RELIGION.

PREJUICIO SOCIOCULTURAL.

PREJUICIO Y SEXUALIDAD.

PARTE EXPERIMENTAL.

MATERIAL Y METODO
- Técnica empleada para medir la actitud prejuiciosa.
- Forma de aplicación del instrumento investigador.
- Método para calificar las proposiciones.
- Variables a controlar.
- Características de los sujetos que constituyen la muestra.

RESULTADOS OBTENIDOS.
- Comparación de los resultados por áreas y tablas de los grupos.
- Análisis y discusión de los resultados.

SUMARIO-CONCLUSION.

BIBLIOGRAFIA.

INTRODUCCION

El presente trabajo tiene el propósito de presentar un breve análisis sobre la dinámica misma del prejuicio. Así mismo presentar los prejuicios religiosos, sociales y sexuales de nuestro medio ambiente, como también una parte experimental, que se aplicó en una ciudad de provincia, que por su tradicionalismo y estilo de vida pensé que sería una muestra muy eficaz para explorar precisamente los prejuicios de esa ciudad. Creo que me ha motivado un interés muy especial para hacer una pequeña investigación sobre el prejuicio, considerando, analizando y observando la vida social de esa ciudad provinciana en la que he vivido muchos años. Por lo tanto me propongo en este trabajo medir el nivel prejuicioso de dicha ciudad, presentando los resultados obtenidos en la prueba que apliqué a varios sujetos de diferentes clases sociales, produciendo un resultado que objetivamente tiene significado, proporcionándonos de esta manera el grado de prejuicio.

Este trabajo está dividido también en dos partes, una teórica que consta de investigación bibliográfica y la parte experimental que como se dijo anteriormente se aplicó una prueba para medir la actitud prejuiciosa de varios sujetos investigados.

Tratamos también de las actitudes prejuiciosas que varían de un país a otro; sin embargo, cuando las diferencias sociales son muy marcadas, se encontrará más frecuente la destrucción de la felicidad familiar, como en el caso de los que contraen matrimonio con alguien que no pertenecía al mismo nivel social. En todos los países, aún en los de mentalidad democrática, existirá el prejuicio de que los matrimonios entre personas de diferente raza o posición social están condenados al fracaso. Así se cultivan distanciamientos que arruinan la felicidad familiar. Está, pues, muy justificado preguntarse en cada país cuáles son los prejuicios todavía dominantes y tratar de superarlos.

Esta tesis persigue la finalidad de mostrar las consecuencias de los prejuicios irreflexivos en las relaciones entre los seres humanos, y quiero contribuir a combatirlos.

Es necesario hablar de una manera general y sintética de lo que es el prejuicio. Como se sabe, la maraña de prejuicios en todo el mundo es uno de los factores que determinan el poderío, la desconfianza y las rivalidades de la humanidad. Mientras que algunos de estos antagonismos interminables parecen basarse en un conflicto real de intereses, en realidad son, de temores imaginarios. Sin embargo, los temores imaginarios pueden provocar sufrimientos reales. Por

lo tanto, cabe pensar que los antagonismos y los odios entre Oriente y Occidente, concretamente, no constituyen novedad alguna; más bien el hecho de que actualmente ha tenido gran desarrollo la tecnología, es lo que determina que tanto Este como Occidente estén fastidiosamente próximos; de tal manera que no sabemos cómo ajustarnos a nuestra nueva proximidad mental y moral.

Dejando esta idea de tensión entre Oriente y Occidente como determinante para crear prejuicios, aclararemos que cuando hablemos de prejuicios es probable que pensemos en el "prejuicio racial". Esta es una asociación de ideas desafortunadas; porque a lo largo de la historia los prejuicios alentados por el hombre han tenido poco que ver con la raza. Casi siempre el prejuicio y la persecución han tenido otro fundamento. A menudo se han basado en la religión, aunque esto es relativo, pues es evidente que no solamente la religión determina los prejuicios sino que hay otros factores socioculturales que también tienen qué ver para la formación de los mismos.

Desde tiempos muy remotos, los hombres han reconocido instintivamente que no podían vivir juntos y en paz más que a condición de someterse a ciertas reglas de conducta, obligatorias para todos. Estas reglas se basan, por lo común, en mandamientos religiosos que descansan sobre normas éticas. Porque la experiencia ha demostrado también que las cualidades morales, sociales y culturales son capaces de mantener unidos —a la larga— a los grupos de población.

Sin embargo en la naturaleza humana no sólo existen tendencias positivas, sino también inclinaciones antisociales como la envidia, la venganza, los celos, el odio. Los que las sufren tienden a esestablecer juicios discriminatorios sobre sus prójimos, juicios que son formulados de un modo impulsivo, bajo el influjo de la emoción y que suelen resultar, por tanto, falsos. Entonces se producen generalizaciones, aplicando a todo un grupo un juicio destinado a una sola persona. También ocurre que el individuo es despreciado porque pertenece a un grupo que ha sido objeto de discriminación. En el contacto cotidiano de los seres humanos, estos juicios subjetivos son aceptados por los demás, muchas veces sin crítica y sin reflexión. De esta manera nacen opioniones cuya exactitud no resulta aprobada. Se las llama, por lo tanto, prejuicios, porque han sido formados sin haber sido examinados de antemano.

Tales prejuicios existen en los dominios político, religioso, social, económico y sexual. Los prejuicios no tienen siempre un carácter de humillación y de rebajamiento, sino que a veces, tienden a la sobreestimación, al enorgullecimiento, a la arrogancia. Así por ejemplo, cuando se pretende que los hijos de los ricos están destinados

a ocupar los puestos superiores, que los hombres son más inteligentes que las mujeres, que sólo los técnicos hacen progresar al mundo, etc.

Repetidamente los prejuicios han producido grandes catástrofes políticas, por ejemplo: por infraestimar en una nación pequeña sus virtudes militares, únicamente porque es pequeña.

Después de las dos terribles guerras mundiales, en las que tantos prejuicios desempeñaron un papel fatal, los hombres de ciencia comenzaron a ocuparse del problema de los prejuicios. En Estados Unidos se publicaron numerosos trabajos que examinan su origen y su contenido. Existe actualmente, una gran bibliografía a este respecto. Entre otras cosas, se ha comprobado que el prejuicio no es instintivo, que no se le encuentra en los niños. Es formado por los adultos y se les sugiere, se les inculca, a aquéllos.

Los prejuicios no se limitan únicamente al dominio social, político y económico, sino que también se encuentran en la esfera de la vida familiar de las relaciones humanas. No aparecen tan claramente como los de la vida social, pero llegan, sin embargo, a destruir la felicidad de muchas personas.

En clínicas se han tenido frecuentes ocasiones de comprobar de qué trágica manera pueden manifestarse los prejuicios, no sólo en el amplio ámbito de la vida social y política, sino también en el marco del más pequeño grupo social: la familia. Los falsos conceptos del honor, del derecho preferente de un sexo sobre otro, del rango entre los hermanos, de la apariencia social de los universitarios y otros, son capaces de socavar y destruir la felicidad personal del hombre. Constituyen una verdadera plaga social.

Grandes filósofos, como Francis Bacon, vieron en los prejuicios espejismos que nos separan del camino del conocimiento, y también grandes poetas, como Henrik Ibsen, por no citar a otros, lucharon contra ellos. La última guerra mundial, con sus brutales repercusiones sociales, movió a numerosos políticos, sociólogos y psicólogos sobre todo en lo Estados Unidos, a ocuparse de los prejuicios nacionales y a examinar lo que pudiera haber en ellos.

Los actos de hostilidad entre pueblos y estados, entre grupos sociales y económicos, tienen su paralelo en la hostilidad recíproca de los individuos. Los prejuicios son, casi siempre, consecuencia de agresiones encubiertas; por ello, es conveniente abrir claros caminos, aún a golpe de machete, en la espesa jungla de los prejuicios tradicionales. Rompamos su maraña paralizadora.

CAPITULO I

COMO SE ADQUIERE EL PREJUICIO

Empezaremos por dividir este capítulo en cuatro partes:

1.—Qué es el prejuicio.

2.—Psicodinámica del prejuicio.

3.—Desarrollo del prejuicio en el niño pequeño.

4.—Personalidad prejuiciosa.

1.—Qué es el prejuicio.

La palabra prejuicio, derivada del latín praejudicium, ha sufrido, como la mayoría de las palabras, un cambio en su significado desde el período clásico. Hay tres etapas en esa transformación:

A) Para los antiguos, praejudicium quería decir precedente, o sea un juicio que se basa en decisiones y experiencias previas.

B) Más tarde, el término adquirió en inglés la significación de juicio formado antes del debido examen y consideración de los hechos: un juicio prematuro o apresurado.

C) Finalmente, el término también adquirió su matiz emocional actual, aludiendo al estado de ánimo favorable o desfavorable que acompaña a este juicio previo y sin fundamentos.

Esto es lo que etimológicamente ha venido significando la palabra prejuicio; sin embargo creemos que el prejuicio ha venido evolucionando de tal forma que se han venido construyendo varias definiciones del prejuicio. Para nuestro estudio, nosotros utilizaremos la definición de Gordon W Allport, que si bien es cierto, él considera varias definiciones, también es cierto que toma en cuenta dichas consideraciones para dejar establecida la siguiente definición:

"El prejuicio es una antipatía que se apoya en una generalización imperfecta o inflexible. Puede sentirse o expresarse universal-

mente". Ahora bien, para que exista una adecuada definición de prejuicio debe tener dos factores esenciales: tiene que haber una actitud favorable o desfavorable y debe estar vinculada a una creencia excesivamente generalizada y por lo tanto errónea. De las modernas investigaciones se desprende que la gente que demuestra un alto grado de actitudes hostiles en un test para determinar prejuicios también evidencia creer en alto grado que los grupos contra los cuales ellos alimentan prejuicios poseen muchas características objetales.

Sin embargo pensamos que es necesario hacer la distinción entre actitud y creencia para mayor comprensión del prejuicio: la diferencia está en que la creencia puede ser atacada o modificable, así por ejemplo: los programas que aspiran a limitar el prejuicio sólo logran modificar las creencias sin llegar a cambiar las actitudes; así pues la actitud es mucho más sólida y mucho más difícil de alterar.

2.—Psicodinámica del prejuicio.

La psicodinámica del prejuicio está compuesta de los siguientes factores: A) Frustración, B) Agresión, C) Odio, D) Ansiedad, E) Sexo, F) Culpa, G) Mecanismo de Proyección.

A) Frustración.

Parece innegable que la respuesta instintiva del hombre a la frustración es la autoafirmación agresiva de algún tipo; así podemos ver que un niño no ataca la fuente real de la frustración, sino cualquier objeto o persona que tenga cerca. A lo largo de toda la vida, persiste la misma tendencia a dirigir la ira contra los objetos disponibles y no contra los objetos lógicos. El lenguaje cotidiano reconoce este desplazamiento por medio de varias frases: descargarse en alguien o en algo. Suponiendo que el prejuicio pueda estar más estrechamente vinculado a ciertas fuentes de la frustración que a otras, nos resultará útil clasificar de modo aproximado aquellas regiones de la vida en las que puedan suscitarse frustración e inseguridad; aunque tan sólo mencionaremos las más palpables en nuestro medio:

Frustración dentro de la familia: la familia de orientación y la familia de procreación. En ambos medios de relaciones íntimas tienen lugar muchas frustraciones y resentimientos.

Comunidad inmediata: la mayoría de los hombres, lo mismo que muchas mujeres, pasan menos tiempo en el grupo familiar que en los grupos externos: en la escuela, la fábrica, la oficina o el cuartel. La vida en ambientes educacionales, comerciales o militares pueden ser, y a menudo lo es, aún más frustrantes que el del hogar.

Ahora bien, teniendo en cuenta que existe algún tipo de relación entre la frustración y el prejuicio; señalaremos que no todos aquellos que han sido frustrados albergan prejuicios. La gente maneja sus frustraciones de diferente manera; algunos las soportan con mayor tolerancia que otros, así pues, se puede decir que los individuos prejuiciosos tienen una mayor susceptibilidad para la frustración que los individuos tolerantes.

También es importante tener en cuenta, que algunos responden a veces con agresión a las circunstancias frustratorias; que algunos adoptan una actitud extrapunitiva y no se culpan así mismos sino a las condiciones externas; y que otros no culpan a la verdadera fuente de la frustración sino que desplazan la culpa hacia otros objetos, especialmente hacia los grupos disponibles.

Es así como se puede explicar la teoría del chivo expiatorio en la que Gordon W Allport considera tres etapas: a) la frustración genera agresión. b) la agresión es desplazada hacia víctimas relativamente indefensas. c) esta hostilidad desplazada es racionalizada y justificada mediante acusaciones, proyecciones y estereotipos. Aunque en realidad estas tres etapas no necesariamente deban ser así, lo anterior se puede representar mediante la siguiente fórmula que expone Gordon W Allport:

Frustración, —— Agresión, —— Desplazamiento.

Antes de terminar con la frustración podemos decir que son pocas las personas que conocen las razones reales de su odio por lo grupos minoritarios por ejemplo, las razones que inventan son meras racionalizaciones. Esta es la tesis central de todas las teorías psicodinámicas del prejuicio.

B) Agresión.

La agresión es considerada a menudo como un factor central en la explicación del origen de la mayoría de los males sociales. Freud considera la agresión como una fuerza global, instintiva, como uno de los motores básicos de la vida. Por otra parte Gordon W Allport establece otro concepto que es la agresión reactiva, diciendo que ésta es una capacidad que la mayoría de la gente parece tener y esta capacidad de alguna manera conduce al desplazamiento. Es necesario hacer notar la diferencia que hace G. W. Allport entre un "instinto" y una "capacidad". Un instinto demanda satisfacción inmediata; mientras que una capacidad sólo está latente y puede no ponerse nunca en acción. Esta distinción por supuesto es vital para nuestra concepción del prejuicio.

Teóricamente, al menos, podemos crear condiciones tales en la familia y en la comunidad que sean menos frustratorias; podemos

enseñarles a los niños a enfrentar las frustraciones que ocurran sin una agresión extrapunitiva, o podemos educarlos a fin de que dirijan la agresión contra la auténtica fuente de la frustración en lugar de dirigirla hacia un chivo expiatorio. No queremos entrar en más detalles sobre la agresión, tan sólo queremos señalar la opinión sustentada por Freud: la forma característica en que un individuo maneja sus impulsos agresivos constituye uno de los rasgos importantes de la estructura de su carácter.

En conclusión, tenemos que el manejo de los impulsos agresivos se convierte en un serio problema sólo para aquellos individuos que por alguna razón no pueden seguir el camino normal. En ellos la agresión es algo más que una capacidad, se transforma en un rasgo. Ya no es más racional y adaptativa, sino habitual y compulsiva. La agresividad desordenada puede convertirse, de este modo, en un desorden del carácter con raíces profundas.

C) Odio.

Antes de hablar del odio creemos que es necesario hablar de la cólera y hacer al mismo tiempo la distinción entre odio y cólera. La cólera es un estado emocional transitorio que surge al coartar alguna actividad en vías de ejecución. Aristóteles ya había señalado la diferencia entre el odio y la cólera diciendo: que la cólera se siente de habitual contra individuos solamente; mientras que el odio puede sentirse contra clases enteras de individuos. El observó también, que una persona que da salida a su cólera suele arrepentirse de su estallido y compadecer al objeto de su ataque. Mientras que al expresar odio es difícil que tenga lugar el arrepentimiento. El odio está más enraizado y constantemente desea la extinción del objeto del odio. Entonces, la cólera es una emoción; mientras que el odio debe ser clasificado como un sentimiento y como una organización de impulsos agresivos contra una persona o contra una clase de personas.

Por otra parte el Dr. E. Fromm señala que es esencial distinguir entre dos tipos de odio: uno podría ser llamado "racional" y el otro "caracterológico". El racional cumple una importante función biológica mientras que el caracterológico guarda poca relación con la realidad a pesar de que puede ser el resultado de una larga serie de amarguras y decepciones de la vida. La persona es portadora de un sentimiento temperamental de que algo anda mal, sentimiento que desea polarizar. Debe odiar algo. Las verdaderas raíces del odio puede escapársele, pero inventa alguna víctima conveniente y alguna razón satisfactoria. Las vidas frustradas abrigan el máximo odio caracterológico. De modo que la pauta del prejuicio, que incluye diversos grados y tipos de odio y agresión, tiene

lugar dentro de la imagen del mundo del individuo.

D) Miedo.

El miedo es otra de las fuerzas que van a integrar el prejuicio. El miedo racional y adaptativo entraña la percepción correcta de la fuente del peligro.

E) Ansiedad.

La ansiedad es un temor difuso e irracional, no dirigido sobre un blanco adecuado y no controlado por la autocomprensión. Parece ser que la principal fuente de ansiedad caracterológica proviene de un mal comienzo de la vida temprana. El padre o la madre rechazantes crean una condición de aprensión profunda que puede ocasionar desórdenes nerviosos. Cualquier amenaza real o imaginaria provoca ansiedad, así por ejemplo: refiriéndome a una inseguridad económica relacionada a una franca codicia es por cierto causa de prejuicio.

F) Sexualidad.

El sexo, como la cólera y el miedo, pueden ramificarse a través de una vida y puede afectar las actitudes sociales de manera indirecta. Como aquellas otras emociones, ésta es menos difusa cuando se le dirige racional y adaptativamente. Pero en todo desajuste, frustración y conflicto sexual se origina una tensión que se expande del área erótica de la vida a lo largo de muchos senderos.

G) Culpa.

En estudios que se han hecho se muestra que entre las personas con prejuicios existe una cargada tendencia a considerar culpables a los demás y no a ellos mismos.

H) Proyección.

El mecanismo de proyección es otro de los factores importantes que forman parte de la dinámica del prejuicio. En la definición de proyección nos podemos dar cuenta que es explícita para entender el prejuicio: la proyección es una tendencia a atribuir falsamente a otras personas motivos o rasgos que nos pertenecen o que de alguna manera explican o justifican los nùestros.

Con lo anterior queda explicado brevemente la psicodinámica del prejuicio siendo interesante la forma en que el individuo entreteje todas estas influencias para adquirir el prejuicio.

3.—Desarrollo del prejuicio en el niño pequeño.

La influencia del hogar tiene prioridad, pues el niño posee exce-

lentes razones para adoptar las actitudes étnicas que le tienen preparadas sus padres. Así mismo queremos llamar la atención en el papel importante que juega la identificación en el curso del aprendizaje temprano. Los primeros seis años son importantes para el desarrollo de todas las actitudes sociales; así por ejemplo: una personalidad prejuiciosa puede estar bastante configurada a la edad de seis años, aunque es necesario aclarar que de ningún modo está totalmente formada. Ahora bien, queremos señalar la distinción entre adoptar y desarrollar un prejuicio. En el primero, un niño que adopta un prejuicio está tomando actitudes y estereotipos de su medio familiar o cultural. En lo segundo, el niño no toma actitudes sino crea una atmósfera en la cual él desarrolla el prejuicio como su estilo de vida; pero lo crucial es que de acuerdo al modo en que los padres traten al niño, la forma en que le imponen disciplina, en que lo aman y amenazan él adquirirá inevitablemente temores, odios, suspicacias que tarde o temprano pueden fijarse sobre personas o grupos de personas..

Existen cuatro factores en el aprendizaje para desarrollar posteriormente una personalidad prejuiciosa. Estos cuatro factores son los siguientes: A) La educación del niño. B) El temor a lo desconocido. C) El alborear de la conciencia. D) Rótulos linguísticos es decir símbolos de poder y de rechazo.

A) La educación del niño,

La educación del niño cuando es especficamente en un hogar restrictivo, que suprima gratificaciones, que sea riguroso o crítico, ese tipo de hogares en los cuales la palabra de los padres es la ley, tiende mucho más que otros, a preparar el terreno para el prejuicio contra grupos humanos. Parece ser que hay una considerable evidencia de que hay mayor probabilidad de prejuicio cuando los niños han sido educados por madres que hacen mucho hincapié en la obediencia, que suprimen los impulsos del niño y que aplican severas disciplinas. Cuando se castiga al niño, ocurre a menudo, que siente que se le quita el amor y cuando siente que se le quita el amor se siente sólo y desolado. ¿Que efecto produce ese estilo de educación infantil en el niño? por un lado lo pone en guardia, tiene qué vigilar cuidadosamente sus impulsos, por ello vigila atentamente los signos de aprobación y desaprobación. El poder y la voluntad de los padres son los agentes dicisivos en la vida del niño. ¿Cuál es el resultado? En primer término, el niño aprende que el poder y la autoridad dominan las relaciones humanas, no la confianza y la tolerancia. El niño desconfía de sus impulsos: no debe tener berrinches, no debe desobedecer, no debe jugar con sus genitales. Tiene que combatir esas perversidades dentro de sí. Por medio de un simple acto de proyección el niño llega a tener esos

malos impulsos en los demás.

Si este estilo de educación prepara las bases para el prejuicio, el estilo opuesto parece predisponer para la tolerancia. El niño que se siente seguro y amado a pesar de cualquier cosa que haga, y al que no se le amenaza con el despliegue del poder paterno (castigándosele por lo común con un sentimiento de vergüenza, no pegándole), desarrolla ideas básicas de igualdad y confianza. Al no verse precisado a reprimir sus propios impulsos, tenderá menos a proyectarlos sobre los otros, y menos también a desarrollar miedos y suspicacias, así como un punto de vista jerárquico de las relaciones interpersonales.

En conclusión podemos decir a manera de hipótesis: que los niños que reciben un tratamiento demasiado duro, a los que se castiga con severidad o se critica contínuamente, manifiestan una tendencia mayor a desarrollar personalidades en las que el prejuicio contra personas o grupos de personas tiene un papel importante. Inversamente los niños que provienen de hogares más calmados y seguros, a los que se les trata de una manera afectuosa y permisiva, manifiestan luego una tendencia mayor a ser tolerantes.

B) El temor de lo desconocido.

Este factor es característico en el niño pequeño, así por ejemplo: el niño antes de cumplir un año distingue entre las personas familiares y las no familiares. Todo lo que es extraño constituye un peligro potencial, y se debe estar en guardia contra ello hasta que la propia experiencia le asegura al niño que no se avecina ningún daño; creemos que los padres deben darse cuenta de este factor y si bien es cierto que desaparece gradualmente también es cierto que la prolongación de este factor a edad avanzada, el niño desarrollará prejuicios contra lo desconocido.

C) El alborear de la conciencia.

Este factor se refiere a que el niño a temprana edad tiene conciencia para distinguir las diferencias entre grupos. Así por ejemplo: un niño de cuatro años que ya siente curiosidad y distingue las diferencias entre grupos, se le dice que los que profesan tal o cual religión son malos, el niño asociará lo malo con el protestantismo o con el catolicismo, etc., etc.

D) Rótulos linguísticos.

Los rótulos linguísticos o símbolos de poder y de rechazo se refiere, a que el niño aprende palabras que están cargadas de emoción, poder y rechazo y aunque es de suponerse que el niño tiene dificultades para saber el significado de las palabras, éstas tie-

nen un gran poder sobre él. Para el niño suelen constituir un género de magia, de realismo verbal. Así por ejemplo los niños suelen llorar si se les dice epítetos; su autoestima se ve herida por cualquier calificativo. La rigidez de las categorías lingüísticas puede continuar en el pensamiento del adulto. Así por ejemplo: para algunos adultos las palabras 'comunismo', 'capitalismo', 'Burgues' o 'Religioso' son palabras indeseables cargadas de emoción; tal como puede serlo para el niño con los ejemplos anteriores.

En conclusión, lo anterior lo podemos resumir en dos etapas:

I.— a) los niños que reciben un tratamiento demasiado duro, a los que se les castiga con severidad o se critica contínuamente, manifiestan una tendencia mayor a desarrollar personalidades prejuiciosas. b) las experiencias de inseguridad con las personas que no pertenecen a su círculo familiar puede ser uno de los factores que determine su esfuerzo actual por definir un círculo de lealtades. c) los niños a temprana edad tienen conciencia de distinguir las diferencias entre grupos. d) el papel de los rótulos linguísticos en el curso del desarrollo mental es crucial, ya que esto puede continuar en el pensamiento del adulto.

II.— a) Existe un rechazo total en los primeros años en ese segundo período del aprendizaje del prejuicio; es decir si el niño tiene prejuicio contra un grupo minoritario, éste lo rechazará incluso hasta la pubertad. b) A medida que crecen, los niños pierden normalmente esta tendencia al rechazo total y a la generalización excesiva. De modo que, después de un período de rechazo total, se asienta una etapa de diferenciación. Los prejuicios se hacen menos totalizados. Las actitudes admiten excepciones para hacerse más racionales y más aceptables por parte del individuo. c) En la adolescencia hasta la conducta varía de acuerdo con las circunstancias, así por ejemplo :una persona prejuiciosa puede ser amable en un lugar y histil en otro con una misma persona.

4.— Personalidad prejuiciosa.

En todos los casos de intenso prejuicio caracterológico amerge un factor común que es la tendencia a sentirse amenazado. En la raiz de la personalidad parece existir una inseguridad subyacente. El individuo no puede enfrentarse al mundo con firmeza y de una manera frontal; parece tener miedo de sí mismo, de sus propios instintos, de su propia conciencia, del cambio y de su ambiente social. Sin embargo, parece ser que no todo prejuicio caracterológico llena los mismos fines precisos en cualquier personalidad pre-

juiciosa, porque la tendencia a sentirse amenazado difiere en su naturaleza de persona a persona. En algunas por ejemplo; puede estar particularmente vinculada con conflictos infantiles no resueltos, conflictos con los padres o con los hermanos; en otros, con fracasos reiterados en años posteriores. Pero, de cualquier modo, es probable que encontremos un cuadro de alienación del yo, de ansiedad de definición, seguridad y autoridad. Las personalidades que por cualquier razón se sienten amenazadas tienden a elaborar pautas similares de acomodación a la vida en general. Por otra parte siendo un rasgo esencial de esta pauta la represión; es decir, puesto que la persona no puede enfrentar y dominar en su vida consciente los conflictos que se le presentan, los reprime total o parcialmente. El yo no puede integrar, simplemente, la miríada de impulsos que surgen dentro de la personalidad y la miríada de presiones ambientales que llegan desde afuera. Este fracaso engendra sentimientos de inseguridad y estos sentimientos a su vez, engendran represión.

Teniedo en cuenta lo anterior podemos observar que las consecuencias de una gran represión producen varios rasgos que caracterizan una personalidad prejuiciosa. Dichos rasgos son los siguientes: A) Ambivalencia hacia los padres. B) Rigorismo moral. C) Dicotomización. D) Necesidad de definición. E) Externalización del conflicto. F) Institucionalismo. G) Autoritarismo. Estos rasgos son los que distinguen a una personalidad en la que el prejuicio es funcionalmente importante.

A) Ambivalencia hacia los padres.

Este rasgo funciona en todos aquellos hogares en donde los hijos sienten amor y hostilidad hacia sus padres. Evidentemente como ya lo mencionábamos anteriormente, la obediencia, el castigo, el rechazo real y las amenazas descuellan notablemente en donde predomina una relación de poder y no de amor. En tales circunstancias suele ser difícil para el niño identificarse completamente con los padres porque sus necesidades afectivas no son satisfechas.

B) Rigorismo moral.

Este rasgo de ansiedad se refleja en la rígida actitud moralista que adopta la mayoría de las personalidades prejuiciosas. Así por ejemplo: condenan con mucho rigor la conducta antisocial, incluso las violaciones de las normas sexuales. No toleran la debilidad humana así como a grupos minoritarios. En estudios que se han hecho con niños, aparecen esas tendencias. Al preguntárseles cuáles son las cualidades del muchacho o la chica ideal, los niños prejuiciosos mencionaban en general la pureza, la pulcritud, los buenos modales; mientras que los niños más liberales mencionaban sim-

plemente el compañerismo y el carácter divertido. Por otra parte, el rigorismo moral representa solamente una sumisión superficial, no resuelve los conflictos internos. Es tenso, compulsivo, proyectivo. La verdadera moral es más relajada, más integral y coherente con las pautas vitales en su conjunto.

C) Dicotomización.

Este rasgo se refiere a la significación funcional de la lógica de dos valores que para la persona prejuiciosa no es difícil de ver. Es decir, que para la persona prejuiciosa es imposible aceptar la coexistencia de lo malo y de lo bueno en su propia naturaleza. Por lo tanto está crónicamente sensibilizada frente a lo que está mal o lo que está bien. Esta bifurcación interna se proyecta sobre el mundo exterior, se aprueba o se desaprueba categóricamente.

D Necesidad de definición.

En este rasgo, el estilo de pensamiento característico del prejuicio es sólo un reflejo, en un sentido aproximado, de la forma en que la persona prejuiciosa piensa acerca de todas las cosas. Por ejemplo: una manifestación de la necesidad de definición la encontramos en la forma en que las personas prejuiciosas se aferran a soluciones pasadas. La necesidad de definición tiende a llevar una constricción de los procesos cognitivos.

E) Externalización.

Este rasgo se refiere a que las personas prejuiciosas están propensas a la proyección. Es decir a ver en los demás cualidades que deberían ver en sí mismos, pero que no logran ver. En realidad parecen carecer de autocomprensión profunda en toda la línea. Para las personas con prejuicios las cosas parecen suceder afuera. Ellas carecen de control sobre su destino. La extrapunitividad como rasgo, es una expresión de esta tendencia a generalizar. La relación con el prejuicio de grupo es obvia: no soy yo quien odio y ofendo a los otros; son ellos quienes me odian y me ofenden.

F) Institucionalismo.

En este rasgo, la persona con prejuicio caracterológico ama el orden, pero sobre todo el orden social. En sus netas afiliaciones institucionales encuentra la seguridad y la definición que necesita. Logias, escuelas, inglesias, la nación, pueden servir de defensas contra la inquietud que reina en su vida personal. Al apoyarse en ellas evita apoyarse en sí misma. La investigación muestra que, en general, las personas prejuiciosas son más afectas a las instituciones que los no prejuiciosos. Así, hay personas que son más religiosas al modo institucionalista: como hay otras intensamente patriotas. Al preguntárseles: ¿Cuál es la experiencia que le inspira mayor ve-

neración?, suelen contestar con términos de acontecimientos externos, patrióticos y religiosos. Muchos estudios que se han hecho han descubierto un estrecho vínculo entre el prejuicio y el patriotismo; así por ejemplo: las personas con prejuicios extremos son casi siempre superpatriotas.

G) Autoritarismo.

En este último rasgo se hace alusión a que las personas con prejuicios les gusta la autoridad. Así por ejemplo: dicen que tal o cual país lo que necesita es más disciplina. Claro está que por disciplina, estas personas entienden, una disciplina exterior, ya que prefieren por así decirlo, que la gente tenga lo columna vertebral afuera, y no dentro de sí. Esta necesidad de autoridad refleja una profunda desconfianza hacia los seres humanos. El prejuicio pues, es algo más que un mero incidente en muchas vidas. A menudo está inserto en la estructura íntima de la personalidad. En tales casos, no puede sacárselo de allí con pinzas para producir una modificación, debería alterarse toda la estructura de la vida.

Por último queremos hacer notar que de ninguna manera los procesos que acabamos de ver, son los únicos que influyen en el sujeto para desarrollar en éste una personalidad prejuiciosa sino que existen otros factores socioculturales que vienen a determinar dicha personalidad.

Creemos que en este primer capítulo hemos dado a conocer lo que es el prejuicio y su formación en el individuo de una manera general y sintética, considerándolo básico para los capítulos posteriores.

CAPITULO II

RELIGION Y PREJUICIO

Es necesario hacer ver la importancia y la función que tiene el inconsciente el cual, de hecho, es el que motiva la conducta humana. Es un prejuicio casi ridículo suponer que la existencia no puede ser sino corpórea. De hecho, la única forma de existencia de la que poseemos conocimiento inmediato, es anímica. Jung logra mantenerse en un plano estrictamente psicológico y sus estudios constituyen el intento hasta hoy más logrado de elaborar una psicología de la religión. Es incontestable que siempre y en todas partes el hombre ha cumplido funciones religiosas, que no sólo consituye la religión un fenómeno histórico y social sino un "importante asunto personal para crecido número de individuos". ¿Por qué es así? ¿Por qué siempre ha tenido y sigue teniendo el hombre vivencias de indiscutible carácter numinoso? ¿Qué puede decirnos la psicología al respecto?. La respuesta que da Jung a esas interrogantes puede formularse más o menos como sigue: los fenómenos religiosos no son una sublimación, sino expresiones de una auténtica y legítima función de la psique humana. La psique es un factor autónomo, y las manifestaciones religiosas son confesiones psíquicas que, en último término, obedecen a procesos inconscientes. La religión siempre se nos manifiesta como una relación viviente con las actividades psíquicas del inconsciente. Un eminente discípulo de Jung, sintetizando el pensamiento de éste, expresa que la religión no es otra cosa que "la adaptación del hombre al hecho de la consciencia, su réplica a su existencia como hombre".

Así pues creemos que esta concepción de Jung, es muy importante en relación a lo que posteriormente se va a esbozar sobre algunos conceptos de Moral, Religión y factores dinámicos que ejercen en el inconsciente del mexicano.

Primeramente expondremos algunos conceptos básicos sobre moral. Los moralistas no han estado lo bastante atentos a la amplitud de los cambios operados en el psiquismo humano y no han sabido efectuar las indispensables adaptaciones y renovaciones a

la doctrina moral y a su enseñanza. El escritor inglés Galsworthy decía: "Para enseñar latín a John, es más necesario conocer a John que conocer el latín". Esto vale para todas las enseñanzas, pero muy especialmente para la educación moral.

Entonces, de lo que el mundo tiene urgente necesidad no es de un nuevo sistema moral, sino más bien de los medios que hagan eficaces los sistemas existentes. El desajuste individual y colectivo que atraviesa la humanidad no se debe a un exceso de moral sino más bien a la insuficiencia de moral, a la inadaptación de la moral corriente a la realidad humana concreta de nuestro tiempo. Las exigencias morales deben perder su carácter de obligación inconsciente, de tabús; deben ser libremente queridas por los hombres conscientes de su deber y deseosos de promoverse en el orden de la noosfera. Parece ser que existe el error o confusión de que los legisladores ya sean religiosos o civiles, se inclinan demasiado a convertir las leyes que dictan en obligaciones morales.

La conciencia moral de la burguesía es estricta en el plano de la moral sexual y familiar, pero es muy elástica en materia de obligaciones que atañen a la justicia social. La conciencia moral del proletariado eleva muy alto la jerarquía de los valores, la solidaridad de clases y no siente gran obligación moral con respecto a las otras clases sociales. Las prohibiciones dan al sujeto el sentimiento de estar forzado y limitado, de no poder expandirse plenamente. La misión principal de la moral es promover al hombre a la existencia auténtica, suministrarle los medios de realizar lo más plenamente posible su vocación de hombre, tanto individual como colectivamente. El imperativo de la justicia no es: "no dañes a los otros" sino "haz bien a los otros".

Queremos hacer también una distinción, la perfección religiosa no es necesariamente idéntica a la perfección moral y que puede en ocasiones no favorecer a esta última, incluso contradecirla radicalmente.

Ahora bien, la moral natural debe ser una moral conforme a la naturaleza del hombre. La naturaleza humana debe buscarse menos en el pasado que en el porvenir; en consecuencia, la tarea de la moral natural será menos la conservación del pasado que la promoción del porvenir. Desde el momento en que la moral se vuelve conservadora, es decir estática, cesa de ser natural.

Concretándonos ahora a la moral cristiana que es la que predomina en Occidente, se puede decir que ha perdido su eficacia a partir del momento en que sus protagonistas han desconocido el carácter evolutivo de la realidad humana. Al no apegarse a la realidad presente, tampoco está en condiciones de promover la rea-

lidad futura. Es indiscutible que una identificación demasiado estrecha de la religión con una moral dada acarrea graves daños a la religión. Por otra parte, la identificación de la moral y de la religión es dañosa también para la moral. Una moral que se dice cristiana y pretende hallar su justificación principal en una revelación, pierde lógicamente para ellos su carácter imperativo. Es menester, que la obligación moral, se funde sobre algo común al creyente y al incrédulo.

Así pues, es importante distinguir entre la moral y la religión pero de ningún modo esta distinción implica una radical separación entre ambas. Los que confunden demasiado la moral y la religión, confusión propia tanto de incrédulos como de creyentes, se escandalizan a menudo al comprobar que un practicante fervoroso, presente en todos los oficios de la parroquia, resulta moralmente inferior a un incrédulo. En realidad, como ya se ha comprobado, el nivel moral del individuo es por lo general más proporcional de acuerdo con el grado de madurez psíquica que con sus convicciones metafísicas.

Una nueva moral debe pués, promover un nuevo patriotismo, liberado del fango nacionalista y que fuese de acuerdo con las dimenciones de la conciencia de la humanidad de hoy y de mañana. Por otra parte la Iglesia, si pretendiera ser más romana que católica, no podía sino apartar de su seno a los que psicológica, geográfica o culturalmente no podían ser romanos. Nos parece que lo esencial es que las clases no se constituyan en castas cerradas, así como las patrias no deben constituirse en nacionalismos cerrados. Clases, razas, iglesias y patrias deben abrirse al máximo, la conciencia de clase tanto como la conciencia patriótica deben integrarse en la conciencia de la unidad humana. La conciencia moral del hombre evolucionado de este tiempo no admite ninguna frontera racial o nacional.

Queremos referirnos ahora a la familia como unidad moral fundamental. Para una familia en la cual no existan controversias y prejuicios, es inadmisible que un grupo de familias funde escuelas, en las que sus hijos son educados según principios de odio o de lucha de clases.

Por último enfatizaremos la educación que deben proporcionar los padres y maestros al niño, al adolescente. Se insiste tanto en las tentaciones que presenta el mal, que inconscientemente los niños sienten cada vez más atracción hacia él y llegan a considerar el deber moral como fastidioso, como un obstáculo para la vida. Este proceso psicológico explica los apartamientos morales más o menos graves de hijos e hijas de "buenas familias". El fin de la

educación moral no es impedir que los jóvenes hagan "tonterías" sino infundirles deseos de hacer lo que es hermoso, grande y bueno.

¿Cuál será o deberá ser el lugar de la religión en la educación moral? sin duda como reacción contra los abusos de antaño, muchos padres cristianos tienden hoy a separar demasiado radicalmente la moral de la religión. Actúan un poco a la manera de esos sabios cristianos de no hace mucho tiempo que pretendían hacer una total abstracción de su fe en sus investigaciones científicas o en sus especulaciones filosóficas. Los padres a que nos referimos se esfuerzan igualmente en que sus hijos amen el bien por el bien mismo, evitando en lo posible toda referencia a Dios. Nos parece que hay aquí un equívoco.

Seguramente hay que cuidarse de no rebajar a Dios al papel de simple guardián de las buenas costumbres, de dar a los niños la impresión de que no es sino un superguardián de la paz o un inspector de los parques públicos. Evítese, pues, decir a los niños que cuando mienten o desobedecen "causan pena al niño Jesús", y sobre todo no se amenace con las penas del infierno al adolescente que comete "actos impuros". Ni la religión ni la moral ganarían nada con esta especie de amalgama, más bien podrían perder mucho tanto una como otra. Además, los padres y maestros que no tienen una fe viva, no deberían nunca apelar a un Dios guardián del orden moral.

En fin, nos parece no solamente legítimo sino perfectamente deseable que en las familias, las escuelas y las agrupaciones juveniles auténticamente cristianas o religiosas, se apele a la religión para contribuir a la educación moral. Y evidentemente no para corroborar un sistema de castigos o recompensas, sino mientras puede infundirse en los jóvenes un ideal más elevado, una concepción más sublime del destino humano y de la fraternidad universal.

¿Qué es lo que distingue desde el punto de vista psicológico, a un hombre profundamente religioso a uno que no lo es?. Que la vida no se le presenta como un absurdo, sino como un fin en sí misma; ella está enteramente al servicio de una trascendencia, de un absoluto. Su desinterés, su renunciamiento, su esperanza son también poco racionales.

Los hombres de Iglesia no deben olvidar jamás esta antigua verdad: que la aceptación de la revelación divina presupone en

el sujeto el sentimiento de una insuficiencia y de una insatisfacción en el orden natural.

Queremos señalar un factor muy importante refiriéndonos al ateísmo que generalmente es neurótico así como lo contrario, personas exageradamente religiosas en que su fe o su creencia son neuróticas. En muchos casos el ateísmo depende íntimamente de los conflictos psíquicos del individuo, ya sea que éstos sean su causa, ya sea que dejen su impronta sobre un ateísmo que no es neurótico por su naturaleza. Por la otra parte existen creyentes cuya fe lleva evidentemente a los estigmas de la neurosis.

Así pues, la orientación adoptada por nuestra civilización ha dado lugar a prejuicios sumamente difundidos que pretenden que un hombre digno de este nombre sólo debe actuar razonablemente, cuando en realidad la afectividad guía nuestros actos más que la razón. No hay dudas de que si la religión y la moral en el hogar paterno no hubieran sido tan rigurosamente jansenistas, lo que en un principio era sólo una curiosidad habitual en los niños, no se hubiera constituído en un vicio inhibitorio. Los castigos y las humillaciones por parte de sus padres, las reprimendas del confesor, debían favorecer enormemente sus tendencias masoquistas.

El ateísmo racionalista se halla más a menudo motivado afectiva que racionalmente. Otro de los prejuicios muy comunes de los no creyentes hacia alguna religión son las insuficiencias y las imperfecciones intelectuales y morales de los creyentes que sirven de argumento a los que rechazan la religión en nombre del valor.

Queremos referirnos también a la incredulidad de los creyentes como factor determinante para el prejuicio religioso. Nos sentiríamos tentados a dar un paso más y tildar de "creyentes ateos" a todos los que buscan en la religión en primer lugar aquello que sólo les pertenece muy secundariamente. Así muchos cristianos son supersticiosos, conceden demasiada importancia a los milagros y a lo maravilloso, sobreestiman el valor de las prácticas. Otros esperan de la fe una perezosa seguridad y de la oración ventajas materiales. Sin embargo, sería ir muy lejos en el camino del "purismo" el tratar de ateos a toda esa categoría de creyentes. Más ajustado a la verdad es decir que su religión esta insuficientemente iluminada, lo cual no les impide ser en su mayoría, creyentes a pesar de todo.

Ahora vamos a referirnos a algunos conceptos de la religión cristiana que es la que predomina en nuestro medio dándole un enfoque más psicológico que teológico. En el primero se trata de captar su valor y significación existencial en tanto que en el segundo se preocupa de la revelación, valor y significación esenciales.

Entonces refiriéndonos a la religión cristiana podríamos decir que Dios no ha creado y continúa creando el universo y los seres que lo componen para su propia gloria sino para ellos mismos, por amor hacia ellos. Nos parece que la concepción demasiado antropomórfica de Dios, de un Dios cuya psicología parece ser la proyección de la de un tirano oriental. El que se exigiese al Todopoderoso el sacrificio y la muerte ignominiosa en la cruz del inocente, de su propio hijo, parece inconciliable con la idea de un Dios cuya esencia es el amor. Entonces, cada vez que actuemos por amor, cualquiera que sea el objeto o la naturaleza de nuestra acción, encarnamos a Dios, y esto simultáneamente en nosotros mismos y en aquellos a quienes se dirige nuestra actividad. Al concebir nuestra misión sobre la tierra como de creación y de encarnación simultaneas, no nos limitamos a hermosos vuelos poético-místicos. La primera consecuencia que de ello se desprende es que la tierra ya no debe parecernos "un valle de lágrimas", sembrada de escollos para hacernos tropezar. No debemos desear atravesar la existencia terrenal como extranjeros, con la obligación de gozar lo menos posible de sus bienes y de sus bellezas, los cuales sólo serían pseudobienes y falsas bellezas. Nuestra principal preocupación en esta tierra no ha de ser evitar el pecado, el mal, y merecer la vida eterna. Desgraciadamente, esta concepción de la existencia y del destino humano se halla demasiado expandida entre los cristianos y es predicada en muchos sermones de cuaresma. No es de origen evangélico, sino que es una superviviencia del jansenismo, doctrina que guarda relación con algunas de las antiguas doctrinas dualistas. Así pues, los bienes y las riquezas de la tierra no estan para tentarnos, para hacernos merecer el cielo al rechazarlos. ¿Cómo no advertir lo que encierra tal idea de insultante para Dios que es amor?. No sólo tenemos el derecho de gozar de todos los bienes y de todas las bellezas, sino que ello constituye para nosotros un riguroso deber, puesto que sólo así puede extenderse hasta ellos la encarnación y puede operarse su espiritualización.

Otro aspecto importante que determina el prejuicio es la imperiosa necesidad de rebajar las confesiones cristianas a la categoría de herejías y las religiones a la categoría de vulgares supersticiones, mitos y fábulas. Ello se debe a que en el inconsciente no se siente seguro de su propia religión. Esperan así robustecer su fe claudicante, persuadiéndose así mismos de que no existe nada

grande y noble fuera de su Iglesia. Que haya santos auténticos entre los ortodoxos y entre los protestantes, entre los musulmanes y entre los hindúes, es para ellos un escándalo, cuya evidencia tratarán de negar.

La multiplicidad de las religiones, la universalidad del hecho religioso, lejos de perturbarnos nos parece la prueba más evidente de que la religión no es una invención fortuita de hombres que viven en determinadas condiciones sociales y culturales. Los hombres, seres temporal y espacialmente condicionados, son psicológicamente tan diferentes entre sí como lo son físicamente. Alli es sin duda donde hay qué buscar la explicación de la gran diversidad de las religiones. Pero como en lo escencial, todos los hombres son semejantes, siempre y en cualquier lugar, por eso justamente son siempre y en cualquier lugar religiosos. La religión de un grupo humano o de un individuo puede ser más o menos pura, más o menos elevada. Están también los ateos y nada nos autoriza a poner en duda la sinceridad de su negación de todo lo divino.

Se puede llegar a comprender que la religión es profundamente distinta a todas las otras actitudes de la existencia, por sugestivas que puedan parecer ciertas analogías. Penetra tan profundamente en la psique, en la inteligencia y en el corazón que toda comparación entre la manera de pertenecer a la religión y la manera de ser adepto a una filosofía, a una escuela artística, a un sistema político y hasta teológico, será por fuerza una comparación defectuosa. La fe abarca a la vez y con igual intensidad la inteligencia, el corazón, la sensibilidad, la libertad, el alma y el cuerpo. En ella se descubre el punto convergente de todas las aspiraciones estéticas y éticas.

Ahora bien, para nosotros los occidentales es sumamente difícil interpretar con exactitud las palabras de los orientales. Ellos no se rigen por la lógica Aristotélica o Cartesiana y así se expresan de una manera que nos parece terriblemente borrosa. Sólo la mala fe o la grosera incomprención de las cosas de la religión puede suponer que los innumerables nombres con que ellos invocan a la divinidad designan dioses distintos. A medida que se conocen mejor las diferentes religiones y a los hombres que las profesan y las practican, mas nos persuadimos de que todas brindan a los seres humanos un camino hacia lo absoluto. En mayor o menor grado, todas participan de la revelación divina; y Dios se manifiesta en todas las religiones. En cierto sentido, no hay religión que no sea revelada. La diversidad exterior de las religiones se explicaría entonces únicamente por las condiciones económicas, históricas y políticas propias de cada pueblo o de un grupo particular dentro de un mismo pueblo. Además un conocimiento "objetivo", desde el

exterior, resulta insuficiente para lo que es viviente y profundo. Para comprender que en una religión cualquiera hay algo más que lo púramente humano, es indispensable que uno mismo viva con intensidad una fe. La religión une a los hombres a su origen, Dios, pero también une a los hombres mutuamente. Para que esto suceda la religión debe ser dinámico y no estática porque de lo contrario; cuan fácilmente lo estático puede contaminar hasta la más dinámica de las religiones. Bergson piensa, que lo que constituye la excelencia de una religión, es que por esencia sea una revelación dinámica; y una religión dinámica no puede encontrar su justificación en una moral cerrada.

También queremos referirnos a las devociones que existan dentro de la religión y es que los educadores y los predicadores vigilen con atención que las devociones no pierdan su carácter de símbolos; de lo contrario, en estos casos, por desgracia demasiado frecuentes, se ha abandonado lo religioso para caer en lo mágico.

Otro aspecto el cual queremos señalar es la muerte, acto último de la vida temporal, es al mismo tiempo el primer acto de la vida eterna. Sin embargo, nos oponemos contra el tema tan caro a muchos predicadores que presentan la vida terrenal, en esencia, como una preparación para la muerte. Nosotros pensamos lo contrario, que la existencia temporal constituye la fase incoativa de la vida eterna, todo cambia entonces, tenemos la rigurosa obligación de vivir con el máximo de intensidad en esta tierra, de enriquecer al máximo nuestro corazón y nuestra mente. En lugar de apartarnos de ella, debemos aferrarnos profundamente a la vida y recibir con acciones de gracia las alegrías que nos ofrece. Se han escuchado a predicadores presentar la esperanza en la vida eterna como un consuelo a las penas de este mundo. Pero en realidad se trata de lamentables deformaciones de la verdadera idea cristiana de este grande y terrible misterio que es la muerte.

La vida eterna, en realidad sólo puede concebirse como una intensa y apasionante actividad. Liberadas de las limitaciones y servidumbres que les impone la condición terrenal, nuestras facultades superiores, espirituales, podrán remontar su propio vuelo, superar al máximo todos los planes.

Antes de mencionar cómo se concibe a la religión como factor determinante para formar una personalidad prejuiciosa creemos que es importante referirnos más concretamente a la religión en

México ya que es interesante analizar psicológicamente el conflicto entre Estado e Iglesia y hacer la distinción entre Iglesia y religión que por desgracia en México es común confundir. Creemos que dicha distinción es primordial para la concepción de religión y prejuicio que más adelante expondremos. Por ahora mencionaremos algunos conceptos psicológicos sobre la dinámica psicosocial del mexicano.

El psicoanálisis, está siempre razonando el problema de los valores humanos. Al estudiar el fenómeno clínico se encuentra a menudo al neurótico en conflicto con la cultura en que vive o, al contrario, sus sobreadaptaciones a sectores de esa cultura, con detrimento de su adaptación general y también de sus potencialidades. Entre las básicas producciones culturales están las religiosas. Y dentro de las estructuras religiosas de las culturas se encuentran multitud de lo que hoy llamamos valores culturales, pero dentro de la evolución de muchas culturas, se fué formando la necesidad de otros tipos de solución, en particular la de la división de la proyección superyoica.

Una de las primeras grandes escisiones fué la que hoy llamaríamos "separación de la Iglesia y del Estado". En tanto que la organización superyoica en torno al jefe, dictador, rey, senado, cesar, presidente etc., tiende en mayor o menor grado a incluir y delimitar los factores que más directamente administraban el caudal de valores concernientes al manejo de los procesos de exploración, control y dominio de la realidad externa, de la misma manera las estructuras exclusivamente religiosas tendían a manejar, controlar y conservar permanentemente los valores internos de la herencia, y de la experiencia mágica, en sus relaciones con lo sobrenatural, y en última instancia con la divinidad, herencia en la que se incluían, en forma dogmática, indiscutible y básicamente irracional, los contenidos que normaban a los grupos humanos en su posición ante lo sobrenatural, divino o mágico.

A veces el sacerdote ha querido ser, y se ha vuelto, rey; a veces el César ha querido, y logrado, convertirse en Dios.

Los santuarios, las imágnes milagrosas, el santo o la virgen local, productores de toda clase de mercedes, pueblan el territorio nacional en gradación continuada, que va desde los santos, vírgenes y Cristos milagrosos "en pequeño" y muy locales, a los más milagrosos regionales, hasta alcanzar la cumbre en la Virgen de Guadalupe. Aquí se encuentra toda la gama de expresión religiosa; abarca la devoción espiritual que se ve en las imágenes la representación de auténticos valores, y la devoción puramente idolátrica de la imagen en sí.

Si se examina el modo de ser del católico mexicano actual, cómo practica su religión, cómo entra en conflicto con ella, cómo —en resumen— se equilibra con su ambiente tanto religioso como social, pueden ser claramente perceptibles varios fenómenos. Uno de ellos es éste: La mujer mexicana casi sin excepción, es intensamente religiosa (no importa que tipo de religiosidad tenga, o que sea católica en el sentido más ortodoxo, o que su catolicismo adolezca de contaminaciones supersticiosas, o que carezca de buena educación religiosa, o que su catolicismo esté mezclado aún con prácticas idolátricas, supervivencias de los ritos indígenas etc.). La mujer mexicana, también podría decirse, es religiosa católica, y en general es practicante, con intensidad, hasta donde le es posible. Las numerosas iglesias mexicanas se ven llenas de mujeres. Una aplastante mayoría de hogares mexicanos ostentan manifestaciones de culto y devoción; la simbología religiosa es introducida en las casas y mantenida por las mujeres. También los niños mexicanos, en su inmensa mayoría, son católicos, han sido bautizados y han hecho su primera comunión. Como de mujeres, las iglesias están llenas de niñas y niños.

Pero a partir de los 11 o 13 años de edad, se delimita un claro fenómeno: en los grandes centros urbanos, en la mayoría de las ciudades y pueblos con predominio de mestizos, los hombres se van retirando de las iglesias, cada vez más escasos y además disminuyen las prácticas religiosas. Así, ya al final de la adolescencia y de la juventud, muy pocos hombres practican regularmente la religión. No hay qué decir que los adultos que persisten en esas prácticas religiosas son muy pocos. Luego siguiendo la observación por edades se aprecia un ligero incremento de retorno, de asistencia a las iglesias, de la senectud masculina.

El fenómeno no se da exactamente igual en otras comunidades mestizas, pero donde hay cierta predominancia racial y cultural criolla como en el Bajío, en Jalisco, en algunas regiones de Michoacán, y en otros estados, sigue apreciándose que quienes conservan su religiosidad, en abrumadora mayoría, son las mujeres, si bien la religiosidad de los hombres que han pasado la adolescencia persiste un porcentaje un poco mayor que el percibido en los grandes centros urbanos o en otras zonas del país. Finalmente, en las comunidades predominantemente indígenas, las prácticas religiosas tienden a darse por igual en todas las edades, tanto en el sexo masculino como el femenino y llega a presentarse en algunas poblaciones cierta predominancia masculina.

La anterior división señala los extremos, pero es fácil constatar que existen todas las gamas posibles de expresión religiosa, de

acuerdo con las organizaciones y con las específicas identidades locales. Esta fenomenología es muy diferente a la conducta religiosa colonial, cuando no sólo era conveniente sino obligado y "bueno" ser y manifestarse católico, y peligroso y "malo" manifestarse no católico. Algo, pues, sucedió entre la colonia y nuestra época, que condujo a las situaciones descritas que se presentan ahora.

¿Qué le pasa al hombre mexicano mestizo y criollo que, a partir de su adolescencia, abandona en su mayoría las prácticas religiosas externas, el culto, la manifestación que acepta y respeta la divinidad y la autoridad eclesiástica?. Uno de los primeros actos conscientes de rebelión masculina contra el sometimiento a la madre que es la que educa, controla, enseña y vigila el hogar mestizo y la mayoría de los hogares criollos, es pues revelarse contra la religión practicada, la externa, la que ven y pueden criticar los demás. El adolescente practicante se ve sujeto a burlas, se le dice que está "pegado a las faldas de la madre", que "todavía no es hombre" etc. Esto acarrea siempre un conflicto religioso al adolescente, tanto más severo cuanto mayor sea el control materno y mayor la debilidad o la ausencia física o emocional del padre. A partir de esa época, la rutina, el apoyo social de los grupos masculinos de adolescentes y adultos, identificados todos en esta rebelión a la madre, crean estructuras sociales e ideológicas en las que el nuevo rebelde se apoya, y en las que vive toda su vida, hasta que en la senectud, a veces, recobra la "conciencia" por un proceso de confrontación menos negada con sus propios temores y ansiedades.

No sólo es la rebeldía a seguir sometido a la madre, es en niveles más profundos la rebelión contra el padre el cual, por un desdoblamiento de objeto, es desplazado y actuada no contra el padre real, sino contra el simbólico —el sacerdote—, que durante la infancia ha sido la causa real de temor, o ha sido el hombre en que el niño ha proyectado esos temores, del que ha recibido multitud de admoniciones por sus "malos" impulsos, por el que muchas veces se ha reprimido, el que lo ha confrontado con muchas de sus culpas.

De un lado queda el padre y los hijos que no van a la iglesia, del otro la madre y las hijas, católicas practicantes, que confiezan y comulgan, que sienten mucho que los hombres sean tan "malos" y que estén en peligro de perder sus almas.

En última instancia, lo que hace al adolescente retirarse de sus prácticas religiosas es el temor a permanecer manifiestamente sometido a una identificación materna y de dejar percibir con más claridad los componentes femeninos que pudiera tener.

Por otra parte encontramos el fenómeno de lo aparentemente paradójico, porque una minoría de fanáticos, de intelectuales o de serenos pensadores anti-religiosos, proceden, en un porcentaje casi total, de hogares con madres, tías y hermanas católicas, y aún todavía sólo ocasionalmente no están casados con mujeres católicas, y a pesar de sus ideas tienen hijos católicos y, por supuesto, hijos que pueden situarse en cualquier parte de la gama que va del "salto atrás" del hijo sacerdote al "católico vergonzante", al religioso y de éste al anti-religioso. ¿Cómo se forma este grupo? ¿Cuál es su dinámica, y, sobre todo, porqué este grupo puede unirse, pelear y tener éxito? Múltiples soluciones a problemas secundarios se logran mediante este mecanismo. El padre real, muchas veces odiado o temido conscientemente como defensa del anhelo amoroso es suprimido del campo de la consciencia como objeto odiado; en cambio el interés se vuelve hacia el padre simbólico en quién se colocan todas las maldades reales o imaginarias del padre. Este padre simbólico así conformado se convierte por desplazamiento en un padre inconscientemente muy anhelado, aunque conscientemente muy odiado; así el sacerdote, Dios, resultan ser el cúmulo de todos los males. El anti-religioso con problemas de identificación, revelará sus preocupaciones profundas en niveles proyectivos enfocando con frecuencia su ataque por el terreno sexual. Así hablará de lascivia, de hipersexualidad o degeneración sexual, de homosexualismo en los sacerdotes, considerándolos a todos además como hipócritas. Verá la influencia de los sacerdotes sobre las mujeres como seducción sacerdotal sobre la mujer; verá el respeto a la divinidad y a la jerarquía religiosa, como sometimiento y esclavitud a padres simbólicos malos, sexualmente potentes, agresores, etc. Todo esto independientemente de que tales cosas pudieran o no existir ocasional o frecuentemente en la realidad.

Lo que vuelve a esta situación una dinámica específica, es que la lucha contra la idea religiosa, contra el clero, se ha vuelto objetivo fundamental, a veces único, de quien en un tiempo fué religioso, independientemente de la posición y realidad humana que tengan los sacerdotes en particular y la religión en general, para los grupos mexicanos. Así pues, se está ante una psicología reactiva, intensamente paranoide, dentro de un ambiente nacional de reacciones también predominantemente paranoides. El anti-religioso, demuestra claramente su actitud reactiva en la pasión que pone en su lucha, en su agresividad, y en su logro que es imponer violentamente un sentimiento para evitar otro. El anti-religioso es como todo "anti" algo intenso e irracional, un perseguido que se transforma en perseguidor, con una máscara de defensa o cruzada. Cuando alguno de los hombres famosos del siglo pasado ataca al catolicismo o al sacerdote, y trata o logra instalar la diosa "razón", y se convierte a sí

mismo en sacerdote de la religión nueva, claramente demuestra la compulsión, la necesidad de luchar contra el padre-sacerdote para arrebatarle la madre-religión, y, ya con ella en la mano, creerse valioso y hombre porque es el sacerdote de la nueva religión.

Con lo anterior quedan expuestos algunos de los aspectos de la dinámica de lo que ha sido, durante mucho tiempo, un problema y una bandera política, el conflicto entre los grupos políticos dominantes y el clero y también la religión misma; el por qué de la paradójica situación de que, por más de cien años una ínfima minoría anti-religiosa ha sido más activa y poderosa, y ha tenido más éxito en una pluralidad de identidades católicas en el Yo nacional, las cuales llevan una vida conflictiva entre ellas, dentro de la estructura de cada identidad y, por tanto, de todo individuo.

El conflicto ha producido que el clero ocupe gran parte de sus energías, de su actividad e interés en defenderse, protegerse y actuar en relación al gobierno más que en relación al pueblo. Ya antes por su trato con el criollo, por una parte, y con el mestizo e indígena por la otra, se había establecido una psicología peculiar de superioridad, lejanía y diferencia entre el clero español y el hombre mestizo e indígena, ahora que el clero se ha vuelto predominantemente criollo y mestizo con algunas aportaciones indígenas, la superioridad la lejanía de nuestro clero siguen persistiendo, incrementadas por el predicamento en que se encuentra.

La relación del clero con el pueblo en general no ha llegado a ser afectuosa y amorosa, como en entidades que parten del mismo yo, sino que es severa, sombría y distante. Tradicionalmente, el clero ha sido el admonitor, el portador de la amenaza divina, el acusador, el profeta de la desgracia y de la venganza de Dios, el señalador de la gran culpa, el severo juez, escandalizado muchas veces de tanta debilidad humana. Esta caracterología es debido no al catolicismo en sí, sino a la herencia caracterológica del clero español y a la influencia que sobre éste tuvieron las religiones indígenas, así como a la posición de predominio, lejanía y superioridad de los primeros trescientos años de la Colonia, y a la persistencia de todas las tendencias deformadas e incrementadas por el severo conflicto, a veces llevado a términos de crueldad del superyo gubernamental sobre el superyo religioso.

Así pues, la parte afectiva y amorosa, la parte tierna del catolicismo no ha fructificado aún en México, todavía la religión es sombría, cuando no está mezclada de solemnidad o del grotesco ritual indígena. El clero al mexicanizarse, no ha alcanzado madurez en medio de sus propios conflictos como identidad, en medio de los conflictos que le produce la propia formación actual que

contiene ya todas las identidades raciales y que, a pesar de su formación religiosa, termina produciendo en su actuación la complejidad de sus problemas inconscientes.

De esta forma, clero y gobierno, como entidades superyoicas, por sus conflictos, están fallando al pueblo que sirven y gobiernan. No desempeñan su papel fundamental de figuras representativas compenetradas de su yo, de sus necesidades, de sus cualidades; por lo que sólo desconciertan y angustian más al pueblo. Clero y gobierno incrementan constantemente, con sus propios conflictos, la debilidad de un pueblo carente de figuras superyoicas sólidas, las que además de punitivas, sean también comprensivas, amorosas y tiernas. Todo esto conduce a una mayor confusión, a una mayor dificultad para resolver los problemas de múltiple identificación, a sentir más desamparo y a desarrollar mayor hostilidad y agresión. Mas, sin embargo, los contenidos superyoicos fundamentales de México están en estas dos entidades (clero y gobierno) de cuyos cambios, de cuyo porvenir, dependerán en gran parte las futuras profundas soluciones del país, al mismo tiempo el prejuicio dentro de la religión no tendría un papel tan funcional como en la actualidad.

Teniendo en cuenta lo anterior, expondremos ahora la relación que existe entre el prejuicio y la religión, que en escencia es paradógico. Crea prejuicios y los desbarata. A pesar de que los credos de las grandes religiones son universalistas, y que todas subrayan la hermandad entre los hombres, la práctica de estos credos es con frecuencia divisionista y brutal. La sublimidad de los ideales religiosos se ve contrarrestada por los horrores de la persecución en nombre de esos mismos ideales. Hay quienes dicen que el único remedio para el prejuicio consiste en más religión; otros dicen que el único remedio consiste en abolir la religión. Trataremos de desentrañar esta paradoja en la siguiente exposición.

En primer término conviene ver el problema religioso en general, pues es obvio que no solamente en México existe este problema y este prejuicio sino en todo el mundo. Para no caer en prejuicios evitaremos lo más que sea posible aludir a tal o cual religión, exceptuando aquellos casos en los cuales no podamos prescindir de ello. Por lo pronto empezaremos por darnos cuenta de la existencia de ciertos conflictos insolubles, implícitos en diversos aspectos de la religión. El conflicto está en la pretensión de algu-

nas de las grandes religiones: de que cada una tiene posesión absoluta y final de la verdad. En realidad esto es hasta ahora lo que ha venido creando confusiones y controversias; puesto que ninguna religión ha logrado unir al mundo, los puntos de diferencia pueden ser focos reales de conflicto. Los mártires a veces son víctimas de un enfrentamiento real de ideales. En tanto existan seres humanos con diferentes valores escenciales, habrá desacuerdo. Y aquellos que sostienen valerosamente sus convicciones, o que llegan hasta la muerte para defenderlas, no son necesariamente prejuiciosos, ni víctimas del prejuicio. En suma: donde existen diferencias a menudo irreconciliables entre absolutos contrarios, suelen haber en la práctica formas de acomodar pacíficamente esas diferencias.

La religión se convierte en foco común de prejuicios debido principalmente a que representa algo más que la fe, es el eje de la tradición cultural de un grupo. Cuando las distinciones religiosas sirven para un doble fin, ya están echadas las bases para el prejuicio. Porque el prejuicio lleva consigo el empleo de categorías inadecuadas, excesivamente amplias, en lugar de pensamiento diferenciado. La religiosidad puede ser así una máscara útil para producir prejuicios que intrínsecamente no tienen nada que ver con la religión; desgraciadamente hay quienes utilizan su religión para justificar la prosecución del poder, el prestigio, la riqueza y el egoismo étnico, el resultado inevitable son las abominaciones. La religión y el prejuicio se mezclan entonces.

Algunos teólogos explican esta perversión de la religión, diciendo que los pecadores edifican su religión alrededor de sus intereses particulares. El mal nace cuando el hombre se vuelve hacia Dios sin apartarse de sí mismo. En otras palabras, las personas que sufren del pecado de orgullo no han logrado aprender que la esencia de la religión no es la autojustificación ni el apoyo interno, sino la humildad, la negación de sí, y el amor al prójimo. Hemos argumentado que, si bien pueden producirse eventualmente conflictos reales entre religiones, la mayor parte de lo que recibe el nombre de prejuicios religiosos es, en realidad, el resultado de una confusión entre el egoísmo etnocéntrico y la religión, en la que se recurre a esta última para racionalizar y justificar el primero.

En una organización institucional, la religión es divisionista. Muchas de las distinciones en las creencias no son tan agudas ni tan importantes hoy como cuando se establecieron por primera vez. En realidad, si uno mira las cosas desde más cerca, no es fácil saber que el prejuicio es o puede ser jamás de carácter exclusivamente religioso. Existen diferencias de credos; pueden ocurrir conflictos reales. Pero el prejuicio comienza solamente cuando la

religión se transforma en apología de la superioridad del endogrupo y traspone sus límites estrictos para rebajar a los exogrupos por razones que van más allá de una desviación en el credo.

Ahora bien ¿los grupos religiosos difieren en cuanto a prejuicios?. En realidad en estudios que se han hecho no difieren en cuanto a prejuicios, pues intervienen otros factores de educación y de status socioeconómicos que hace que haya variable en las diferentes religiones; por lo anterior se puede pensar que no es en sí la religión la productora de le prejuicios sino más bien interviene la manera y el fin que tenga de enseñarla y la manera cómo ésta se asimila.

Por otra parte el pertenecer a una iglesia parece estar en general, más a menudo asociada con el prejuicio que con su ausencia, sin embargo hay muchos casos en los que aquella influencia sigue precisamente la dirección opuesta. La religión es un asunto muy personal; tiene sentidos diferentes en diferentes vidas. Su significación funcional pude variar desde la capacidad para servir como muleta que sostenga las formas de pensamiento infantiles y mágicas, hasta las de guiar una filosofía de la vida que sea comprensiva y aparte al individuo de su egocentrismo para dirigirlo hacia un genuino amor al prójimo. Ahora bien, pertenecer a una iglesia porque ese es un endogrupo seguro, poderoso, superior, tiende a ser la característica de un carácter autoritario y a estar vinculado con el prejuicio. Pertenecer a una iglesia porque su credo básico de hermandad expresa los ideales en los que uno sinceramente cree, está asociado a la tolerancia. De modo que la actitud religiosa "institucionalizada" y la actitud religiosa "interiorizada" tienen efectos opuestos en la personalidad.

El predominio de las interpretaciones etnocéntricas de la religión es lo que hace que tantas personas tolerantes se mantengan apartadas de una iglesia. Se hacen apóstatas porque las religiones históricas han llegado a estar sobrecargadas con el prejuicio secular de aquellos que buscan la seguridad de un endogrupo. No se juzga a la religión por la pureza de sus fundamentos doctrinales, sino tal como ha sido pervertida por una mayoría de adeptos Como hemos dicho, las actitudes religiosas "institucionalizadas" e "interiorizadas" constituyen mundos aparte.

Queda claro, entonces, que la religión no guarda ninguna relación unívoca con el prejuicio. Su influencia es importante pero opera en direcciones contradictorias. Los apologistas de la religión pasan por alto su referencia etnocéntrica y autoexaltadora; sus oponentes apenas ven otra cosa. La claridad de análisis reclama una neta distinción entre el papel funcional de la religión en una per-

sonalidad restringida e inmadura, por un lado y en una vida madura y productiva, por otro. Algunas personas se aferran a las envolturas triviales de la religión tradicional para hallar comodidad y seguridad; otros adoptan su enseñanza universalista como una auténtica guía para la conducta.

En una investigación de actitudes étnicas de los veteranos Bettelheim y Janowitz descubrieron que "los veteranos que tenían convicciones religiosas estables tendían a ser más tolerantes". Ellos definen la estabilidad como la internalización de enseñanzas básicas: Si las enseñanzas morales de una iglesia son aceptadas por el individuo, no por miedo a la condenación o a la desaprobación de la sociedad, sino porque él las considera como patrones absolutos de conducta, independientes de amenazas o aprobación externa, entonces decimos que el individuo ha "internalizado" estos preceptos morales.

Los autores distinguen este sentido interior de control y de estabilidad del control externo que depende de las instancias del mundo externo, tales como la dominación de los padres y la religión institucional.

La religión, es pues, un factor de importancia en la filosofía de la vida de la mayoría de la gente. Hemos visto que puede ser de índole etnocéntrica, cooperando y facilitando un estilo de vida marcada por el prejuicio y la exclusividad. O puede ser de índole universalista, destilando vitalmente ideales de hermandad en el pensamiento y la conducta. De modo que no podemos hablar razonablemente de la relación en la religión y el prejuicio sin especificar el tipo de religión al que hacemos referencia y el papel que desempeña en la vida personal.

Hacinedo un resúmen sobre la religión, es necesario mencionar la raiz del problema que no es cuestión de si el hombre debe seguir, volver, dejar la religión o seguir creyendo, volver a creer y dejar de creer en Dios, sino si vive con amor y busca la verdad. El hombre carente de amor, fe y verdad vive confundido y angustiado.

En la actualidad la gente va a las iglesias y escucha sermones en los cuales se predican los principios del amor y de la caridad, y esa misma gente se considera necia o algo peor si vacila en vender un producto que sabe que el consumidor no puede pa-

gar. Pretendemos que nuestra vida se basa en sólidos cimientos e ignoramos las sombras de la inquietud, ansiedad y confusión que no nos dejan nunca. Para alguna gente la respuesta es el retorno a la religión, no como un acto de fe, sino con el fin de escapar a una duda intolerable. Toman esta decisión no por devoción sino en busca de una inseguridad. Los sacerdotes parecen ser los únicos grupos profesionales preocupados por el alma, los únicos representantes del amor, la verdad y la justicia. Hallamos, pues; que la cuestión no es si el hombre vuelve o no a la religión y cree en Dios, sino si vive con amor y busca la verdad secundaria. Si no lo hace, carecen de importancia.

Haciendo una generalización más objetiva, veamos que entiende Erich Fromm por religión. "Cualquier sistema de pensamiento y acción compartido por un grupo, que dé al indivuo una orientación y un objeto de devoción". Por consiguiente no existe nadie sin una necesidad religiosa, una necesidad, de tener una orientación y un objeto de devoción.

Así pues, la cuestión no es religión o no religión, sino que clase de religión. Entonces debemos ocuparnos de hacer una distinción que en nuestra opinión es importantísima, y que comprende las religiones teístas y las que no lo son: la distinción entre religiones autoritarias y religiones humanistas.

¿Cuál es el principio de la religión autoritaria? La definición de la religión que se da en el Diccionario de Oxford, al tratar de definir la religión como tal, es una definición bastante precisa de la religión autoritaria. Dice: "Religión autoritaria es el reconocimiento, por parte del hombre de un poder superior e invisible, que domina su destino y al que debe obediencia, reverencia y veneración".

Aquí se destaca que el hombre está dominado por un poder superior, fuera de él. Pero esto sólo no constituye la religión autoritaria. Lo que la hace así es la idea de que a este poder, por causa del dominio que ejerce, se le **debe** "obediencia, reverencia y veneración". Subrayamos la palabra debe, porque demuestra que la razón de la veneración, la obediencia y la reverencia, no reside en las cualidades morales de la deidad, en el amor o en la justicia, sino en el dominio, es decir, en el poder que tiene sobre el hombre. Además, demuestra que el poder superior tiene el derecho de obligar al hombre a que lo venere, y que la falta de reverencia y obediencia constituye un pecado.

Los elementos esenciales de la religión autoritaria y la experiencia religiosa autoritaria son la entrega a un poder que trasciende al hombre. La sumisión a una autoridad poderosa es uno de

lo caminos por los cuales el hombre escapa a sus sentimientos de soledad y a sus limitaciones. En el acto de la entrega, pierde su independencia e integridad como un individuo pero gana la sensación de verse protegido por un poder inspirado de miedo del cual, por así decirlo, llega a formar parte.

En la religión autoritaria, Dios es el símbolo del poder y la fuerza, es supremo, porque tiene un supremo poder y el hombre, en yuxtaposición, es totalmente impotente. La religión autoritaria secular sigue el mismo principio. Aquí el Führer, o el amado "padre de su pueblo" o el Estado, o la Raza, o la Patria Socialista, se convierten en el objeto de veneración; la vida del individuo se hace insignificante, y el valor del hombre consiste en la misma negación de su valor y fuerza.

La religión humanista, por el contrario, tiene como centro al hombre y su fuerza. El hombre tiene que desarrollar sus poderes de razón con el fin de comprenderse, y comprender su relación con los demás hombres y su posición en el universo. Tiene que reconocer la verdad, con respecto a sus potencialidades y a sus limitaciones. Tiene que desarrollar su capacidad de amor por los demás, y por sí mismo, y experimentar la solidaridad de todos los seres vivos. Tiene que tener principios y normas que le guíen en este fin. La finalidad del hombre en la religión humanista es lograr la mayor fuerza, no la mayor impotencia: la virtud es la auto-realización, no la obediencia. La fe es la firme convicción basada en la propia experiencia de pensamiento y sentimiento. El estado de espíritu prevaleciente es la alegría, mientras que en la religión autoritaria es la pena y la culpa. Cuando las religiones humanistas son teístas, Dios es la realidad de los poderes del hombre, que trata de realizar durante su vida, y no un símbolo de fuerza y dominación, que tiene poder sobre el hombre. Lo que importa en tal o cual sistema no es el sistema de pensamiento como tal, sino la actitud humana que sirve de base a sus doctrinas.

La distinción, pues, entre la religión autoritaria y la humanista, no sólo comprende varias religiones, sino que puede existir dentro de una misma religión.

Del espíritu de la religión autoritaria nacen dos razonamientos falaces que han sido repetidamente usados como argumentos de la religión teísta. Uno de los argumentos es el siguiente: ¿Cómo puede criticarse la importancia dada a la dependencia de un poder que trasciende al hombre? ¿Acaso el hombre no depende de las fuerzas exteriores a él, que no puede comprender y mucho menos dominar?.

En realidad, el hombre es dependiente; está sometido a la

muerte, la vejez, la enfermedad, e incluso aunque llegase a dominar la naturaleza y ponerla a su servicio, él y la tierra serían unos diminutos puntitos en el universo. Pero una cosa totalmente diferente es entregarse a esta dependencia, a la veneración de las fuerzas de que uno depende. El comprender con realismo y sobriedad lo limiado que es nuestro poder, es una parte escencial de la sabiduría y la madurez; al venerarlo es masoquista y autodestructor. Una cosa es humildad, la otra autohumillación.

Cualquier idea sólo es fuerte si está basada en la estructura del carácter de la persona. Ninguna idea es más potente que su matriz emocional. Por lo tanto, el modo en que el psicoanálisis encara a la religión consiste en un entendimiento de la realidad humana más allá de los sistemas del pensamiento. Trata de establecer si un sistema de pensamiento expresa el sentimiento que pinta, o es una racionalización que oculta actitudes contrarias. Además, pregunta si el sistema de pensamiento procede de una fuerza motriz emocional o si es una opinión vacía.

La realidad humana, por ejemplo, que sirve de base a las enseñanzas de Buda, Isaías, Cristo, Sócrates o Spinoza, es la misma esencialmente. Está determinada por la búsqueda de amor, verdad y justicia. La realidad humana que hay detrás del sistema teológico de Calvino, y la de los sistemas políticos autoritarios, es también muy similar. Su espíritu es un espíritu de sumisión al poder y de falta de amor y respeto por el individuo. Si las enseñanzas religiosas contribuyeran al desarrollo, fuerza, libertad y felicidad de sus creyentes, veremos los frutos del amor. Si contribuyen a la reducción de las potencialidades humanas, a la desdicha y falta de productividad, no pueden haber nacido del amor, diga lo que quiera el dogma.

La tragedia de todas las grandes religiones es que violan y pervierten los mismos principios de la libertad en cuanto se convierten en organizaciones gobernadas por una burocracia religiosa. La organización religiosa y los hombres que la representan toman hasta cierto punto el lugar de la familia, la tribu y el Estado. Mantienen esclavizado al hombre en lugar de dejarlo libre. Ya no se venera a Dios, sino al grupo que se dice hablar en su nombre. Esto ha ocurrido en todas las religiones.

La realidad humana, detrás del concepto de amor del hombre hacia Dios, es en la religión humanista la capacidad del hombre de amar productivamente, de amar sin codicia, sin sumisión ni dominación, de amar con la totalidad de su personalidad, como el amor de Dios es un símbolo de amor producto de la fuerza y no de la debilidad.

En la religión autoritaria, el pecado es principalmente la desobediencia a la autoridad, y secundariamente la violación de las normas éticas. En la religión humanista, la conciencia no es la voz de la autoridad interiorizada, sino la voz del hombre, el guardián de su integridad que nos da un toque de atención cuando estamos en peligro de perdernos. El pecado no es principalmente un pecado contra Dios, sino es pecar contra nosotros mismos. En la actitud autoritaria, el reconocimiento de los propios pecados es aterrador, porque el haber pecado significa haber desobedecido a poderosas autoridades que castigarán al pecador. En las tendencias humanistas de la religión, hallamos una reacción al pecado enteramente diferente. Como no hay espíritu de odio ni de intolerancia, que como compensación de la sumisión está siempre presente en los sistemas autoritarios, la tendencia del hombre a violar las normas de vida se mira con comprensión y amor, no con desprecio y desdén. La reacción al sentimiento de culpa no es el odio hacia sí, sino un activo estímulo a ser mejor.

Un aspecto de la experiencia religiosa es el asombrarse, el maravillarse, el darse cuenta de la vida y de la propia existencia y del problema desconcertante de la relación de uno con el mundo. La persona que no se ha asombrado nunca, que nunca ha mirado la vida y su propia existencia como un fenómeno que requiere una respuesta y cuyas respuestas, apenas puede entender qué es la experiencia religiosa. Otra cualidad de la experiencia religiosa es lo que Paul Tillich ha llamado la "suprema preocupación". No es el interés apasionado por el cumplimiento de los propios deseos, sino el interés relacionado con la actitud de asombro.

Además de la actitud de asombro y preocupación, hay un tercer elemento en la experiencia religiosa, el más claramente exhibido y descrito por los místicos. Es una actitud de unidad no sólo consigo mismo, sino con toda vida y, luego, con el universo. Algunos pueden pensar que con esa actitud se debilitan la individualidad y la experiencia personal. El que no sea así, constituye la naturaleza paradójica de esta actitud. Comprende la vida e incluso penosa conciencia de sí como una entidad única y separada, y el deseo de romper las barreras de esta organización individual y fundirse con el todo. En este sentido, la actitud religiosa es simultáneamente la más plena experiencia de la individualidad y de su contrario; no es tanto una fusión de ambos como una polaridad de cuya tensión nace la experiencia religiosa. Es una actitud de orgullo e integridad, y al mismo tiempo de una humildad que nace de experimentarse como un hilo en la trama del universo.

Queremos aclarar la idea que se tiene de inconsciente para que no haya confusiones y no nos quedemos con la idea de que

el inconsciente es únicamente un fenómeo religioso. En el pensamiento de Freud, el inconsciente es, en su esencia, lo que es malo en nosotros, lo reprimido, lo que es incompatible con las exigencias de nuestra cultura y de nuestro superego. En el sistema de Jung, el inconsciente se convierte en una fuente de revelación. en un símbolo de lo que, en lenguaje religioso, es Dios mismo. Con este criterio, el hecho de que estemos sometidos a los dictados de nuestro inconsciente es en sí, un fenómeno religioso. Nosotros creemos que nuestro inconsciente —es decir, esa parte de nuestro yo excluida del ego organizado que identificamos con nuestro ser— contiene lo más bajo y lo más alto, lo peor y lo mejor. Tenemos que acercarnos a él no como si fuera un Dios a quien debemos venerar o un dragón a quien matar, sino humildemente, con un profundo sentido del humor en el cual vemos esa otra parte de nosotros tal como es, sin horror y sin miedo.

Hasta ahora, no hemos discutido varios aspectos de la religión que hay que diferenciar entre sí con el fin de determinar cuáles son amenazados por el psicoanálisis y otros factores de la cultura moderna, y cuales no. Los aspectos particulares que deseamos discutir desde este punto de vista, son el apecto de la experiencia, el aspecto mágico científico, el aspecto ritualístico y el aspecto semántico.

Por aspecto experiencial, entendemos la devoción y el sentimiento religioso. La actitud común a las enseñanzas de los fundadores de todas las grandes religiones de Oriente y Occidente es una en la cual la suprema finalidad de vivir es la preocupación por el alma del hombre, y el desarrollo de sus poderes de amor y de razón. El psicoanálisis, lejos de ser una amenaza para este fin, puede, por el contrario, contribuir en gran parte a su realización. Tampoco este aspecto puede ser amenazado por otra ciencia. La amenaza a la actitud religiosa no está en la ciencia, sino en las prácticas predominantes en la vida diaria. En ellas, el hombre ha cesado de buscar en sí el fin supremo de la vida y se ha convertido en un instrumento que sirve la maquinaria económica que ha construído con sus propias manos. Se interesa por la eficiencia y el éxito más que por su felicidad y el desarrollo de su alma. Más específicamente, la orientación que más nos pone en peligro la actitud religiosa es lo que Erich Fromm ha llamado la "orientación mercantil" del hombre moderno.

El pertenecer a una religión y practicarla se considera también como uno de los requisitos del éxito. Toda profesión, todo campo, tiene su tipo de personalidad triunfadora. Si el mayor valor del hombre es el éxito, si el amor, la verdad, la justicia, la ternura, la piedad, no le sirven de nada, puede profesar estos ideales, pero

no lucha por ellos. Los que se preocupan sólo de la supervivencia de la religión y de las iglesias, pueden aceptar la situación. El hombre puede buscar el refugio de la Iglesia y de la religión, porque su vacío interior le impulsa a buscar algún abrigo. Pero el profesar una religión no significa ser religioso, sin embargo aquellos, que se preocupan de la experiencia religiosa, ya sean o no religiosos profesionales, no se complacerán viendo las iglesias llenas, ni tampoco con las conversaciones. Serán los críticos más severos de nuestras prácticas seculares, y reconocerán que la alienación que el hombre tiene de sí, su indiferencia hacia sí y hacia los demás, que tiene sus raíces en nuestra cultura secular, son las reales amenazas a la actitud religiosa, no la psicología ni ninguna otra ciencia.

Muy diferente es, sin embargo, el impacto del progreso científico sobre otro aspecto de la religión, el mágico-científico.

En sus primeras tentativas para sobrevivir, el hombre se vió obstaculizado por su falta de conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, y por su relativa importancia para usarlas. Formuló teorías acerca de la naturaleza, e inventó ciertas prácticas para enfrentarse con ella, que entraron a formar parte de una religión. Fromm llama a este aspecto de la religión, mágico-científico, porque comparte con la ciencia la función de entender la naturaleza con el fin de desarrollar técnicas para su buena manipulación. Cuanto más comprende y domina a la naturaleza, menos necesita el hombre usar la religión como una explicación científica y un medio mágico de dominar la naturaleza. La mayoría de los argumentos anti-religiosos del siglo XVIII fueron dirigidos no contra la actitud religiosa, sino contra las pretensiones de la religión de que sus declaraciones científicas tenían que ser aceptadas con espíritu de fe. La respuesta de que lo importante es el bienestar del alma humana y que la hipótesis acerca de la naturaleza, y su creación, no incumben a este problema, sigue siendo tan cierta como cuando la dijeron los Vedas o Buda.

Aspecto ritual de la religión; se han visto que ciertos tipos de pacientes realizan rituales de naturaleza privada, que no tienen nada que ver con sus prácticas o conceptos religiosos, y que sin embargo se asemejan mucho a las formas religiosas. En forma particular de levado compulsivo, se descubre que el ritual es una tentativa de librarse de un fuerte sentimiento de culpa. Este sentimiento de culpa no está causada por nada que el paciente haya hecho realmente, sino por impulsos detructores que no han llegado a su conciencia. Los rituales religiosos no son siempre irracionales. (Para el observador que no comprende su significado, son, claro está, siempre irracionales). Un ritual religioso de lavado pue-

de ser comprendido como una expresión significativa y racional de limpieza interior, sin que haya en él ningún componente obsesivo o irracional, como una expresión simbólica de nuestro deseo de pureza interior, realizado en forma de ritual para prepararnos para una actividad que requiere completa concentración y devoción. De igual modo, rituales como el ayuno, las ceremonias religiosas matrimoniales, la concentración y la meditación pueden ser rituales enteramente racionales, que no necesitan más análisis que el que lleva a su entendimiento de su significado.

Así como el lenguaje simbólico que hallamos en los sueños y en los mitos es una forma particular de expresar pensamientos y sensaciones mediante imágenes de experiencia sensorial, el ritual es una expresión simbólica de pensamiento y sentimientos mediante la acción. La contribución que el psicoanálisis puede hacer a la comprensión de los rituales, es mostrar las raíces psicológicas de la necesidad de la acción ritualista, y diferenciar los rituales compulsivos e irracionales de los que son expresiones de devoción común a nuestros ideales. La necesidad de rituales comunes se aprecia completamente por los caudillos de los sistemas políticos autoritarios. Ofrecen nuevas formas de ceremonias de color político que satisfacen esta necesidad, y unen al ciudadano medio con el nuevo credo político mediante ellas.

Aspecto semántico; la religión en sus enseñanzas, como en sus rituales, habla un lenguaje diferente del que usamos en la vida diaria, es decir, un lenguaje simbólico, las anteriores consideraciones demuestran que la respuesta de lo que constituye la amenaza a la religión en la actualidad, depende de cual es el aspecto simbólico a que nos referimos. La convicción de que el problema de la religión no es el problema de Dios, sino el problema del hombre; las fórmulas religiosas y los símbolos religiosos son tentativas a dar expresión a ciertas clases de experiencias. El sistema de símbolos es sólo la clase por la cual podemos adivinar la realidad humana que sirve de base.

Es fácil ver que muchos de los que profesan la creencia en Dios, son, en su actitud humana, adoradores de ídolos, u hombres carentes de fe, mientras que algunos de los "ateos" más ardientes dedican su vida al mejoramiento de la humanidad, a actos de fraternidad y amor, y dan muestra de fe y de una profuna actitud religiosa. Centralizar la discusión religiosa en la aceptación o negación de la realidad de Dios, cierra el camino al entendimiento del problema religioso, como problema humano, y evita el desarrollo de esa actitud humana que puede llamarse religiosa en el sentido humanista. El conflicto real no está entre la creencia en Dios y el "ateísmo", sino entre una actitud religiosa humanisa y una ac-

titud equivalente a la idolatría, se exprese esta actitud o se disfrace en el pensamiento consciente.

Olvidamos que la esencia de la idolatría no es la adoración de este o aquel ídolo particular, sino de una actitud específicamente humana. Esta actitud puede ser descrita como deificación de las cosas, de aspectos parciales del mundo y de la sumisión del hombre a tales cosas, en contraste con una actitud en la cual su vida está dedicada a la realización de los más altos principios de vida, los del amor y la razón, a fin de convertirse en lo que potencialmente es un ser hecho a semejanza de Dios. No sólo son los ídolos las figuras de piedra y de madera. Las palabras pueden convertirse en ídolos, y las máquinas también; los caudillos, el Estado, el poder y los grupos políticos pueden serlo igualmente. La ciencia y la opinión del vecino pueden convertirse en ídolos, y Dios se ha convertido en ídolo de muchos. Aunque no es posible que el hombre haga declaraciones válidas sobre lo positivo, sobre Dios, es posible que las haga sobre lo negativo, sobre los ídolos. ¿No es el momento de dejar de discutir acerca de Dios y de unirnos para descubrir las formas de idolatría contemporáneas? Hoy no se trata de Baal y Astarté, sino que la deificasión del Estado y del poder en los países autoritarios, y de la máquina y el éxito en los países de nuestra cultura, es lo que amenaza a las riquezas espirituales más preciosas del hombre. Ya seamos religiosos o no, ya creamos en la necesidad de una nueva religión de la no-religión, o en la continuación de la tradición judeo-cristiana, siempre que nos interese la esencia y no la superficie, la experiencia y no la palabra, el hombre y no la iglesia, podremos unirnos en una firme negación de la idolatría, y quizas hallar en esta negación una fe común más que en las declaraciones afirmativas acerca de Dios. Indudablemente, hallaremos más humildad y amor fraternal.

Existen motivos que creemos, nos obliga a aclarar un poco lo anteriormente expuesto. Cuando se mira la Historia de las religiones (mucha gente de un país dado, ha podido comparar el Cristianismo con otras religiones) nos persuadimos de que casi todas las religiones se asemejan al Cristianismo en cuanto tiene ciertas enseñansas, llámense estos rectores, catequistas o mistagogos.

El Cristianismo no es solamente una religión que da lugar a doctrinas, enseñanzas o mistagogías, el Cristianismo es original, porque todo él está suspendido de la palabra de Dios, ligado a la Manifestación del mismo Dios que se dió al injertarse en la Histo-

ria y en la conciencia humana. La Palabra de Dios no es la palabra de un profesor, si llegamos a clarificar ésto; habremos descubierto en que se diferencía el Cristianismo de la religión humanista o autoritaria que ya describimos.

Ahora procedamos a hablar de religión y Evangelio; trataremos de explicar que el Cristianismo no es una religión, sino un Evangelio o sin paradojas, es la religión del Evangelio.

Entonces, tenemos por fin mostrar que la religión o el hecho religioso y el hecho evangélico son distintos. Hacemos notar desde un principio, que para muchos cristianos, esta distinción no es muy evidente, pues para muchos de ellos, que no han reflexionado —o han reflexionado poco—, el Cristianismo es una de las mil formas posibles de religión. Dirán ciertamente, que el Cristianismo es la mejor, la más pura, pero la catalogarán siempre dentro de una misma sección, a la par de las otras religiones.

Uno se da cuenta de ésto, cuando oye el lenguaje actual. De alguien profundamente cristiano, se dice por ejemplo, que es muy religioso; otro tanto sin embargo, se puede decir de los budistas, musulmanes, animistas. O se habla de que fulano de tal hace votos religiosos, cuando vemos por otro lado hacer lo mismo a sacerdotes egipcios o a eunucos sagrados de diversas religiones que tienen cierta vida monástica. No ha sido Jesucristo ciertamente, quien intituyó los votos religiosos, cosa muy distinta será si hablamos de votos evangélicos.

Como se ve, el vocabulario actual une e iguala hecho religioso y hecho evangélico. Esto no sucedía antes. Recordamos las palabras que usaban los primeros testigos y teólogos para designar el hecho cristiano. Cuando se habla de religión en el Nuevo Testamento, es para designar solamente la conducta de los paganos: se nos dice de un pagano, Cornelio, que era muy religioso. San Pablo dice al hablar de los atenienses: "he aquí hombres profundamente religiosos que buscan lo divino". Mas cuando se quiere hablar del hecho evangélico, las palabras son distintas, entonces; se emplea "Parousía", venida de Dios; "Epifanía", manifestación de Dios; "Evangelio", buena nueva; "Fe", metanoia. Palabras todas que designan algo nuevo, como es el hecho cristiano.

Hasta aquí sólo hemos hablado de lo externo, del cascarón. Ahora hablaremos de la distinción de estas realidades. Para lograrlo nos preguntaremos qué es el hecho religioso, de dónde viene y cómo se presenta, para poder preguntarnos del mismo modo: ¿Qué es el hecho cristiano, de dónde viene, cómo se presenta?.

El hecho religioso.— Lo más característico del hecho religioso

es que parte del hombre. Todos los diccionarios que podamos consultar, nos darán la misma definición de Religión: La religión es la búsqueda que el hombre hace de lo divino. Es el hombre que quiere entrar en relación con lo divino. Es él quien realiza y organiza esta relación con lo divino.

¿Porqué le busca? ¿Porqué desea relacionarse con lo divino?. La respuesta no puede ser simple, ya que los motivos de esta búsqueda humana, son muy distintos.

En estos motivos, hay varios planos. Existe un primer nivel al que llamaremos instancia religiosa o religiosidad. Es un nivel inferior que corresponde a hombres que buscan lo divino para quitarse el miedo; hombres que creen en fuerzas divinas y buscan acapararlas para ponerse al abrigo de ellas. Una religiosidad de este tipo, la vemos en las religiones primitivas, por ejemplo, en las animistas: el hombre se pone en relación con las fuerzas superiores para inscrustarlas en sí mismo y hacerlas propicias. Lo que busca en esta religiosidad el hombre, es la seguridad, que no puede alcanzar con sus propias fuerzas. Religión impura y muchas veces egoísta en la que el hombre "usa" lo divino. Es como si el hombre hiciera girar a Dios en torno suyo convirtiéndole en un satélite. Como si se le dijera a Dios: Da vueltas alrededor de mí, ten cuidado de mí, consuélame, responde a mis necesidades, quítame el miedo, quítame la angustia. Miedo y angustia, que veo delante de mí por las incertidumbres de la vida, por la inseguridad de mi existencia, de mi muerte.

Un segundo nivel del hecho religioso, es el sentimiento religioso. Se trata del comercio de los hombres con la divinidad, para ponerse en regla. Se concibe la divinidad, como imponiendo deberes y obligaciones a las que el hombre responde, obedeciendo y ofreciendo tales o cuales ritos, necesarios para estar en paz con ella. Es como se ve, una forma de religión más pura que la anterior, pero que se queda en algo impersonal con mucho protocolo. De ahí que se exprese ordinariamente por ritos necesarios para estar en paz con ella. Es como se ve, una forma de poner en regla a la Humanidad con la Divinidad.

Hay un tercer nivel (recordando que todavía estamos en el hecho religioso, aún fuera del Evangelio) al que llamaremos virtud de la religión. Gran parte de nuestros moralistas católicos, cuando escriben de la virtud de la religión, citan abundantemente a Platón, Cicerón y a los Estoicos. Filósofos de muy alto nivel espiritual que sintieron la relación con la divinidad de un modo muy especial.

Dentro del hecho religioso, la virtud de la religión alcanza el

aspecto más noble del hombre en cuanto tal, pues ya no es el hombre que obra por miedo o por deberes, sino como persona que se pone en relación con lo divino para rendir Homenaje. Es una comunión personal en la que el hombre ofrece su vida al Ser Supremo de quien se siente libremente dependiente. Lo religión en este momento se transforma en la actitud de la criatura ante aquel que es conocido como Creador.

La religión de un Platón nunca ha sido vivida por muchos hombres. Ha sido elaborada en un cuarto. Los hombres generalmente están más cerca de la religiosidad que de la virtud de la religión, pues la virtud de la religión supone un estado de vida muy espiritual. Podemos darnos cuenta de ello, si reflexionamos un poco sobre nuestra vida. Ella está por encima del sentimiento e instancia religiosa por ser más libre y personal, lo que no sucede en los grados inferiores, donde el hombre es poco hombre al obrar como niño o animal que tiene miedo a lo sagrado.

Por esto, cuando se le preguntó a San Pablo qué pensaba sobre la religión, no dudó en responder, como lo hace en los primeros capítulos de su carta a los romanos, que tratándose de la virtud de la religión, por ella, el hombre puede encontrar a Dios; pero añade inmediatamente que los pecados del hombre han transformado la religión convirtiéndola muchas veces en la peor de las degradaciones: los hombres caen en la idolatría. Idolatría y magia, que presentan a Dios con rasgos de hombre. Esa es muchas veces la instancia y sentimiento religioso.

Más no nos ilusionamos, pensando que el hombre que tiene la virtud de la religión, no necesita nada más. Todo el Nuevo Testamento nos habla de una conversión. De una necesidad de convertirse al Evagelio. A todos, Dios nos invita a pasar de la Religión a la Fe. No debemos confundir nunca al creyente con el hombre religioso.

Hasta aquí hemos tratado lo referente a la religión con lo cual creemos se comprende más lo numinoso con la clasificación que expusimos de: religiosidad, sentimiento religioso y virtud de la religión.

Ahora bien, pasando al Evangelio comparándolo con la religión, tenemos que: en la religión la iniciativa viene de abajo, del hombre. El hombre busca relacionarse con el Ser Viviente. En el Evangelio aparece todo lo contrario, Dios decide hacerse presente en su Creación. Dios decide manifestarse a los hombres para revelarles su pensamiento y entablar conversación. El mismo ha querido hacerlo así: Ingertarse en la Historia, en la generación humana. El Evangelio es, pues, Dios, que quiere relacionarse con el

hombre. Palabra que viene de arriba y suscita una respuesta con el hombre. Respuesta que es la Fé. Mas no puede haber Fé, si no hay Palabra de Dios. Si no hay Palabra de Dios, habrá sentimiento religioso, puede haber virtud de la religión o al menos religiosidad; mas si no hay Palabra de Dios, no podemos hablar de Fe.

Por esto seremos incoherentes en el vocabulario, si hablamos de religión ahí donde deberíamos hablar de Evangelio. Y peor todavía si se habla de Fe donde sólo hay religión.

Aquí podemos ver la originalidad del Cristianismo. Lo que relaciona al hombre con Dios es la respuesta que el hombre da a Dios. Expliquemos esto un poco más. El punto fundamental del Evangelio se debe a esta elección benéfica de Dios. Todo el Evangelio consiste en la manifestación del Dios Personal, que ha querido manifestar su pensamiento, su Plan. Toma la Historia y la dirige. Es la salvación que entra en nuestra vida. Es la salvación que viene de Dios.

He aquí el Evangelio, manifestación de un Dios Personal que tiene un Plan, que realiza este Plan en la historia en forma de salvación. He aquí por qué la respuesta al Evangelio, la Fe, no consistirá en un asentimiento cualquiera hacia la Divinidad, el cumplir ciertas obligaciones o el aceptar cierta doctrina como caída del cielo. En esto no consiste la Fe. La Fe consiste en acoger la salvación que viene de Dios, en sentir dejarse guiar por esta Persona que entra en la Historia, asumir en nosotros esta nueva historia. Por la Fe uno entra en la esfera del presente de Dios.

Por ahora pensamos que esto será suficiente para distinguir la religión del Evangelio.

Para terminar, queremos citar unos versículos de San Pablo en su carta a los romanos. Estos versículos son muy reveladores. San Pablo nos dice: "La gracia de Dios me dió de ser ministro de Cristo Jesús entre los paganos, sacerdote del Evangelio de Dios, a fin de que los paganos lleguen a ser una ofrenda agradable, santificada en el Espíritu". Si hacemos la exégesis de este texto, nos daremos cuenta que San Pablo usa un vocabulario sacral, él habla de Socerdocio; hieré sacrificador, liturgia. Son palabras conocidas por todas las religiones. Pero hay algo especial cuando San Pablo usa este vocabulario, pues lo emplea atribuyéndolo al ministro de la Palabra.

El sacerdote de las religiones, es ante todo, el hombre de los ritos el cual, cae con frecuencia en la hechicería. Se podrá añadir, que cuando los sacerdotes de las religiones se limitan a ser hombres de ritos, se convierten en hombres de la Torá, es decir, hombres que guardan la tradición y las obligaciones morales. El Sa-

cerdote cristiano es algo del todo distinto. El es, ante todo, profeta. El mismo San Pedro nos da ejemplo de ello, el que anuncia el Evangelio de Dios.

Leyendo otra vez las palabras de San Pablo, nos dice: "De la gracia de Dios me han hecho de ser un ministro de Jesucristo —no un hombre de ritos, sino ministro de Jesucristo entre los paganos— sacerdote del Evangelio de Dios a fin de que los paganos lleguen a ser —por la Fe, por la respuesta que dan a la Palabra— ofrenda santificada en el Espíritu Santo".

¿No hay aquí algo que concierne a nuestra anterior reflexión sobre la religión y el Evangelio? nosotros estamos al lado del Evangelio, no de la religión. El ministro de la Palabra de Dios, es fundamental en la iglesia. Tal es el oficio primordial del Sacerdote. El Sacerdote cristiano, no es el sacerdote de Torá, no es el sacerdote de las obligaciones y disciplina. El Sacerdote cristiano es, antes que nada, del Evangelio de Dios. Pero desgraciadamente cuántos Sacerdotes cristianos no se dan cuenta de esto. Ellos se contentan con ritos y disciplinas, descuidando la Palabra, cuántos fieles ven a nuestros Sacerdotes como hombres de religión. ¿De quién es la culpa?.

CAPITULO III

PREJUICIO SOCIOCULTURAL.

Para que una sociedad esté libre de prejuicios o al menos, los prejuicios no tengan un papel funcional neurótico dentro de la sociedad se requiere que ésta tenga una buena salud mental. Pero muchos psiqiuatras y psicólogos se resisten a sostener la idea de que la sociedad en su conjunto puede carecer de equilibrio mental, y afirman que el problema de la salud mental de una sociedad no es sino el de los individuos "inadaptados", pero no el de una posible inadaptación de la cultura misma.

El hombre, tal como aparece en una cultura dada, es siempre una manifestación de la naturaleza humana, pero una manifestación que en su forma específica está determinada por la organización social en que vive. Así como el niño nace con todas las potencialidades humanas que se desarrollarán en condiciones sociales y culturales favorables, así la especie humana, en el transcurso de la historia, se desarrolla dentro de lo que potencialmente es

La salud mental se logra si el hombre llega a la plena madurez de acuerdo con las características y las leyes de la naturaleza humana. El desequilibrio o las enfermedades mentales consisten en no haber tenido ese desenvolvimiento. Partiendo de esta premisa, el criterio para juzgar de la salud mental no es el de la adaptación del individuo a un órden social dado, sino un criterio universal, válido para todos los hombres; el de dar una solución suficientemente satisfactoria al problema de la existencia humana. Por otra parte la cultura les proporciona a la mayor parte de las personas normas que les permiten vivir con un defecto sin enfermarse. Es como si cada cultura proporcionase el remedio contra la exteriorización de síntomas neuróticos manifiestos que son resultantes del defecto que ella misma produce.

El hombre tiene que relacionarse con los demás; pero, si lo hace un modo simbiótico o enajenado, pierde su independencia e integridad: se debilita su fe, se hace hostíl o apático; sólo si puede relacionarse con los demás de un modo amoroso se siente iden-

tificado con ellos y al mismo tiempo conserva su integridad. La salud mental se caracteriza por la capacidad de amar y de crear, por la liberación de los vínculos incestuosos con el clan y el suelo, por un sentimiento de identidad basado en el sentimiento de sí mismo como sujeto y agente de las propias capacidades, por la captación de la realidad interior y exterior a nosotros, es decir, por el desarrollo de la objetividad y la razón.

Una sociedad sana desarrolla la capacidad del hombre para amar a sus prójimos, para trabajar creadoramente, para desarrollar su razón y su objetividad, para tener un sentimiento de sí mismo basado en el de sus propias capacidades productivas. Una sociedad insana es aquella que crea hostilidad mutua y recelos, que convierte al hombre en un instrumento de uso y explotación para otros, que lo priva de un sentimiento de sí mismo, salvo en la medida en que se somete a otros o se convierte en un autómata. La sociedad puede desempeñar ambas funciones, puede impulsar el desarrollo saludable del hombre, y puede impedirlo; en realidad la mayor parte de las sociedades hacen una y otra cosa, y el problema está sólo en qué grado y en qué dirección ejercen su influencia positiva y su influencia negativa. Para alcanzar la salud mental y madurez emocional es necesario que se entienda qué es la madurez emocional. El Dr. Strecker define la madurez emocional como la capacidad de perseverar en un empleo, la capacidad de rendir en una ocupación más de lo que se pide, la veracidad, de persistencia para llevar a término un plan a pesar de las dificultades, capacidad para trabajar con otras personas dentro de un conjunto organizado y bajo una autoridad, capacidad para tomar decisiones, voluntad de vivir, flexibilidad, independencia y tolerancia.

El hombre civilizado se siente más seguro, goza del arte y de la ciencia, pero está condenado a ser un neurótico a causa de la constante frustración de sus instintos, impuesta por la civilización.

Recordemos asimismo que las metas de la salud mental no son ideales que haya que imponer a la persona, o que el hombre pueda alcanzar únicamente si vence a su "naturaleza" y sacrifica su "egoísmo innato". Por el contrario, la tendencia hacia la salud mental, hacia la felicidad, la armonía, el amor, la productividad, es inherente a todo ser humano que no sea un idiota mental o moral de nacimiento.

¿Qué sociedad corresponde a una salud mental, y cuál debe ser la estructura de una sociedad mentalmente sana?. Ante todo, una sociedad en que ningún hombre sea un medio para los fines de otro, sino que sea siempre y sin excepción un fin en sí mismo;

por consiguiente, una sociedad en que nadie es usado, ni se usa a sí mismo, para fines que no sean los del despliegue de sus propias capacidades humanas, en que el hombre es el centro y están subordinadas a su desarrollo todas las actividades económicas y políticas. Una sociedad sana es aquella en que cualidades como la avaricia, el espíritu explotador, el ansia de poseer y el narcismo no encuentran oportunidad de ser usadas para obtener mayores ganancias materiales o para reforzar el prestigio personal; donde el obrar de acuerdo con la propia conciencia se considera cualidad fundamental y necesaria, y donde el oportunismo y la falta de principios se consideran antisociales, donde el individuo se interesa por las cuestiones sociales en tal grado, que se convierten en cuestiones personales, en que la relación con su prójimo no está separada de su relación en la esfera privada. Una sociedad mentalmente sana es, además, aquella que permite al hombre operar dentro de dimensiones observables y ser participante activo y responsable en la vida de la sociedad, así como dueño de su propia vida. Es aquella que fomenta la solidaridad humana y que no sólo permite, sino que estimula a sus individuos a tratarse con amor; una sociedad debe alentar la actividad productiva de todo el mundo en su trabajo, fomentar el desarrollo de la razón y permitir al hombre dar expresión a sus necesidades internas en el arte y sus ritos colectivos.

En nuestro siglo está ocurriendo un cambio radical, un cambio mayor que cuantos tuvieron lugar en el pasado. Las técnicas nuevas sustituyeron el uso de la energía física de los animales y de los hombres, por la del vapor, el petróleo y la electricidad; crearon medios de comunicación que reducen la tierra al tamaño de un continente, y a la especie humana a una sociedad en que el destino de un grupo es el destino de todos; crearon dispositivos maravillosos que permiten llevar a todos los individuos de la sociedad el mejor arte, la mejor literatura y la mejor música; crearon fuerzas productoras que permitirán a todo el mundo tener una existencia material digna, y reducir el trabajo en tal grado, que sólo ocupará una fracción del día al hombre. Pero ahora, cuando el hombre parece haber alcanzado el comienzo de una era humana nueva, más rica y más feliz, su existencia y la de las generaciones futuras está más amenazada que nunca.

La sociedad moderna se inició sobre la idea de crear una cultura que satisfaciera las necesidades del hombre y tiene por ideal suyo la armonía entre las necesidades individuales y las necesidades sociales, poniendo término al conflicto entre la naturaleza humana y el orden social. Se creía que podía llegarse a esa meta de dos maneras: mediante una técnica productiva avanzada, que permitiese alimentar satisfactoriamente a todo el mundo y me-

diante un concepto racional, objetivo, del hombre y sus necesidades. Para decirlo de otro modo, la finalidad de los esfuerzos del hombre moderno era crear una sociedad sana. Esto significa, más específicamente, una sociedad cuyos miembros han desarrollado su razón hasta un grado de objetividad que les permite verse a sí mismos, a los otros, a la naturaleza, en su verdadera realidad, y no deformadas por una omnicencia pueril, ni por un odio paranoide. Significa una sociedad cuyos miembros han llegado a un grado de independencia en que conocen la diferencia entre el bien y el mal, en que elígen por sí mismos, en que tienen convicciones y no opiniones, y fe, más bien que supersticiones y esperanzas nebulosas. Significa una sociedad cuyos miembros han desarrollado la capacidad de amar a sus hijos, a sus prójimos, a todos los hombres, a sí mismos, a toda la naturaleza; que pueden sentirse unidos con todo, pero que conservan el sentido de la individualidad y la integridad; que trascienden la naturaleza creando, no destruyendo.

Hasta ahora, hemos fracasado. No hemos salvado el abismo existente entre una minoría que comprende esas metas y se esfuerza por vivir de acuerdo con ellas, y la mayoría cuya mentalidad se ha quedado muy atrás, en la Edad de Piedra, en el toteismo, en el culto de los ídolos, en el feudalismo. ¿Volverá la mayoría a la salud o empleará los descubrimientos más grandes de la razón humana para sus propósitos de irracionalidad y locura? ¿Seremos capaces de crear una concepción de la vida buena y sana que estimule las fuerzas vitales de los que tienen miedo de seguir adelante? En esta ocasión la humanidad está en una encrucijada donde un paso equivocado podría ser el último paso.

El hombre tiene que ser restablecido en su lugar supremo en la sociedad, no siendo nunca un medio, no siendo nunca una cosa para ser usada por los otros o por él mismo. Debe terminar el uso del hombre por el hombre, y la economía tiene que convertirse en la servidora del desenvolvimiento del hombre. El capital debe servir al trabajo, las cosas deben servir a la vida. En vez de la orientación explotadora y acumulativa predominantes en el siglo XIX, y la orientación receptiva y mercantil predominante en la actualidad, debe ser la orientación productiva el fin al cual sirven todos los dispositivos sociales.

El hombre puede protegerse a sí mismo contra las consecuencias de su propia locura, únicamente creando una sociedad sana adaptada a las necesidades del hombre, necesidades que están arraigadas en las condiciones mismas de su existencia; una sociedad en la que el hombre se relacione con el hombre amorosamente, en la que se sienta enraizado en vínculos de fraternidad y so-

lidaridad, más que en los lazos de la sangre y el suelo; una sociedad que le brinde la posibilidad de trascender la naturaleza creando y no destruyendo, en que cada individuo adquiera el sentir de sí mismo, sintiéndose sujeto de sus capacidades, y no mediante la conformidad; en la que exista un sistema de orientación y devoción, sin que el hombre necesite deformar la realidad ni adorar ídolos.

Algunos teóricos acentúan, por razones profesionales y de preferencia, la causalidad cultural. Los historiadores, los antropólogos, los sociólogos están interesados en las influencias externas que moldean las actitudes del individuo. Los psicólogos, en cambio quieren conocer la manera en que estas influencias se vinculan en forma de un nexo vivo y dinámico dentro de la vida del individuo. Ambos enfoques son necesarios.

Ahora bien podemos decir que las personalidades prejuiciosas serán más numerosas en las épocas y lugares donde prevalecen las siguientes condiciones:

Donde la estructura social se caracteriza por su heterogeneidad.
Donde está permitida la movilidad vertical.
Donde prospera un rápido cambio social.
Donde existen ignorancia y barreras contra la comunicación.
Donde el tamaño de un grupo minoritario, es grande o va en aumento.
Donde existen competencia directa y amenazas reales.
Donde la explotación detecta importantes intereses en la comunidad.
Donde las costumbres que regulan la agresión son favorables al prejuicio.
Donde existen justificaciones tradicionales para el etnocentrismo.
Donde no se favorecen la asimilación ni el pluralismo cultural.

Cada una de estas diez leyes socioculturales del prejuicio serán consideradas en orden sucesivo. No hay para ninguna de ellas una evidencia completa o incontrovertible; pero cada una representa la mejor "intuición controlada" que pueda hacerse en este momento.

1.—HETEROGENEIDAD.

A menos que exista una considerable heterogeneidad en una sociedad, habrá en ella pocos "focos perceptuales de alarma". En una sociedad homogénea, las personas tienen el mismo color, la

misma religión, el mismo idioma, la misma forma de vestir y el mismo nivel de vida. Es difícil que exista un grupo con la suficiente visibilidad como para que constituya un prejuicio, alrededor de él.

En una civilización diversificada, en cambio, existe mucha diferenciación (dividisión del trabajo, con las diferencias de clases que resultan de ello, inmigración, con las diferencias étnicas que de allí se derivan;; y muchos puntos de vista religiosos y filosóficos, de donde resultan diferencias ideológicas). Puesto que nadie puede abarcar todos los intereses representados, sus puntos de vista se hacen, en consecuencia, particulares. Por encima y en contra de sus intereses y afiliaciones existen otros intereses y afiliaciones.

Sólo existen dos tipos de antagonismos a disposición de aquellos que participan de una cultura homogénea. a) Pueden desconfiar de los extraños y de los extranjeros, así como los chinos desconfían de los "demonios extranjeros". b) Pueden separar algunos individuos y castigarlos con el ostrasismo, del modo en que los navajos lo hacen con las "brujas". La xenofóbia y la brujería "son los equivalentes funcionales", en culturas homogéneas, del prejuicio contra grupos. Tiene que haber pues, actividad, movilidad, cambio en una sociedad para crear la "vida" heterogeneidad que provoca la aparición del prejuicio.

2.—MOVILIDAD VERTICAL.

En una sociedad homogénea o en un rígido sistema de castas las diferencias no se perciben como amenazas activas. Sin embargo aún cuando un sistema de castas —como en la esclavitud— funcione sin perturbaciones siempre existe, probablemente, un cierto monto de ansiedad conectada con el hecho de mantener a las clases inferiores "en su lugar". En el Japón y en otros sitios se promulgaron leyes suntuarias con el fin de fijar los privilegios de las clases altas y de negarlos oficialmente a las clases inferiores. De modo que hasta un rígido sistema de castas muestra huellas de prejuicios.

Pero cuando los hombres son considerados como potencialmente iguales, y un credo nacional les garantiza la igualdad de derechos y de oportunidades, existe una condición psicológica muy diferente. Hasta los miembros de los grupos más bajos se ven alentados a hacer esfuerzos, a elevarse y a reclamar sus derechos. Se establece una "circulación de la élite". Gracias a sus esfuerzos y a la buena suerte, las familias que están en un lugar bajo de la escala social pueden ascender y a veces desplazar a la aristocracia preexistente. Esa movilidad vertical provoca incentivos de alarma en los miembros de una sociedad. Un estudio empírico arroja luz considerable sobre el asunto. Los investigadores Bettelheim y Jano-

wits han descubierto que no es el status presente de una persona en la sociedad lo que tiene importancia; más bien es el desplazamiento de su status hacia arriba o hacia abajo lo que regula el prejuicio.

3.—CAMBIO SOCIAL RAPIDO.

La heterogenidad y la incitación a la movilidad social ascendente provoca, entonces, un fermento en la sociedad y tienden a hacer que aparezca junto con ellas, prejuicios étnicos.

La **anomia** es un concepto sociológico que designa la acelerada disolución de la estructura social y de los valores sociales que caracterizan hoy a la mayoría de las naciones. Es un término que llama la atención sobre la disfunción y la desmoralización en las instituciones sociales. Una investigación que realizó. Leo Srole, en donde quería verificar la hipótesis de que las personas que perciben las condiciones actuales como altamente anómicas desplegarían prejuicios considerables contra grupos minoritarios. Esta investigación es interesante porque pretende descubrir cuál es más importante entre las causas del prejuicio. A pesar de que por el momento la cuestión no está zanjada, podemos señalar al menos la circunstancia de que en esa investigación destaca la importancia de la anomia como uno de los factores que intervienen en el prejuicio.

4.—IGNORANCIA Y BARRERAS CONTRA LA COMUNICACION.

La mayoría de los programas para la erradicación del prejuicio procede en base a la suposición de que cuanto más uno sepa acerca de una persona, menos probable será que sienta hostilidad contra ella.

Murphy, Murphy y Newcomb; sacan en conclusión que nuestra evidencia relativamente escasa sugiere que aquellos que más conocen acerca de otras razas y otros pueblos tienden a tener hacia ellos actitudes favorables.

En general, parece una conclusión segura la de que, cuando las barreras contra la comunicación son insuperables, la ignorancia tiende a convertir a las gentes en presas fáciles del rencor, la sospecha y el esteteotipo. Es muy probable que ocurra este proceso sin embargo, cuando lo desconocido es considerado al mismo tiempo como una amenaza potencial. No todos los individuos usan su conocimiento (o su ignorancia) de la misma manera. Pero sí podemos sentirnos satisfechos con una generalización empírica de tipo ámplio, diremos prudentemente que el conocimiento de otros grupos que se deriva de la libre comunicación está correlaciona-

do, por regla general, con la disminución de la hostilidad y el prejuicio.

5.—TAMAÑO Y DENSIDAD DE LOS GRUPOS MINORITARIOS.

Williams expone esta ley sociocultural del siguiente modo: La migración de un grupo visiblemente diferente hacia un área dada aumenta las probabilidades de conflicto; las probabilidades son mayores a) cuanto mayor sea la razón existente entre la minoría que ingresa y la población residente y b) cuanto más rápido sea el aflujo, de un grupo emigrante mayor es el prejuicio contra dicho grupo.

6.—COMPETENCIA DIRECTA Y CONFLICTO REAL.

Un grupo minoritario dado puede ser considerado como una amenaza real sólo cuando la mayoría de sus miembros tienen atributos como los siguientes: negativa a ingresar en los sindicatos, disposición a trabajar muchas horas en malas condiciones de seguridad y salud, posibilidad de pedir en todos los casos remuneraciones menores que las de los nativos, tendencia a convertirse en cargos públicos y a pagar pocos impuestos, tendencia a propagar enfermedades o a cometer crímenes, índice de natalidad en aumento, bajo nivel de vida, desusada resistencia a la asimilación.

En las disputas entre grupos es extremadamente difícil —debemos admitirlo— distinguir entre conflicto real y simples prejuicios. De un núcleo conflictual real se desarrolla rápidamente un complejo no real de prejuicios que no contribuye en nada a la eficacia en el manejo realista de las circunstancias. En el ámbito de la religión el análisis es aún más difícil. Para muchos individuos las convicciones religiosas son profundamente reales.

No hace falta decir que si dos religiones (o dos ramas de una religión) tienen una disposición militante, reclamando cada una el carácter de única religión verdadera, y si cada una se propone a convertir o eliminar a la secta rival, terminará por surgir un conflicto genuinamente real. Tal como lo hemos expuesto, el choque en todo ciudadano que sea leal al credo democrático y que esté a la vez firmemente convencido de que su religión es la única verdadera.

Para resumir esta sección diremos que existen muchos conflictos económicos, internacionales e ideológicos que representan un genuino choque de intereses. La mayoría de las rivalidades que de ello resultan, exagera, sin embargo, la nota. El prejuicio, al oscurecer el problema, posterga una solución realista del conflicto central. En la mayoría de los casos la rivalidad que se per-

cibe es exagerada. En la esfera económica, raras veces es cierto que un grupo étnico amenace directamente a otro aunque a menudo se da esta interpretación. En la esfera internacional, las disputas se magnifican mediante el agregado de estereotipos que no guardan relación con la realidad. Las disputas religiosas se ven oscurecidas por confusiones similares.

El conflicto real es como una nota en un órgano. Provoca la vibración simultánea de todos los prejuicios armónicos. Al oyente le resulta difícil distinguir la nota pura entre la espesura de sonidos.

7.—VENTAJAS DERIVADAS DE LA EXPLOTACION.

Toda forma de explotación trae aparejados prejuicios. Carey Mc.Williams ofrece una teoría de la explotación para explicar el prejuicio. Esta teoría afirma que el prejuicio redunda en diversas conjuntas ventajas vinculadas con la explotación: ventajas económicas, variedad social, sentimiento de superioridad moral.

El agitador cuyo negocio consiste en estimular el odio y la hostilidad contra ciertos grupos étnicos, es esencialmente explotador.

Para resumir: en el seno de todo sistema social estratificado y diversificado existe la tentadora posibilidad de obtener provecho económico, sexual, político y de status por medio de la explotación deliberada (y a veces inconsciente) de las minorías. Para conseguir este provecho, el prejuicio es difundido por aquellos que pueden obtener de él las mayores ventajas.

8.—REGULACION SOCIAL DE LA AGRESION.

La cólera y la agresión son impulsos normales. La cultura, sin embargo, intenta (igual que en el caso del sexo) reducir la intensidad del impulso, o bien restringir severamente sus canales de expresión. Lord Chesterfield, que escribió en la corte de Inglaterra, decía: "La característica de un caballero es no mostrar nunca su ira". La sociedad balinesa educa a sus niños para que permanezcan relativamente impasibles frente a las provocaciones irritantes. Pero la mayoría de las culturas aprueba algún tipo de expresión abierta de la hostilidad. En nuestra sociedad a un adulto le está en general permitido lanzar sus buenos juramentos cuando está suficientemente enojado.

Pero los modos de manejar los impulsos agresivos son complejos y contradictorios. Alentamos los juegos competitivos y la competencia acérrima en los negocios, pero en ambos casos esperamos que exista un sutil ingrediente de buen espíritu deportivo y

de generosidad. A los niños se les enseña en la escuela doctrinal que deben ofrecer la otra mejilla. En casa se les enseña a defender sus derechos. Si bien no se alienta un sentimiento exagerado del honor personal, se supone, no obstante, que no se tolerará ser humillado más allá de cierto punto. Las riñas entre escolares suelen aprobarse. Tradicionalmente la madre inculca paciencia y control mientras el padre estimula las "virtudes varoniles", entre las cuales sobresale la competitividad.

Cabe aclarar, que existe un punto débil en esta teoría, tal como está formulada. Presume con excesivo dogmatismo que en personas (y en consecuencia en cada sociedad) existe cierta cantidad irreductible de agresión que debe hallar salida. Antes de aceptarla, deberíamos analizar de un modo mucho más completo la naturaleza de la agresión y la relación psicológica que se descubre entre la agresión y el prejuicio.

9.—RECURSOS CULTURALES PARA ASEGURAR LA LEATAD.

Aparte de la canalización de la agresión, todo grupo emplea otro tipo de mecanismo para asegurar la lealtad de sus miembros; la preferencia por el propio país o grupo étnico proviene del hábito: pensamos en su idioma; sus éxitos son los nuestros; nos proporciona el marco de seguridad personal, pero los grupos no se contentan con esta identificación "natural" de sus miembros, la estimulan de muchas maneras, generalmente a expensas de los exogrupos.

Uno de los recursos consiste en dirigir la atención hacia el propio pasado glorioso. Cada nación tiene alguna expresión verbal que indica que sus habitantes son el pueblo elegido, o que habitan el "país de Dios" o que Dios esta mit uns. La leyenda de una Edad de Oro intensifica el etnocentrismo. La instrucción escolar magnifica la fricción. La atmósfera está tan saturada de leyendas y creencias propias del endogrupo que ningún miembro puede eludir su efecto.

Existe una opinión maquiavélica acerca de la utilidad del prejuicio en la sociedad. Sostiene que la intrincada pauta del prejuicio mantiene a la sociedad en una especie de equilibrio. El prejuicio mantiene el status quo, y para un conservador el status quo es un valor positivo.

La presión cultural crea dificultades para el individuo cuyas actitudes privadas están en descordancia con las del grupo. Alguien que pretenda resistir la presión social, negándose a odiar y a evitar el grupo proscripto, puede tener que entrentarse con el escarnio o la persecución.

10.—PLURALISMO CULTURAL "VERSUS" ASIMILACION.

Quienes apoyan el pluralismo cultural creen que la variedad es la sal de la vida. Un sociólogo, Alfred Lee, cree que existe una tendencia de los diversos grupos étcnicos de los Estados Unidos a asimilarse en cuatro "segmentos etnoides" principales, a saber, los protestantes de raza blanca, los católicos, las personas de color y los judíos.

El grupo dominante tiende a resistir la presión hacia la asimilación, especialmente en los puntos donde la presión es máxima. Cuando el grupo dominante tiene un marcado prejuicio, no favorece ni al pluralismo ni la asimilación.

En general parece que la solución al problema de las relaciones entre grupos no se hallará a través de la asimilación ni a través del pluralismo cultural, si consideramos a estas dos posibles políticas como cosas categóricamente distintas. El proceso de acomodación es mucho más sutil. Lo que se necesita es libertad para que tanto la asimilación como el pluralismo se produzcan de acuerdo con las necesidades y deseos del grupo minoritario mismo. Ninguna de las políticas puede forzarse. La evolución de las sociedades es un proceso lento. Puede cumplirse con un mínimo de fricción sólo si adoptamos frente al proceso una actitud tranquila y permisiva.

Estamos abrumados de prejuicios y, através de ellos, de tendencias perturbadas. Desde la cuna nos acosan los prejuicios y estamos prisioneros en sus cadenas. Hemos podido convencernos de que corroen profundamente los sentimientos humanos y florecen exuberantes sobre la falta de crítica. Nuestra conducta está casi siempre desprovista de todo examen de los supuestos previos; pensamos y nos comportamos influidos por dogmas impuestos, que llevan a la destrucción de las relaciones humanas sanas. La tenacidad y persistencia de los prejuicios necesitan una incansable lucha contra ellos para extirparlos.

Creemos que nuestra sociedad está cultivando ahora un nuevo tipo de hombres: "Los ascetas de la cultura", aquellos que se revelan contra la moral y la bicotean. Según su carácter, unos lo harán en lucha abierta, otros en forma de huída de sus semejantes, para salvar su propio yo. A veces el prejuicio social se basa en la cobardía, en la falta de valor para pensar y proceder con indepen-

dencia en lugar de mirar una situación desapasionadamente, con los ojos abiertos, nos ponemos unas gafas empañadas por los prejuicios.

Por otra parte la presunción de la soberanía masculina pone en peligro los matrimonios de todos los círculos sociales cuando el hombre, ya sea instruído o no, intenta contínuamente demostrar su superioridad sobre la mujer, principalmente en cuestiones sexuales. La mayor parte de las veces no conoce él esta faceta de la mentalidad; actúa antomáticamente, guiado por el antiguo prejuicio de su sexo. Parece que los prejuicios que afectan a los esposos son de los más arraigados. La proximidad y la estrechez de las relaciones crean continuamente nuevos motivos de persistencia. En el matrimonio, cada uno de los cónyuges se ve obligado a aceptar sin oposición al otro o a romper el matrimonio. Pero como la mujer moderna lucha por la igualdad de derechos y, por esta razón, existe el peligro de muchos matrimonios de destruírse, sería necesario, desde el punto de vista social eliminar los prejuicios.

Los padres debían saber que precipitan a sus hijos en el infortunio por las preferencias del mayor, basadas en el derecho del primogénito. Aunque las dinastías soberanas mantengan tan rígidamente estos privilegios por motivos de gobierno, en los círculos burgueses el mismo derecho debe ser válido para todos los hijos, pues si no, se lleva a unos al afán de dominio y a otros a la servidumbre y quedan amenazados los lazos naturales de la familia. Se habla con frecuencia de disgregación de la vida familiar. Precisamente estos prejuicios impuestos, y ya no válidos, contribuyen mucho a poner en peligro la "santidad" de la familia a la que se quiere preservar.

Ahora bien, el hecho de que situemos a los desgraciados en el rango más bajo de la jerarquía social, para no tener nada que ver con ellos, procede de nuestro afán de estimación, que nos impulsa a colocarnos por encima de los demás. Cada prejuicio social contribuye a que utilicemos una escala de medida inadecuada para la valoración de las personas, sin embargo, los prejuicios sociales se muestran más fuertes que nosotros. Pero los prejuicios deben caer de nuestro espíritu como una venda de los ojos porque desgraciadamente, destruyen la felicidad.

La necesidad material despierta compasión, pero la miseria de una persona explotada psíquicamente no conmueve al prójimo.

Por último debemos mencionar una de las obras en donde la autora Franziska Baumgarten describe de una manera real los prejuicios socioculturales en "angustia vital y prejuicios", aquí presenta algunas narraciones en la que los prejuicios sociales han desempeñado un papel muy importante en la vida de los narrado-

res. Pongamos de relieve que éstos hacen responsable a la sociedad tanto del nacimiento como de la persistencia de estos prejuicios. Casi con las mismas expresiones hablan todos de las cadenas con los que les han atado los prejuicios, de las tensiones que han provocado entre ellos y los demás, de la falta de libertad para actuar —se es esclavo del prejuicio en la conducta con el prójimo;— de las imágenes erróneas que se forman de las personas y las situaciones, debido al punto de vista estrechado por los prejuicios, y de la felicidad y el amor destruído por ellos.

En la angustia vital del individuo se reflejan las consecuencias de las ideas preconcebidas dominantes. En esto reside el valor de esas narraciones.

Ciertamente, en todos los casos expuestos en esa obra, existía una determinada disposición del protagonista: una menor resistencia contra las influencias externas, una disminución de la capacidad de pensar una sugestibilidad del cónyuge o del amigo, una labilidad de los sentimientos, una voluntad no finalista, junto a otras cosas. Una estructura psíquica de este tipo es casi siempre incapaz de luchar contra los prejuicios sociales.

También es verdad que hay caracteres que, colocados en la misma situación logran el éxito en la vida. La experiencia enseña que cuando las cualidades resistentes del carácter se une un fuerte deseo de valor, se desarrollan unas fuerzas que pueden oponerse a los prejuicios. Un pesado martillo rompe el cristal, pero forja el hierro.

Además, existen también individuos muy valiosos que no quieren luchar contra los prejuicios, convencidos de la inutilidad de esta lucha. Se retiran del combate y huyen de la comunidad. Pero así se empobrece la sociedad, pues su progreso depende de la actividad de sus miembros más valiosos.

No sabemos si son mayoría los que fracasan o los que triunfan. No es posible una evaluación estadística de la sociedad en este aspecto, pero es suficiente tener conocimiento del efecto devastador del prejuicio, para que no cerremos los ojos ante sus consecuencias. No sólo en la política, sino también en la ciencia, tiene derecho la minoría a ser tenida en cuenta.

Una de las principales misiones que tiene la higiene mental social es la organización de la vida humana en común, de modo que los miembros de la sociedad puedan llevar en lo posible, una vida satisfactoria y feliz. Pero es imposible una higiene mental social cuando no se conoce el papel de los prejuicios y no son suprimidos.

Esto no es una tarea fácil, pues tienen profundas y fuertes raíces psíquicas; pero los casos semejantes a los que en esa obra se presentan, cuando son conocidos y se piensa sobre ellos, son capaces de proporcionar una explicación sobre la esencia y los afectos de los prejuicios sociales, con lo que daría un gran paso en la lucha con ellos.

La afirmación del filósofo Schlegel, de que los prejuicios caducos se desmoronan solos, no es exacta. Por el contrario, hay que emprender una dura lucha contra éllos.

CAPITULO IV

PREJUICIO Y SEXUALIDAD.

Todos los que, sean médicos, moralistas o psicólogos, se han propuesto a estudiar los problemas de la Sexualidad humana con la misma objetividad científica y el mismo espíritu de crítica positiva que son habituales en la observación de cualquier otro problema de la vida individual y social, saben a sus expensas cuán grande es el riesgo de chocar contra el sentimiento general de dar un escándalo.

Hace tiempo un sacerdote fue entrevistado por un periodista sobre la juventud actual que él bien conoce. Al hablar de ciertas prácticas de el flirt muy difundidas entre los jóvenes, dijo que preferiría que hicieran normalmente el amor. El periodista reprodujo estas afirmaciones, quizás simplificándolas un poco, y fué una verdadera conmoción entre los bien pensantes y también entre los que no son tanto. Haciendo caso omiso del concepto sólo resaltaba una sola cosa: ¡un sacerdote se había atrevido a decir que prefería que los jóvenes se hiciesen el amor! Este estado de cosas se explica por el hecho de que la moral sexual ha evolucionado mucho menos que las otras ramas de la moral, según el ritmo de la madurez humana general. esta moral no es fundamentalmente distinta de las morales del pasado. Es idéntica en la medida en que el hombre de hoy es idéntico al hombre de otros tiempos. Pero en la medida en que difiere, tiene necesidad si no de nuevas reglas morales, al menos de motivaciones nuevas de las reglas antiguas.

Muchos hombres están demasiado emancipados con respecto a las tradiciones y creencias religiosas para someterse a prescripciones morales, únicamente porque tal sería la voluntad de un Dios en quien ya no creen, o las convenciones de una sociedad que sólo están acostumbrados a aceptar después de una verificación crítica. En cuanto a los creyentes cultos, ya se ha visto que se han liberado en gran parte de la religión del temor. En su fe como en la moral que ésta iluminaría, buscan una fuerza y razones positivas de vivir. Aunque los tabús puedan aún influir en su incons-

ciente, conscientemente el hombre psíquicamente adulto quiere el fin de su reino.

El fundamento de toda moral auténtica es el amor, generosidad natural o caridad sobrenatural. El valor moral de un hombre o de uno de sus actos debe estimarse no por la abstención a hacer el mal, sino por la mayor o menor generosidad que muestra en sus relaciones con los demás. En los seres evolucionados, cuya sexualidad está más impregnada de amor, el vínculo así creado es de orden cada vez más espiritual, hasta alcanzar esta sublime amistad que ha embellecido la vida de ciertos santos; en su caso, el amor estaba totalmente excento de apetito carnal, pero no por eso era menos de origen sexual.

El ser humano joven, el adolescente, que, para llegar a ser plenamente él mismo, debe reunir todas sus fuerzas y energías, está generalmente replegado sobre sí, poco abierto a los demás. El impulso sexual se manifiesta en él en la pubertad, en una forma narcisista: él mismo es objeto de su libido. La masturbación, manifestación autoerótica por excelencia, puede ser considerada como normal en el adolescente. Los moralistas y los confesores de antes hacían mal en ligarla estrechamente a la falsa moral y al pecado. Sólo cuando se lo hace culpable, el autoerotismo, hasta entonces simple fenómeno biopsíquico, corre el riesgo de convertirse en un vicio. El autoerotismo, manifiéstase o no en forma de masturbación, comienza a plantear un problema moral cuando se prolonga después del matrimonio o en una edad avanzada. Para que se comprenda bien nuestra posición en este problema capital, importa saber que no es raro que el autoerotismo sea perfectamente "casto" exento de toda masturbación; en las mujeres es frecuente. Mientras la moral corriente tiende a considerar tal castidad como una virtud, nuestro punto de vista es completamente distinto.

La causa más frecuente de la fijación narcisisa es la culpabilidad inconsciente, generalmente consecuencia de las torpezas que cometen padres y sacerdotes frente a la masturbación practicada por el adolescente. Pero tampoco es raro que esta fijación sea resultado de otros errores de educación, como por ejemplo cuando los padres no permiten al hijo volverse al mundo exterior, con el pretexto de que hay ahí peligros que acechan su "virtud". Una madre demasiado adherida a su hijo, que pretende darle todo ella misma y no necesitar ninguna ayuda exterior para la educación de su "niño", crea igualmente posibilidades de que éste nunca llegue a ser un verdadero hombre. Según la experiencia psicoterapéutica, la desviación homosexual es también muy a menudo una consecuencia por una fijación autoerótica.

Mientras se vea en la sexualidad la fuente primordial de ries-

gos y peligros que será deber de la moral atenuar, no puede hablarse de una verdadera moral sexual. Sólo así podemos comprender que desde hace pocos desenios los más autorizados portavoces de las religiones, moralistas, psicólogos, etc., han hecho un esfuerzo por comprender y hacer comprender que la sexualidad, lejos de ser un factor de tensión y de condena, es una poderosa dinámica moral y que sólo el mal uso que de ella puede hacerse va contra la moral.

Pasando a otro aspecto; como simple hecho fisiológico, la virginidad no tiene ninguna significación moral. Tanto es esto verdad que la Iglesia Católica venera como "vírgenes y mártires" muchos santos que no eran vírgenes en el sentido físico del término. En el mismo sentido moral y religioso, es por el contrario imposible considerar como vírgenes a esas muchachas modernas que se entregan con tanta facilidad a los placeres eróticos, con grandes precausiones de conservar su virginidad física, por el único motivo de que suponen que ella tendrá valor a los ojos de un marido futuro. Si ellas conceden verdaderamente valor a este género de "virginidad", nada tiene esto que ver con sus exigencias morales, sino más bien constituye un testimonio de que están aún prisioneras de antiguos tabús.

La castidad representa por cierto un preciado valor moral, si se la entiende como una disciplina y una moderación de la actividad sexual, es decir, lo contrario de la lujuria. Importa también que la abstinencia sexual no acarree la destrucción de la capacidad de amar, sino muy al contrario que las energías no empleadas se hallen sublimadas en el verdadero sentido del término, es decir orientadas hacia formas superiores del amor. Si, por el contrario, se entendiera por castidad la simple prohibición de toda actividad sexual, entonces ella sería moral sólo en la medida en que fuesen morales los motivos por lo que se abstiene. Lo que es moral no es la prohibición del placer sexual, en sí perfectamente legítimo, sino la aspiración a la perfección espiritual o a la fidelidad al hombre amado. Por el contrario, conocemos hombres y mujeres castos que sólo lo son por falta de ocasión: su castidad no es buena ni mala moralmente. Otros son castos por egoísmo, por rechazo o incapacidad de amar: su castidad es inmoral. La castidad voluntaria que ninguna generosidad superior compensa ni sublima, equivale a menudo a una mutilación. La moral no podría aprobarla, como no aprueba ninguna mutilación física o psíquica. Una moral que no ignore la piedad puede encontrar circunstancias atenuantes para la mujer que se prostituye, pero no podría encontrar ninguna para el que recurre a sus "servicios" y menos aún para la sociedad que tolera la prostitución.

La moral conyugal no podría considerarse como un simple capítulo de la moral sexual. Por cierto que, el matrimonio es el marco normal en que florece el amor, tanto carnal como espiritual, entre el hombre y la mujer y sólo excepcionalmente puede justificarse lo que se llama el "matrimonio blanco" fundado en el puro amor espiritual y excluyendo las relaciones carnales. Queremos hacer la observación que hasta la unión sexual exige amor para ser moralmente justificable. Sólo el matrimonio por amor posee el dinamismo necesario para superar los egoísmos individuales, para conducir a esta superación de sí que es indispensable para que la vida conyugal no defraude a los hombres y a las mujeres exigentes con respecto a sí mismos y a la vida.

Por amor no entendemos evidentemente la simple llamarada superficial de los sentidos que se llama "flechazo". Una de las razones prinpales de la crisis por que atravieza actualmente la moral conyugal es justamente la confusión demasiado frecuente de flechazo por amor. Porque dos jóvenes de insuficiente madurez psíquica experimental sienten una violenta atracción carnal uno por el otro, creen que es el gran amor y se casan. El verdadero amor implica la atracción carnal, pero tanto o más la comunicación de los espíritus. Sólo ésta puede constituir el fundamento sólido y estable de la unión conyugal. Nos parece que en nuestra época merece ser tomada en consideración más particularmente la aproximada igualdad del nivel cultural, pues, más que otros factores, constituye la condición de una comunicación auténtica entre los seres.

Después de haber expuesto algunos conceptos básicos sobre moral sexual y conyugal, nos parece oportuno mencionar algunas ideas sobre la "Salud Mental Psicosexual" del individuo; ya que los grandes prejuicios sexuales que existen, creemos que se deben en gran parte a una falta de educación psicosexual por parte de la familia, de los maestros, de los sacerdotes, etc., etc. Entonces, pensamos que es necesaria la preparación de los padres de familia para que proporcionen a sus hijos una buena educación psicosexual. Es relativamente frecuente que en matrimonios nada neuróticos y en perfecta armonía, el primer hijo padezca un desequilibrio psíquico más o menos grave, en tanto que los siguientes gozan de perfecta salud. Según las observaciones clínicas, esto sucede con mayor frecuencia en los jóvenes hogares católicos cuando ambos cónyuges se han casado igualmente vírgenes y cuando la primera concepción ha tenido lugar poco tiempo después del

matrimonio. Al parecer la explicación debe buscarse en la angustia engendrada por los tabús sexuales. Estos hacen que en las primeras relaciones sexuales la aprensión predomine considerablemente sobre el placer.

Suele suceder con frecuencia que las muchachas independientemente de su cultura y de su amplitud en sus ideas personales, siguen estando influídas en su inconsciente por los prejuicios seculares de su familia y de su medio. Consideran ellas más o menos implícitamente que lo sexual es vergonzoso o al menos una fatal concesión que el espíritu debe hacer a la carne. El dualismo carne-espíritu, idea más maniquea que cristiana, sobrevive efectivamente en muchos. Por cieto que gracias a la acción conjunta de la asociación del matrimonio cristiano y de los movimientos juveniles de la acción católica, los jóvenes cristianos y cristianas encaran hoy la sexualidad desde un ángulo más positivo que sus padres. Sin embargo, por el momento sólo ha cambiado su actitud consciente; el inconsciente sigue en muchos casos trabado por mil falsos principios que han logrado sobrevivir a la muerte de los cátaros y de los jansenistas.

Según lo que se ha observado lo más importante para la concepción es que, el acto sexual haya perdido para los esposos y particularmente para la esposa, todo carácter de aprensión y de angustia. Es de desear que en la medida de lo posible, la esposa llegue no sólo a entregarse generosamente, sino a sentir el placer orgánico. En muchos casos esto se logra sólo luego de varios meses, a veces uno o dos años de vida conyugal. Cuando más fuertes son las inhibiciones inconscientes, más tardará la mujer en llegar al placer de los sentidos. Entonces, importa sobre todo dar a la futura mamá el tiempo necesario de alcanzar previamente una plenitud sexual lo más perfecta posible.

El psicólogo que conozca toda clase de esposos comprueba sin ningún esfuerzo que el ardiente deseo de tener un hijo es muy superficial y sólo corresponde a la parte consciente de la psique. El inconsciente por su parte, se ve acosado por la angustia: a ellos les agradaría sentir en primer término los placeres y las alegrías del amor sexual, pero no se creen autorizados hasta no haber realizado el "fin primordial" del matrimonio. Es muy lamentable que en el estado actual de la evolución humana, se siga inculcando a los jóvenes, especialmente a los cristianos, que el fin principal si no el único del matrimonio es el niño. Para vencer las inhibiones del super-yo y, en consecuencia, favorecer la futura concepción sería sumamente necesario insistir en el valor intrínseco del amor sexual. La moral y la natalidad no perderían nada con ello; para esto es necesario que se comience por convencer a los futu-

ros esposos de que la procreación no es el único fin verdaderamente noble de la unión sexual, que ésta no es sólo legítima en sí misma, sino hermosa y grande como símbolo y expresión de la comunión de los corazones y de las almas entre los esposos. Sólo a título de indicación y basándonos en los casos que han sido observados, se aconseja que el primer embarazo no tenga lugar antes del año de matrimonio.

Respecto a la educación psicosexual que los padres deben dar a sus hijos puede decirse que una niña de once o doce años debería estar ya perfectamente informada sobre todo lo concerniente a la sexualidad en general y a su propia vida sexual en particular. La enseñanza sexual, tal como se daría en la escuela, debe forzosamente limitarse al aspecto biológico y fisiológico del problema. En cuanto a su aspecto más personal, el que atañe más profundamente a las funciones afectivas del niño, sólo podría ser explicado individualmente por alguien que conozca de cerca al niño, su grado de madurez y sus implicaciones psicológicas. Para que las mamás estén en condiciones de desempeñar tan delicada misión educativa, es preciso que en ellas mismas la sexualidad esté despojada de todo sentimiento inconsciente de culpabilidad. La educación sexual sólo dará los resultados que de ella se esperan si se concibe y practica como un capítulo de la educación afectiva; de lo contrario, puede hacer mas mal que bien, aunque sólo sea al dar al adolescente la impresión de que lo sexual es el eje de la existencia humana.

El psicólogo debe recordar que la continencia sexual, en sí misma, no es una virtud, que la virginidad —siempre "en sí misma"— no tiene nada de particularmente hermoso, así como tampoco son virtudes cristianas en sí la abstinencia de bebidas alcohólicas o la vigilia semanal. La castidad, lo mismo que el ayuno y la abstinencia, no se convierten en una virtud, es decir, en un valor moral, sino cuando el hombre la elige libremente y por un motivo superior que debe ser objetivamente bueno.

La función sxual es, sin discusión, la más fuerte consumidora de energía afectiva. Cuanto más rico en libido es un hombre, tanto más imperiosos son sus impulsos sexuales. Evidantemente, sería peligroso dejar tal cantidad de energía sin empleo. De seguro ella lograría romper los diques que se pretenden erigir contra su realización y se expandiría anárquicamente en todas direcciones. Obsesiones, alucinaciones, perversiones, odiosos crímenes son a menudo la consecuencia de esta represión de la libido. Es peligroso y moralmente malo prohibir el empleo sexual normal de la energía afectiva, sin preocuparse verdaderamente en qué va a convertirse esta energía no empleada.

La castidad del sacerdote o de la religiosa no tiene sentido y valor moral si no se la concibe como un medio de lograr el máximum de energía afectiva disponible para la vida espiritual. Si se la exige como un fin autónomo, es condenable. La doctrina de la Iglesia, en este punto, está en perfecto acuerdo con los datos de la psicología profunda. Si se diera el caso de que algunos superiores eclesiásticos exigen al seminarista, al sacerdote o a la religiosa, una castidad puramente material, sin preocuparse mucho de la finalidad de esta exigencia, debería verse en ella una simple —¡y cuán peligrosa!— deformación de la doctrina.

Para la mayoría de los adultos, la actividad sexual normal es indiscutiblemente necesaria a su equilibrio psíquico. Sería quimérico esperar que cualquiera puede ser capaz de una sublimación. Sin embargo, una relativa castidad es indispensable para todo ser humano que no quiera sumirse en la ruina total.

No es posible que, en ciertos animales superiores, el instinto sexual sea puramente biológico. De todos modos en el hombre no lo es. Cuanto más se humaniza el hombre, más predomina en su sexualidad la parte psíquica. Mientras que en el animal ésta se halla inmediatamente destinada a la procreación, en el hombre civilizado el objeto social cuenta cada vez menos y la sexualidad se convierte cada vez explícitamente en símbolo y expresión de la comunión interpersonal del amor. La energía que consume la sexualidad humana es biológica sólo en parte, el resto es psíquica. Así, para que la sexualidad pueda desempeñar el papel que le incumbe en la promoción de la maduración y del equilibrio de la persona, debe darse simultáneamente satisfacción a la carne y al espíritu. Aquí mejor que en ninguna otra parte, salta a la vista la doble naturaleza —espiritual y carnal— del hombre. Los seres humanos hacen el amor, en tanto que los animales simplemente se acoplan, es decir se animalizan, se degradan. A los rústicos cuyo psiquismo está poco desarrollado, el acoplamiento puede parecerles suficiente para satisfacer los impulsos de su instinto. En los hombres y mujeres más refinados, deja necesariamente un sentimiento de insatisfacción y, a menudo, de penosa humillación Muchos hombres que se quejan de la frijidez de su esposa, son ellos mismos los responsables; como han recibido su iniciación sexual de las prostitutas, fuera de todo sentido verdaderamente amoroso, se comportan con su joven esposa como si también ella estuviera allí únicamente para procurarles un placer físico. Esto no les impide amarla, pero este amor no modifica para nada su comportamiento sexual; la falta del primero, aunque sea aparente, puede inhibir para siempre al segundo.

Veamos ahora algunas cuestiones sobre el matrimonio; en pri-

mer término, la edad del matrimonio no debe ser demasiado precoz. El individuo, antes de comprometerse en la realización de la comunión existencial con otro, tendría que haber adquirido su plena madurez tanto intelectual como afectiva, así como el máximum de autonomía personal. Los peligros son aún más graves cuando ambos esposos carecen de madurez. Hay entonces muchas posibidades que ellos evolucionen en direcciones opuestas.

El campesino y el obrero alcanzan su madurez psicológica generalmente a la edad de su madurez legal; nada se opone, pues, a que se casen a partir de los veinte años. Muy distinta es la situación de los que realizan estudios secundarios y superiores. Por otra parte la clase de madurez que debe alcanzar un médico, un ingeniero, un profesor..... es muy diferente de la de un obrero o un campesino. Hasta los treinta años no adquieren éstos la madurez equivalente a la que los segundos alcanzan a los veintiuno. Así, pues, esta edad podría considerarse teóricamente como óptima para el matrimonio. Las cosas no son muy diferentes para las mujeres que cursan estudios superiores. Las mujercitas "cándidas" e infantiles ya no responden a las complejas exigencias del matrimonio moderno. Conviene sin embargo tener en cuenta que muchas mujeres no se realizan plenamente sino por el hombre que aman, lo cual parece justificar en cierto lapso entre la edad de ambos conyuges. Pero debemos aclarar que la madurez se adquiere también de acuerdo con el desarrollo sociocultural que tenga cada país. Entonces, la causa de madurez o inmadurez personal puede buscarse en que en este siglo se ha desarrollado extraordinariamente la consciencia individual y, al mismo tiempo se ha producido una fuerte regresión del sentido de la comunidad Cacada vez es más inconcebible que la gente pueda casarse únicamente en función de intereses de la familia o de nombre, sin que de ello resulte un daño grave. Por cierto que, todavía se hacen en la burguesía matrimonios por dinero; pueden no ocasionar grandes desastres, siempre que los contrayentes estén decididos de antemano a no buscar en él otra cosa fuera de una comunidad de intereses matrimoniales. El verdadero matrimonio sólo se logrará si se halla cimentado en el amor mutuo.

Sería menester que los jóvenes (y también sus padres y consejeros) se acostumbren a no confundir el amor con su efímero remedo, conocido con el nombre de "flechazo". El verdadero amor supone una comunión profunda, tanto carnal como espiritual, entre dos seres; lo cual exige plena madurez afectiva de ambas partes. Si falta esta madurez, las muchachas y muchachos demasiado jóvenes, así como los adultos infantiles, toman casi infaliblemente el superficial flechazo por un verdadero amor. En este pseudo amor

sólo existe atracción física, cuya naturaleza la hace fugaz al menos que la comunión de los espíritus la consolide.

Sin embargo, hay que cuidarse de otro escollo, el de una excesiva idealización del amor. En ciertos medios de jóvenes cristianos se acostumbra a acentuar tanto la faz espiritual del amor que muchas esposas jóvenes se sienten de pronto molestas por las exigencias carnales del matrimonio. Creían ellas amar al hombre con quién se han casado porque compartían el mismo ideal religioso, gustaban de los mismos poetas o músicos. Pero una vez casados, puede que ellas no sientan por él ninguna atracción física; quizás hasta sientan repugnancia. Conviene pues, insistir en la educación afectiva de los jóvenes sobre la importancia de la atracción física.

Igualmente perniciosa es la idea que se hacen ciertas jóvenes del matrimonio concebido exclusivamente como un medio legítimo y virtuoso de tener hijos. Así eligen espontáneamente por marido al hombre que quisieran para padre de sus hijos, sin preocuparse para nada de él como amante. No es raro que, luego del nacimiento del primer hijo, tal esposa sólo se interese en este último y considere, más o menos inconscientemente, que el marido ya ha cumplido su misión y sólo posee un sólo derecho, el de alimentar a su mujer y a su hijo. El hombre, evidentemente, no podría sentirse feliz en semejante situación. Suele suceder con bastante frecuencia que la mujer que se ha casado con "el padre de sus hijos" encuentra un día al hombre que buscaba su corazón y su carne. Entonces puede sacrificar a su pasión su hogar y sus hijos, destruyendo así lo que hasta ese momento había considerado como la esencia misma de su devoción.

Numerosas, muy numerosas, entre las mujeres que requieren la ayuda de un psicólogo, son aquellas cuya neurosis está estrechamente ligada a su primera experiencia sexual, es decir, en la mayoría de los casos a su noche de bodas. Evidentemente el traumatismo fundamental data de más lejos, de la adolescencia o de la infancia. Pero hay muchas probabilidades que si la noche de bodas no hubiera sido tan desastrosa, no se vería tan perturbado el psiquismo de estas mujeres y, de rebote, la felicidad de su hogar.

A muchos parecerá casi increible que todavía en nuestros días, lleguen muchachas al matrimonio con una ignorancia completa de todo lo concerniente a las relaciones sexuales; sin embargo son bastante numerosas, aún entre las que han cursado estudios universitarios. En ciertos casos esta ignorancia es la consecuencia de una ausencia completa de información por parte de sus educadores. Empero, un análisis atento revela que con mucha mayor fre-

cuencia, sobre todo en las mujeres cultas, es el super-yo, un super-yo cargado de siglos de desprecio por lo sexual, que les impide aplicar juiciosamente a su propia vida afectiva los conocimientos teóricos que poseen. Se han conocido mujeres médicas, que conocían perfectamente la anatomía y hablaban de las cosas sexuales con una libertad casi excesiva, que en el momento del matrimonio resultaron ser tanto o más ignorantes que cualquier campesina. Su super-yo no les había permitido extender a su propia sexualidad lo que habían aprendido en los libros y en las clínicas.

Sin salirse de su terreno propio, el psicólogo sólo puede comprobar que las mujeres casadas con un hombre maduro, conocedor de la vida y con cierta experiencia de la psicología femenina, tienen más probabilidades que las demás de tener una noche de bodas feliz, sin embargo; sería un error creer que tal conocimiento depende exclusivamente de la experiencia sexual. No basta conque un muchacho de veinte años haya tenido una o varias amantes para que proporcione a su joven esposa una noche de bodas feliz. Se trata más bien de una experiencia humana general, de la cual la experiencia sexual no es más que uno de los elementos integrantes.

Se ha podido comprobar reiteradamente hasta qué punto el remedio recomendado por ciertos "higienistas", es decir, la iniciación previa del marido, puede ser peor que el mal que se pretende combatir. Bien sabido es que lo más a menudo esta iniciación se hace en los brazos de una prostituta, fuera de todo "clima" auténticamente afectivo. Esto no hace más que falsear las ideas del joven sobre el amor y las mujeres.

Cualesquiera sean los inconvenientes del matrimonio entre vírgenes, nos parece menos graves que los que podrían resultar de una mala "iniciación". En el primer caso, hay probabilidades de que, con la ayuda del amor los esposos medianamente normales hayan descubierto por sí mismos los ritos del arte de amar. En la segunda hipótesis por el contrario, es de temer que el marido sobre todo si es joven y carece de penetración psicológica, se sienta defraudado porque su esposa "no actua bien" como la prostituta. En cuanto a la esposa en esas condiciones, se siente casi siempre contrariada en lo más profundo de su sensibilidad por el comportamiento demasiado brutal de su marido. Un mal entendido inicial rara vez se remedia espontáneamente; muy a menudo envenena durante mucho tiempo cuando no definitivamente, las relaciones amorosas de la pareja.

Es muy importante que los jóvenes esposos sepan que el éxito de un amor no se comprueba la noche de bodas. En términos

generales ésta es poco propicia para la iniciación amorosa. La fatiga consiguiente a la ceremonia y al banquete se agrega casi siempre a la natural ansiedad ante un acto cuyo enlace es exagerado por la imaginación. Así, no es de extrañar que la famosa noche de bodas resulte a menudo un fracaso.

Algunos médicos y psicólogos, conscientes de las complicaciones psicológicas de la noche de bodas, es decir, de las primeras relaciones sexuales en fecha y hora fijada, son partidarios de la "consumación" del matrimonio antes de su "consagración". En algunos medios muy cristianos en que no quieren saber nada de relaciones prematrimoniales ni aún entre prometidos, se acostumbra a consumar el matrimonio algunos días después de la ceremonia. Una y otra práctica tienden a que la primera unión carnal se realice espontáneamente y a suprimir así la ansiedad de la joven esposa ante un acontecimiento que le parece tan misterioso.

Existe la convicción casi universal de que el instinto sexual en el hombre es por naturaleza polígamo. Esto es en parte verdad, sin embargo; hay que tener en cuenta que la sexualidad humana no comprende únicamente el instinto sino también el amor, y que no todas las leyes del primero son válidas para el segundo. El amor del hombre o de la mujer no admite coopartícipes, cuando es verdadero, puede perfectamente contrabalancear la anarquía del instinto.

Sin embargo la experiencia enseña que luego de algunos años de vida conyugal; incluso el hombre más enamorado de su mujer comprueba que ésta le atrae sexualmente menos que otras mujeres, las cuales quizás, tengan objetivamente menos encantos y no le inspiren ningún sentimiento tierno. Al parecer, la explicación psicológica de este fenómeno a menudo penoso, reside en la naturaleza agresiva de la sexualidad masculina. A pesar de la civilización y la cultura el hombre se parece al "salvaje" primitivo que debe y quiere conquistar a la hembra peleando. El pudor y la coquetería femenina hacen que esta lucha sea siempre necesaria, aunque haya cambiado mucho sus modalidades. Así, la esposa renuncia muy pronto tanto al pudor como a la coquetería. En un principio, el hombre se siente complacido al no tener que realizar toda una operación de asedio para obtener su satisfacción sexual. Poco a poco, sin aliciente para sus instintos agresivos, empieza a encontrar insípido el placer conyugal y se siente atraído por otras mujeres, a las que habría que conquistar. En muchos hombres, sobre todo en quienes tienen sólidas convicciones morales o religiosas o aman mucho a su mujer, este impulso no llega al adulterio. Se conforman con "cortejar" a las coquetas en los salones, con jugar al seductor exhibiendo su brío y las paradojas de sus conver-

saciones. El intelectual se complace en rodearse de fervorosas discípulas. Pero, a veces, hasta los hombres virtuosos no se limitan a jugar y cometen adulterio, destruyendo así su hogar.

Desgraciadamente, y en general por culpa del marido, muchas mujeres no conocen nunca el orgasmo. Ellas buscan en las relaciones sexuales sobre todo la ternura y así su placer es más sentimental que sensual. Por otra parte, aún aquellas que han experimentado el orgasmo están tan sedientas como las otras de un placer sentimental y sensible. Esto está íntimamente relacionado con la naturaleza más bien pasiva de la sexualidad femenina. Así como el varon tiene necesidad de conquistar, a la mujer le agrada ser conquistada y seducida. En un sólo punto los papeles parecen haberse cambiado: mientras que el hombre aspira a ser admirado por la que ama, la mujer debe poder admirar al objeto de su amor.

En muchos matrimonios, la mujer tiene muy pronto la impresión de no ser ya verdaderamente conquistada ni seducida, sino simplemente poseída como un objeto, en virtud de un llamado derecho conyugal que no tiene mucho de común con el verdadero amor. Además, muy a menudo, su admiración por el esposo no resiste a la rutina diaria. El mismo que hasta hace poco le parecía un gran hombre resúltale un burgués mediocre.

Debe recurrirse, entonces, a todos los medios para que la sexualidad no se vea trivilizada por las rutinas de la vida conyugal. Intimidad no es sinónimo de promiscuidad, sino que por el contrario, esta última suele ser muy dañina a la verdadera intimidad conyugal. Si el hombre está convencido en lo más profundo de su ser que la intimidad conyugal ignora el derecho y el deber, entonces se sentirá obligado a seguir conquistando y seduciendo a su esposa, aún después de muchos años de matrimonio. Tendría que esforzarse por merecer cada día su admiración. Entonces la mujer casada ya no consideraría inútil, como desgraciadamente se da tan a menudo el caso, seguir siendo seductora y atrayente, incluso para su marido.

Otro grave obstáculo para el amor de la vida conyugal consiste, como ya lo hemos insinuado, en la felicidad demasiado grande que ella ofrece al deseo sexual. Ya se sabe que el placer sexual es proporcional a la tensión que lo ha precedido. Muchos esposos, sobre todo cuando comparten el lecho conyugal no se toman el trabajo de esperar a que esta tensión alcance un nivel elevado. Es importante que el amor entre esposos conserve siempre un carácter de frescura y un don fortuito y no degenere jamás en rutina. A la luz de la experiencia, no es conveniente para los esposos

que los embarazos sean demasiado seguidos. Las preocupaciones materiales consiguientes son a veces, demasiado pesadas para no perturbar grave cuando no irreparablemente la armonía matrimonial. Además, a la esposa más apasionadamente enamorada le cuesta trabajo no dejarse acaparar por las obligaciones maternales y corre así el riesgo de no hallarse disponible para lo que de ella espera el esposo, tanto en el plano afectivo como carnal. Es mucho mejor, tanto para los esposos como para los niños, que la sexualidad disponga de tiempo para convertirse en un elemento positivo de la promoción del amor.

En las condiciones actuales de existencia y en el grado a que ha llegado el desarrollo de la conciencia individual, el psicólogo debe tomar partido sin vacilaciones por el principio de una paternidad voluntaria. En teoría, es posible encontrar más hermosos los tiempos antiguos, cuando las gentes consideraban la vida en general y en particular la vida conyugal, con un espíritu de pasiva sumisión a la fatalidad, abusivamente llamada "providencia". Entonces se resignaban bastante fácilmente a soportar las "leyes de la naturaleza" en lo concerniente a la natalidad. Ya no es así para nuestros contemporáneos, educados en el culto de la libertad individual. Con razón o sin ella, sólo consideran ya hermoso y bueno lo que procede de su libre voluntad. No nos corresponde recomendar tal o cual técnica o método que haga libre la concepción. Desde nuestro punto de vista, sólo son condenables los que implican un choque emocional, un riesgo de traumatización. Por otra parte, nos sentimos complacidos que hasta una Institución tan fuertemente apegada a la moral tradicional como la Iglesia Católica al dar su aprobación al "método Ogino", parece adherirse al principio de la libertad de paternidad o maternidad. Por el momento esto es sólo un tímido esbozo, pero debería bastar para que los creyentes despojaran a la sexualidad de su carácter mágico y amenazador, para que no se vea en ella única ni principalmente un instinto destinado a la procreación.

Parece inevitable que los que emprenden el combate contra sistemas demasiado rígidos, contra prejuicios demasiado inveterados, no edifiquen a su vez nuevos sistemas igualmente rígidos o exageren hasta lo absurdo la oposición entre lo antiguo y lo moderno.

La teoría de Jung de las compensaciones explica muy bien el

hecho de que el hombre y la mujer son más complementarios que opuestos. El inconsciente compensa espontáneamente, en los seres no demasiado inhibidos por la neurosis, lo que hay de unilateral en el yo consciente del individuo. Si una mujer plenamente femenina ama a un hombre muy masculino es porque en su propio psiquismo inconsciente hay algo de las cualidades consideradas viriles; es por ese lado que ella está en condiciones de comprender lo, de simpatizar con él. En la psique inconsciente del más masculino de los hombres se descubren rasgos específicamente femeninos: a causa de esto se halla en mejores condiciones que el hombre afeminado para comprender y apreciar a la "verdadera mujer". El amor es auténticamente proporcional al grado de autenticidad viril y femenina de los participantes.

En la actualidad, felizmente, son raros los sacerdotes de las generaciones jóvenes que se creen en el deber de hablar con desdén del cuerpo en general y de la sexualidad en particular. muchas madres de familia religiosas, y otras personas de gran influencia en la formación de la juventud no se hallan aún dispuestas a emprender el nuevo camino, iniciado por los moralistas. Muchos se escandalizan de la enseñanza sexual que dispensan a la juventud los sacerdotes en sus círculos de estudios. ¡y hasta hay quienes los hacen responsables en parte de que esta juventud parece conceder poca importancia a la concepción tradicional de la "pureza"!

El psicólogo por su parte, debe tratar de comprender las motivaciones secretas de esta resistencia a la liberación de los tabús sexuales. Muchas religiosas son unas frustradas en el amor, a quienes se les ha enseñado a despreciar lo que se han visto obligadas a renunciar. Si reconociesen las bellezas de lo carnal podría derribarse su frágil edificio de mal lograda sublimación espiritual. A muchas mujeres casadas su sexualidad no les ha traido más que disgustos y fatigas: ¿como podrían decir a sus hijas que hay allí algo grande y hermoso? Pero la comprensión de las resistencias que existen no nos impide pensar y decir que la aspiración a un amor sólo espiritual implica, según la perspectiva cristiana un grave error religioso y una peligrosa amenaza para el equilibrio psíquico. El ser humano es indisolublemente, cuerpo y alma, carne y espíritu. Los teólogos y los filósofos que consideran el cuerpo y alma por separado, lo hacen desde el punto de vista de las esencias. Desde un punto de vista existencial, en efecto no hay nada de humano que no sea simultáneamente, aunque en grados diversos, carne y espíritu, cuerpo y alma.

De todos los instintos, el sexual es sin réplica, aquel en que lo psíquico se halla más inexplicablemente mezclado con lo biológico. La mayoría de los hombres y mujeres de nuestra civilización

no son parludos ni perversos. Lo físico ocupa aún el primer lugar en sus relaciones con el otro sexo, pero lo psíquico, lo "sentimental" se halla ya íntimamente ligado. Para llegar a su corazón hay que pasar por los sentidos, pero los sentidos sólo estan debidamente satisfechos cuando coopera el corazón; las personas en cuya madurez intelectual, el amor se inicia normalmente en el corazón, los sentidos intervienen en segundo término. La maduración afectiva de la persona depende en gran parte de la primera experiencia. Por efímero que sea, el primer amor es casi siempre un acontecimiento psicológico importante. Nunca deja de influir positiva o negativamente, sobre los amores venideros. Es necesario además un aprendizaje para una actividad psíquica tan compleja como el amor. En nuestra civilización racionalista, se desconoce la importancia de enseñar a los jóvenes a expandir plenamente sus potencialidades afectivas, que tanto adultos aman tan mal, con el daño consiguiente para sí mismos, para sus prójimos y para la comunidad humana. Niezsche decía: "La misma palabra amor significa dos cosas diferentes para el hombre y para la mujer. Lo que la mujer entiende por amor es bastante claro: no es sólo la consagración, es un don total del cuerpo y alma, sin restricciones, sin ninguna clase de consideración. Esta carencia de condiciones hace de su amor una fe, la única que posee. En cuanto al hombre, si ama a una mujer, quiere ser amado con este amor; por consiguiente está muy lejos de pedir para sí el mismo sentimiento que para la mujer; si hubiese quienes experimentasen ese deseo de abandono total no serían verdaderos hombres".

En el amor, un individuo busca y espera su propia plenitud gracias a otro. Desde la más tierna edad comienza a formarse en la psique de cada ser un ideal del yo cuya realización buscará siempre a través de las vicisitudes de su vida. La constitución de este ideal del yo es de extrema importancia para el destino del hombre, puesto que sirve de dinamismo atractivo para él y para su evolución. Inumerables factores, conscientes e inconscientes contribuyen a su formación.

En cierto número de mujeres la elección amorosa se halla influída por la rebelión inconsciente contra su inferioridad de mujer. No le es posible amar más que a hombres a quienes pueden dominar y proteger. Sólo una mujer perfectamente reconciliada con su femeneidad está en condiciones de amar, sin que su inconsciente busque pretextos para reivindicar su condición biológica, sociológica y psicológica de mujer.

Los amores de los niños y de los adolescentes merecen ser tomados tan en serio como los de los adultos y los de los ancianos. La vida afectiva coexistente con la existencia, puede amarse apa-

sionadamente a cualquier edad. Ya antes de la maduración del instinto sexual, el niño tiene necesidad de amar y ama realmente. Sucede también que después de la extinción del impulso sexual, el anciano puede enamorarse. Sin embargo, en los predispuestos a la neurosis, el descrédito que cae sobre la sexualidad y la excesiva idealización del amor pueden comprometer más o menos gravemente la vida amorosa del adulto.

Hasta no hace mucho tiempo, los concesores y directores espirituales admiraban y alababan el amor platónico. Hablaban del amor físico como de una concesión hecha a las debilidades de la carne y ponían como ejemplo a los jóvenes cristianos que formaban el matrimonio espiritual que había practicado tal o cual santo. Entre las dos guerras, en un círculo bastante amplio de universitarios católicos, hizo estragos una verdadera epidemia de "matrimonios blancos", hasta que el principal teórico y apostol de esta mística se casó a su vez y por cierto en forma muy diferente al matrimonio blanco.

La frigidez femenina rara vez es innata y casi nunca tiene una etiología física. Lo más frecuente es una consecuencia de conflictos psíquicos.

Ahora bien, la intimidad conyugal se limita casi a la cama. En las capas "superiores" de la sociedad, ni siquiera eso, pues anteriormente era de buen tono dormir en camas separadas.

Hay que tener en cuenta todo este conjunto de costumbres, estrechamente solidarias con el grado de evolución de la conciencia humana, para no condenar con demasiada severidad una moral que consideraba la procreación como el único fin de la sexualidad. Todavía hay algunas personas piadosas que se acusan en confesión "de haber sentido placer con su marido", no se atreven a comulgar, si, la noche anterior, han hecho eso que aunque no sea pecado, es por lo menos una impureza, una imperfección. Es un error hacer al cristiano responsable de esta moral: a lo sumo puede lamentarse que no haya logrado liberar a los hombres de estas sujeciones que se habían impuesto mucho antes de la venida de Cristo.

La mujer, antes tan orgullosa con su misión de servidora de la especie, hoy se sabe y quiere ser una persona, con todo lo que esta palabra significa en cuanto autonomía, libertad, derecho a la felicidad y a la plenitud individuales. Los sacerdotes, los psicólogos, los médicos y otros confidentes autorizados, saben muy bien cuán raros son los matrimonios de que pueda decirse, al cabo de alguno años, se han logrado plenamente o sus integrantes han alcanzado su expansión moral.

Para la mayoría de los hombres el matrimonio no es un fin en sí mismo. Hallan ellos su realización en sus actividades profesionales, intelectuales, políticas, etc. Según el matrimonio sea más o menos logrado, puede favorecer o matizar estas actividades, sin que éllas dependen íntegramente de él. Con las mujeres pasa algo muy distinto. Ellas tienen conciencia de su personalidad, aspiran a una felicidad individual u a la realización de sí msmas, pero la mayoría espera encontrar todo esto en el matrimonio. Para la mayor parte de las mujeres, inclusive para las emancipadas y las intelectuales, el matrimonio es la más ventajosa de las carreras. De ahí que las muchachas consideran a menudo al matrimonio no como un medio que les permite vivir con el hombre amado, sino como un fin en sí: tanto mejor si el hmbre que les sirve de medio a su realización es amado por ellas y las ama. Este estado de espíritu constituye sin duda el origen de un gran número de decepciones matrimoniales, especialmente en las mujeres que ya ni siquiera pueden ser "buenas esposas" a la manera antigua.

Son muy raras las mujeres cuya vida conyugal no perjudique al conjunto de su expansión personal. Las que han hecho un matrimonio de amor se expanden en el plano afectivo, en el que la sexualidad desempeña un importante papel. A las mujeres solteras les resulta muy difícil, si no imposible, llevar una vida amorosa normal. Ella transcurre bajo el signo del pecado, aún para las que conscientemente se niegan a reconocer la moral tradicional. Agréguese el miedo a la maternidad y a la sensura sociológica que afecta la libertad sexual de la mujer soltera. Una vez casada, ya no hay pecado ni temor a hechar a perder su vida amorosa. Siendo ésta, existencialmente, de importancia primordial, se comprende la intensidad del deseo de casarse en las jóvenes. Se comprende también que, en comparación con la condición de "solterona", el estado de las mujeres casadas parezca envidiable. Tanto más cuanto que la soltera, a no ser que se trate de una personalidad muy superior, no goza en nuestro ambiente de ninguna consideración social.

Innumerables son los matrimonios rotos o desunidos a causa de la ausencia de comunión auténtica entre los esposos. Si un hombre sólo acostumbra a conversar con su mujer de los hijos y de los diversos problemas de la vida doméstica (que sólo le interesan superficialmente), ¿porqué asombrarse que encuentre más agradable a otra mujer? Esta mujer no tiene por qué ser más inteligente y más culta, pero con ella puede conversar de asuntos de otro nivel. Esto sucede sobre todo cuando se trata de una mujer soltera culta, casi siempre mucho mejor "situada" frente a los problemas importantes de la vida que la mujer casada de la misma edad

y del mismo nivel intelectual. Pero también la mujer de otro da a menudo la impresión de ser más profunda y más amplia que la suya, por el simple hecho de que no hay que compartir con ella la vida cotidiana. Casi imperceptiblemente el hombre se separa para siempre de la que creía amar. Aunque no se llegue a la separación, se continúa viviendo uno junto al otro y no uno con el otro.

Sería sin embargo un error y una injusticia hacer a la mujer la única responsable del fracaso del amor conyugal. Muy a menudo también ella, tanto o más que su marido, sufre por la falta de comunión profunda; con frecuencia es ella la que toma la iniciativa de la ruptura. En los primeros tiempos se siente colmada por las alegrías del amor y de la maternidad, todo lo demás le parece sin valor. Pero poco a poco adquiere conciencia de las otras exigencias de su yo total. Ella querría mantener con el hombre amado un intercambio intelectual, estético y espiritual. Querría que él le hablase de lo que hace y de lo que piensa; participar con él de la vida, así con mayúscula. Con gran pena de su parte, el marido se aparta o sólo la escucha distraídamente. Las conversaciones harto frecuentes sobre los pequeños problemas de la vida familiar no le permiten sospechar que su mujer también puede interesarse seriamente en la política internacional, en las reformas sociales, en la actualidad intelectual. Cierto que ella no suele estar muy al corriente, quizas por culpa del marido que nunca se ha tomado el trabajo de decirle una palabra de todo esto. Muchas esposas de hombres "superiores" sólo conocen las ideas, las opinione y la diversas preocupaciones de su esposo por habérselas oído manifestar en sociedad: imposible conseguir que él hable en su casa, exclusivamente para su esposa.

Todavía existen muchachas, incluso cultas, que sólo piensan en el matrimonio en tanto les ofrece el único medio, aprobado por la sociedad y por su propia conciencia moral, de satisfacer su imperioso deseo de tener hijos. Sin embargo, no todas las que lo dicen y lo piensan son de igual sinceridad.

Aunque recibidos con agrado por ser frutos del amor, los niños, sin embargo, son a menudo un grave escollo para el amor conyugal. Cada vez más absorvida por los cuidados y la educación de los hijos, la esposa no puede estar tan disponible para su marido como en los primeros tiempos de su unión o cuando en el hogar había sólo un bebé. La mujer fatigada y preocupada deja de ser un objeto erótico. El relativo desvío del hombre con respecto a sus hijos es, además, sentido por muchas mujeres como una señal de falta de amor por ellas, lo cual tiene como consecuencia que se alejan cada vez más de sus maridos y centren cada vez más su afecto en sus hijos.

Por otra parte se conocen muchas parejas cimentadas en el amor recíproco, pero cuyo amor se ve sometido a duras pruebas porque uno u otro de los esposos, a veces los dos, no han conseguido su integración en la familia política. Las suegras no son las únicas que crean obstáculos a la realización del amor conyugal. El comportamiento de ciertos suegros frente a su yerno no es menos acomplejado. Las suegras y los suegros a veces forman legión. Simplemente, su hijo o su hija, sobre todo si son únicos, tienen en su vida afectiva un lugar demasiado grande y ellos no se resuelven a compartir su amor con una nuera o un yerno. El matrimonio no es solamente ni en primer término un idilio: es también y sobre todo una institución social.

Es indiscutible también que los hombres y las mujeres cultos de nuestro tiempo no puedan encontrar en el matrimonio su plenitud y su felicidad, si no concilian antes con la unidad de la pareja su autonomía personal.

Ya hemos aludido a la enorme dificultad que encuentran los esposos de no dejarse ahogar por lo cotidiano. Allí es donde se muestra con mayor claridad cuán penoso es conciliar el matrimonio y el amor. Al vivir siempre juntos, tienen la impresión de haberse ya dicho todo, de conocerse mutuamente, tanto que es inútil expresar lo que se piensa o lo que se anhela. Generalmente están equivocados los esposos que creen conocerse a fondo; a menudo los extraños los conocen mejor. El error consiste en ser muy sensibles ante los aspectos pequeños inevitables del otro y no ver en él lo que hay de verdadero y de grande.

El gran problema, en el estado actual de la conciencia humana, es la integración del erotismo en el matrimonio, o del matrimonio en el erotismo. En muchos aspectos, el matrimonio brinda, en nuestra civilización las condiciones más favorables a la expansión erótica de los esposos. Las inhibiciones provenientes del temor a la maternidad extraconyugal y a otros inconvenientes sociales y morales, desaparecen con las nupcias legales. El acto que, antes del matrimonio, era visto como un pecado o una acción vergonzosa, en lo sucesivo será considerado lícito y hasta santo. Pero también es cierto que precisamente allí, en ese perfecto conjunto de condiciones favorables, es donde acecha el peor obstáculo para la atracción erótica. Un cuerpo que se toca siempre y a veces sin quererlo pierde todo misterio y por consiguiente todo atractivo, Las relaciones sexuales son demasiado fáciles y debido a ello tienen lugar a menudo sin que exista un deseo verdaderamente intenso y sin los escarceos eróticos previos. Tanto de una parte como de otra. cuando el amor conyugal se separa del erotismo se ve expuesto a graves obstáculos. Como ya lo afirmamos anterior-

mente, para que el amor ante un hombre y una mujer sea auténtico, debe ser justamente carnal y espiritual. Sólo en la vejez cuando la carne ya no exige nada, lo espiritual sólo puede bastar para vincular con solidez a los esposos. Pero tal transfiguración no puede hacerse sino lenta y naturalmente. Cuando la atracción carnal desaparece en forma prematura del amor —y siempre será demasiado pronto mientras los impulsos sexuales no estén extinguidos— será difícil seguir amando espiritualmente a su mujer o a su marido, en tanto que eróticamente se está pendiente de otra persona. La experiencia enseña que entre los 40 ó 50 años, es decir a la edad en que hemos visto el erotismo conyugal seriamente amenazado, se produce en muchos hombres y mujeres un fuerte renacimiento erótico. Normalmente, a esa edad el hombre ha alcanzado los objetivos de sus ambiciones profesionales: la libido que se empleaba en ella queda disponible. La mujer, por su parte, se ve libre de numerosas cargas impuestas por la educación de los hijos. El matrimonio no es una historia de amor, sino una institución de una extrema complejidad, en lo cual lo social y lo individual se hallan inseparablemente unidos y cuyo cimiento es el amor. Nosotros creemos que debe intentarse todo lo posible para prolongar al máximo el erotismo conyugal, hasta la extinción natural de la libido carnal, si es que se puede. Los propios "espirituales" saldrían ganando para su mutuo amor de la prolongación de la atracción erótica. Tal prolongación no es imposible. Reflexionando atentamente sobre los análisis que hemos hecho antes de las causas y condiciones del desabrimiento y la desaparición del erotismo conyugal, cada pareja debería poder descubrir por sí misma lo que hay que hacer para evitarlos.

Todos estos conflictos dentro del matrimonio por la ignorancia y superficialidad que se tienen de ellos conducen muchas veces al divorcio que acarrea graves problemas sociales y religiosos como la Iglesia Católica, que no admite el derecho de divorcio, porque tiene plena razón en lo que concierne a sus miembros, pero debería intentar imponer tan pesada carga a los que no están en condiciones de aprovechar los recursos espirituales que reciben los verdaderos creyentes. Sería menester, además que la Iglesia se decida a no otorgar el matrimonio religioso más que a las parejas verdaderamente deseosas de contraer vínculos sacramentales. Independientemente del ideal religioso, puede consevirse que los esposos rechacen el divorcio en nombre del valor sociológico que posee el matrimonio estable.

El amor entre hombre y mujer, a la vez espiritual y carnal, difícilmente realiza su obra de promoción de la existencia fuera de la seguridad y de la estabilidad que asegura el matrimonio. No de-

bería haber, en el estado actual de la conciencia humana (nos referimos evidentemente al hombre culto occidental) sino matrimonios de amor. Esto no quiere decir que sea suficiente para casarse el sentir una fugitiva emoción carnal o sentimental: ya hemos insistido bastante sobre la complejidad y la gravedad de esta realidad psicológica que se llama amor. La educación de la afectividad debe ser mucho más que una simple "educación sexual", debe favorecer la perfecta integración del espíritu, del corazón, de la carne y de la razón.

Para que sólo haya matrimonios de amor, hay que dejar de ver en el matrimonio un fin en sí. Esto reza sobre todo con las mujeres, las cuales suelen sentirse inclinadas a considerar al matrimonio como la más agradable de las carreras que se les presenta. Porque querer casarse cueste lo que cuese, ellas estan dispuestas a crearse, y brindar a otro, una ilusión de amor, cuyos innumerables perjuicios ya se han señalado.

Para que el matrimonio no parezca a los jóvenes el camino fácil por excelencia, es importante que la educación tienda a que tanto las mujeres como los hombres procuren su realización en otra cosa, principalmente en la actividad profesional. Una mujer que tenga verdadero gusto por su trabajo, y sea capaz de ganarse la vida, se sentirá mucho menos tentada a casarse a cualquier precio; sólo lo hará a sabiendas, es decir cuando ame y se sepa amada por un verdadero amor. Si en la actualidad la mayoría de las mujeres se interesan muy superficialmente en su profesión y sólo esperan la primera ocasión que se presente para abandonarla, ello se debe a que la educación y las costumbres anticuadas impiden que la tome en serio y así sólo ve en ella una ocupación provisional. Hasta no hace mucho (en provincias todavía sucede) una muchacha difícilmente confesaba que trabajaba para ganarse la vida o porque le interesaba su oficio: no, simplemente se "entretenía".

El ejercicio de una verdadera profesión da además a la mujer casada la independencia económica sin la cual es difícil, si no imposible, alcanzar esta independencia moral que tanto apetece la mujer moderna. Si luego, para enfrentar sus obligaciones de madre y de ama de casa, tiene que abandonar su profesión, esto es, en un plano psicológico, algo muy distinto al caso de la mujer que se hace mantener por su marido porque no desea o no es capaz de ganarse la vida. Espontáneamente el hombre respetará la autonomía de opinión y gustos de una esposa que; tan bien como él mismo, es capaz de ganarse la vida, y de cumplir una función social.

Además los esposos deben estar firmemente persuadidos des-

de el principio de que incluso el amor más apasionadamente auténtico no podría vivir mucho tiempo nutriéndose de su propia substancia. Hay que tomar precausiones para que la llama erótica no se extinga prematuramente. Hay que vigilar que la comunión de los espíritus no se vea debilitada o destruída por las vulgaridades de la vida cotidiana. Y como todo amor, el amor conyugal también debe ponerse al servicio de algo trascendente. Sólo así podrá resistir victoriosamente el desgaste del tiempo y la costumbre.

Más que el matrimonio no auténtico, es decir sin armonía entre el yo profundo y las condiciones del compromiso conyugal, nos parece preferible el celibato. Las condiciones modernas de vida deberían permitir que los solteros no se parezcan ya a las tradicionales imágenes D'Epinal que representan al "solterón" o a la "solterona".

La primera de las precausiones que deben tomar los que quieren un amor "inmortal" es no "comulgar con ruedas de molino", es decir no considerar como amor lo que quizá es sólo un estremecimiento de los sentidos, cuando no una fijación neurótica. Recordemos que en todo amor auténtico lo carnal y lo espiritual deben armonizarse en lo posible. En la vida normal, el amor únicamente espiritual está muy lejos de verse libre de escollos. Podría considerarse como normal al término de una larga y progresiva espiritualización, pero casi nunca al comienzo.

Los seres más o menos equilibrados y provistos normalmente de energía afectiva están en condiciones de utilizar ésta en forma simultánea en todas las clases de dilecciones: erotismo y amistad, afectos familiares, pasión por estudio, etc.

Los padres hacen muy mal en obstaculizar las amistades de sus hijos, por fundado que pueda parecer su temor a las malas compañías. Los riesgos provenientes de éstos son menos graves que los que puede correr el niño por la no emancipación afectiva en relación a su familia.

Como lo carnal no tiene parte en la amistad, ésta es naturalmente mucho más lúcida y serena. Se acepta al amigo tal cual es, con sus cualidades y sus defectos. Muy a menudo somos más indulgente con los defectos de nuestros amigos que con los de personas que nos son indiferentes o antipáticas. Esto no se debe a una perturbación de nuestra inteligencia, sino simplemente a que el afecto que sentimos por nuestros amigos facilita la comprensión de los motivos de su manera de ser. Lo que objetivamente es criticable tiene a menudo disculpas a los ojos de quien conoce la situación subjetiva. Y así los beneficios de la amistad no se limitan úni-

camente a las relaciones entre amigos. El hombre que vive una auténtica amistad, y que logra penetrar en la subjetividad de otro, obtiene generalmente una mayor comprensión de todos los seres humanos. No aceptará juzgar a otro "objetivamente", por las apariencias: se esforzará por captar los móviles secretos. Su juicio se hará más comprensivo, puesto que será templado por la afectividad. Allí reside todo el misterio de la simpatía, cuyo don parecen haber recibido algunos seres.

Con lo anterior creemos que hemos expuesto todo lo concerniente a la vida normal psicosexual del individuo. Como se puede observar pocas son las personas que tienen una educación psicosexual, por lo cual creemos que aquí radican los prejuicios psicosexuales, del sujeto.

PARTE EXPERIMENTAL

CAPITULO V

MATERIAL Y METODO.

El presente capítulo lo vamos a dividir en cinco partes, a saber:

1.—Técnica empleada para medir la actitud prejuiciosa.
2.—Forma de aplicación del instrumento investigador.
3.—Método para calificar las proposiciones.
4.—Variables a controlar.
5.—Características de los sujetos que constituyen la muestra.

1.—TECNICA EMPLEADA PARA MEDIR LA ACTITUD PREJUICIOSA.— Se tomó de la revisión de la escala fascista construída con la colaboración de Sanford, Brunswik y Levinson. La prueba que se va a exponer, fué obtenida de la escala realizada por Sanford y demás autores. La idea de éllos es medir el potencial de prejuicios sin aparecer que tiene esta función. Los autores piensan que ésta escala es un sustituto de las escalas etnocéntricas y antisemitas, antes estandarizadas por ellos, y tienen el propósito de evitar la molestia que en determinadas gentes produce expresarse en forma negativa de un grupo.

Realizaron tres escalas en su intento de formar una que fuera efectiva para la población americana, así pues formularon la Escala 78 constituída por 38 proposiciones, después se formuló la Escala 60 seleccionando las proposiciones que presentaron mayor agudeza discriminatoria en la escala anterior y añadieron mayores preguntas quedando en total 34 proposiciones, la última escala fué la 45 y 40 quedando 30 proposiciones.

Estas proposiciones tratan de investigar las características en la personalidad prejuiciosa, por ejemplo, la pregunta 1 "la obediencia y el respeto a la autoridad son las virtudes más importantes que deben aprender los niños", investiga el convencionalismo y la sumisión autoritaria. La pregunta número 24 "las gentes pueden dividirse en dos clases, los fuertes y los débiles", investiga la

superstición y estereotipia y el poder al machismo.

Por otra parte se hizo una selección de proposiciones en base a la cultura mexicana modificando unas y aumentando otras.

Esta selección se hizo tomando en cuenta la forma de pensar del mexicano y aplicando la prueba original a conscriptos. no con la finalidad de realizar un estudio estadístico, sino únicamente para ver la aceptación y consistencia de los reactivos en forma hipotética.

Había algunos reactivos que los autores en su última forma ya habían descartado, pero que a nosotros nos parecieron importantes para la población mexicana, por ejemplo; la pregunta número 8 "hay ciertas actividades que la mujer no debería realizar para no perder su femeneidad como son el fumar, estudiar carreras etc. "Quizá en el pueblo americano no dió resultado esta proposición porque la mujer posee ya en forma común las características mencionadas; México es un poco más conservador al respecto y pensamos por lo tal que sería útil para nuestro fin.

Algunas fueron modificadas sólo en la redacción para hacerlas más accesibles y otras en el tema, pero tratando de analizar el mismo apartado en la personalidad prejuiciosa, para poder ponerlas al alcance del interés de nuestro país.

Las proposiciones añadidas tratarán de suplantar según lo que investigan, a las proposiciones que se analizaron, como por ejemplo: en la investigación de la Destructividad y el cinismo se quitó la proposición No. 6 de la forma 45 y 40 para reemplazar esta proposición, no en el sentido pero si en la finalidad, se añadió la proposición No. 3 que dice: "La implantación de la pena de muerte daría grandes beneficios al país".

Así pues, quedaron en nuestro cuestionario 33 proposiciones las cuales son:

1.—La obediencia y el respeto a la autoridad son las virtudes más importantes que deben aprender los niños.
2.—Ninguna dificultad o debilidad nos puede detener si tenemos suficiente voluntad.
3.—Se debe evitar hacer a otros cosas en público que parezcan equivocadas, aunque uno sepa que están bien.
4.—El patriotismo y la lealtad son los requisitos más importantes de un buen ciudadano.
5.—La ciencia tiene su lugar, pero hay cosas muy importantes que jamás podrán ser conocidas por el hombre.
6.—Cualquier grupo o mivimiento social que contenga muchos

extranjeros debería ser visto como sospechoso y de ser posible debería ser vigilado por servicios secretos.

7.—Algún día un terremoto o un diluvio terminará con todas las guerras o problemas sociales.

8.—Hay ciertas actividades que la mujer no debería realizar para no perder la femeneidad como son el fumar, el estudiar carreras, etc.

9.—Estamos gastando mucho dinero en componer a los criminales y en la educación de gente incapacitada.

10.—La religión debe aceptarse sin objetar ninguno de sus mandatos.

11.—Cuando una persona tiene un problema o preocupación, es mejor para ella mantenerse ocupada en cosas agradables, que pensar en lo que le pasa.

12.—El libertinaje sexual en la vieja Roma no fué nada comparado con el que actualmente existe.

13.—La implantación de la pena de muerte daría grandes beneficios sociales al país.

14.—Los que no asisten con regularidad a los servicios religiosos, difícilmente llevan una vida constructiva.

15.—Una persona decente no se puede llevar bien con una persona mal educada.

16.—Actualmente la gente se está metiendo en asuntos que deberían permanecer privados.

17.—Lo que la juventud necesita más es una disciplina estricta, determinación y voluntad de trabajar y luchar por su familia y su país.

18.—No debería permitirse que entraran extranjeros al país.

19.—Algunas veces las oraciones a Dios tienen respuestas.

20.—Es correcto que cada persona piense que su familia es mejor que cualquier otra.

21.—Hay que evitar tener contacto con tanta gente para no contraer enfermedades.

22.—Un insulto a nuestro honor siempre debe ser castigado.

23.—Se puede decir que no hay nada más vil que una persona que no siente un gran amor, gratitud y respeto por sus padres.

24.—Las gentes pueden dividirse en dos clases: los fuertes y los débiles.

25.—Lo que este país necesita más que educación, programas y planes, son líderes en los cuales pueda la gente poner su fe.

26.—No es necesario seguir todas las costumbres que la Iglesia exige.

27.—Los delitos sexuales como la violación y corrupción de menores merecen castigos peores que la cárcel.

28.—Los libros y los cines no deberían ocuparse tanto de los aspectos tristes de la vida, sino de argumentos más entretenidos.

29.—Lo escencial para lograr un buen trabajo, es que nuestros maestros y jefes nos digan exactamente como debe hacerse.

30.—Cuando hay demasiada intimidad, se producen problemas.

31.—Si la gente trabajara más y platicara menos, le iría mejor a todo el mundo.

32.—Los hombres de negocios y manufactureros son mucho más importantes para la sociedad que los artistas y los profesores.

33.—Los "afeminados" no son mejores que los criminales y deberían ser castigados severamente.

Estas proposiciones investigan o tratan de investigar las características de la personalidad prejuiciosa, las cuales son:

Convencionalismo,
Sumisión Autoritaria,
Agresión Autoritaria,
Oposición para la introspección,
Superstición y Estereotipia,
Complejo de poder,
Destructividad y Cinismo,
Proyección,
Sexualidad.

2.—FORMA DE APLICACION DEL INSTRUMENTO INVESTIGADOR.— A todos los sujetos investigados se les proporcionó una prueba cuyo instructivo es el siguiente: Este estudio tiene como finalidad conocer la opinión pública sobre algunos problemas de índole social. No es una prueba de inteligencia, es decir no hay "buenas" o "malas" contestaciones. Seguramente muchas personas estarán de acuerdo con usted; otras quizás no. Es esto precisamente lo que nos interesa conocer, las distintas opiniones sobre los problemas sociales.

El valor de este estudio depende de su franqueza y sinceridad al contestar cada una de las cuestiones. Puede usted sentirse completamente libre al contestarlas, ya que este cuestionario no requie-

Por lo anteriormente expresado le rogamos lo siguiente: re su firma, ni su nombre, ni identificación alguna, es completamente anónimo.

Leer cada concepto con todo cuidado, marcándolo con lo que usted piense primero.

A.)—Si está usted totalmente de acuerdo, con lo que dice, encierre en un círculo las letras TA.

B).—Si está usted muy de acuerdo, pero no totalmente, MA.

C).—Si está de acuerdo, A.

D).—Si está usted totalmente en desacuerdo marque TD.

F).—Si está usted muy en desacuerdo, pero no totalmente, MD

G).—Si está usted en desacuerdo, marque D.

Se le ruega al sujeto sea lo más sinceramente posible, pues debe aclarársele que en esto estriba el valor de la prueba. Si desea añadir algo más a las respuestas puede hacerlo con entera libertad.

A las pruebas que se les proporcionaron a los sujetos, todas las preguntas tenían delante las letras o sílabas: TA MA A D MD, TD, para que el sujeto encerrara en un círculo su respuesta.

3.— METODO PARA CALIFICAR ESTAS PROPOSICIONES.— Esas 33 proposiciones se podrían responder en dos direcciones: en acuerdo y en desacuerdo, correspondiendo a una escala de 3 puntos a cada una de las dos posibilidades. Sobre la escala del 1 al 7, las calificaciones 1, 2 y 3 correspondían a las 3 posibilidades de estar en desacuerdo o sea:

Totalmente en desacuerdo	(TD)= 1
Muy en desacuerdo	(MD)= 2
En desacuerdo	(D)= 3

Para los tres grados de acuerdo tenemos:

Totalmente de acuerdo	(TA)= 7
Muy de acuerdo	(MA)= 6
De acuerdo	(A)= 5

Cuando no se contesta la proposición se califica con 4.

4.—VARIABLES A CONTROLAR.—La conjunción de estas variables formaría un síndrome único, una estructura medianamente duradera existente dentro de la persona y que torna a ésta sensible a la propaganda antidemocrática. Consecuentemente, podría decirse que la escala a que nos referimos se propone medir la personalidad potencialmente antidemocrática. Ello no significa que es-

ta escala tome todas las características de dicha pauta de personalidad, sino simplemente, que abarca una muestra considerable de los modos en que esta pauta se expresa característicamente. En efecto, al avanzar en nuestro estudio descubrimos numerosos rasgos adicionales a más de variaciones de la pauta general. Hemos de recalcar que aquí sólo puede hablarse de personalidad en la medida en que la coherencia de los ítems de la escala se explica mejor por la existencia de una estructura interna que como resultado de una simple asociación externa.

Pasemos a analizar más detalladamente las variables de la escala dando lugar preferentemente a su organización y a a la naturaleza de su vínculo con el etnocentrismo. Al presentar cada una de las variables las acompañaremos de los ítems de la escala destinados a expresarlas. Se observará que a veces un mismo ítem aparece asociado a más de una de las variables. Esto es consecuencia del procedimiento empleado en la construcción de la escala. En efecto, para abrazar adecuadamente un amplio campo era necesario formular ítems de la mayor riqueza de contenido, vale decir que tomarán el máximo posible de la teoría en que se basa la escala. De allí que a veces un sólo ítem sirviera para representar dos o más ideas diferentes. Se notará así mismo que las distintas variables no están representadas por igual cantidad de ítems. Esto responde a la razón de que preparamos la escala tomando principalmente en cuenta la pauta total constituída por las variables, entre las cuales unas cumplían un rol más imporante que las otras.

CONVENCIONALISMO, cuyas proposiciones corresponden a las preguntas: 1, 3, 4, 8, 14, 15, 26, 31 y 32.

Es hipótesis bien conocida la que afirma que la susceptibilidad al fascismo es un fenómeno especialmente característico de la clase media, que la misma reside "en la cultura" y, por ende, que quienes más se conformen a ésta serán los individuos más prejuiciosos. Con el propósito de reunir datos pertinentes a esta tesis, incluimos ítems referentes a la sustentación de los valores convencionales. Empero, buen número de las primeras observaciones de la investigación probaron que no era materia tan simple. La correlación entre valores convencionales y prejuiciosos parecía ser positiva aunque no muy alta, efectivamente; en tanto que las personas que no mostraban convencionalismo tendían a carecer de prejuicios, era evidente entre los individuos apegados a las convenciones los había con y sin prejuicios. Al parecer, la diferencia entre las personas proclives al convencionalismo se debería al origen menos o más profundo del mismo o, mejor, al tipo de estructura general de la personalidad dentro de la cual el convenciona-

lismo cumple un rol funcional. Si la adhesión a los valores convencionales es expresión de una conciencia individual plenamente establecida, no cabe esperar que estos valores vayan invariablemente unidos a un potencial antidemocrático. Los mismos standars que predisponen al individuo a ofenderse fácilmente por lo que considera un comportamiento moralmente incorrecto de los miembros de minorías no asimiladas o de "clases inferiores" harían —de estar bien internalizados— que esa misma persona se opusiera a la violencia y criminalidad que caracterizan al fascismo avanzado. Si, por otra parte, la adhesión a los valores convencionales ha sido determinada por presiones sociales externas del momento si se basa en la adhesión de los standars del poder colectivo con el que se está temperariamente identificado, no es difícil hallar estas características íntimamente ligadas a una receptividad antidemocrática. Reservamos el nombre de convencionalismo a aquél que responde a esta descripción y al cual distinguimos de la mera aceptación de valores convencionales. El individuo convencional es capaz de seguir con la conciencia tranquila los dictados del agente externo, donde quiera lo conduzcan y, además, de cambiar totalmente un conjunto de standars por otro diametralmente opuesto: tal sería el convertirse de un comunismo declarado al catolicismo.

Los ítems reunidos bajo el título de Convencionalismo brindan la oportunidad de reconocer si la adhesión de un individuo a valores convencionales es o no del tipo rígido y absolutista recién descrito. Por ejemplo, la respuesta 1 al ítem "Las principales virtudes que debemos enseñar a nuestros niños son la obediencia y el respeto por la autoridad", sería indicio de tal clase de aceptación. Sin embargo, sólo podemos determinar acertadamente el tipo de convencionalismo de un sujeto en base a sus contestaciones a los ítems de las categorías restantes. Asi, el convencionalismo extremo, acompañado de una fuerte inclinación a castigar a los transgresores de los valores convencionales no representa lo mismo que la presencia de valores convencionales unidos a una filosofía de "vivir y dejar vivir". Dicho de otra manera, tanto en esta variable como en las demás, sólo nos es dable reconocer el significado de un puntaje alto si lo relacionamos con el contexto general dentro del cual se produce.

SUMISION AUTORITARIA, cuyas proposiciones corresponden a las preguntas: 1, 4, 5, 20, 25 y 29.

La sumisión a la autoridad, el deseo de un líder fuerte, la subordinación del individuo al Estado y demás, se han presentado con tanta frecuencia y, a nuestro parecer, justeza como aspectos importantes del credo nazi, que en una búsqueda de los correlatos del prejuicio debía necesariamente tomar en cuenta las actitu-

des citadas. Por cierto, es tan común asociarlas con el antisemitismo que resultaba particularmente difícil formular ítems que dieran expresión a la tendencia subyacente sin mostrar vínculo lógico o directo con el prejuicio, y no creemos haberlo logrado por completo. Evitamos al máximo las referencias directas a dictaduras y figuras políticas, e hicimos especial incapié en el respeto, la obediencia, la rebeldía y las relaciones con la autoridad en general. Estimábamos que la sumisión autoritaria es una actitud muy general que haría surgir, por asociación, diversos personajes representativos de la autoridad: padres, personas mayores, líderes, poder sobrenatural, etc.

Se propuso formular los ítems de manera tal que el aprobarlos no fuera meramente índice de respeto equilibrado realista por una autoridad válida sino de una necesidad emocional total, exagerada, de someterse. Así, podía sospecharse la existencia de este sentimiento en quienes acordaran que la obediencia y el respeto por la autoridad son las virtudes más importantes que deberían aprender los niños, que tenemos que acatar las decisiones de un poder sobrenatural, etc. Consideramos que en este caso, lo mismo que en el del convencionalismo, la subordinación a los agentes externos se debía probablemente a la incapacidad de dar forma a una autoridad interna, esto es, la conciencia. Según otra hipótesis, la sumisión autoritaria sería por lo común, una manera de dar salida a los sentimientos ambivalentes hacia las figuras de autoridad: ocultos impulsos hostiles y rebeldes, reprimidos por el temor, llevan al sujeto a exagerar el respeto, la obediencia, la gratitud, etc.

Es obvio que la sumisión autoritaria de por sí contribuye grandemente al potencial antidemocrático, pues vuelve al individuo paricularmente susceptible de manejo por parte del poder externo más fuerte. Se ha sugerido que existía una conexión inmediata entre esta actitud y el etnocentrismo: se reprime por obligación la hostilidad hacia las autoridades del endogrupo, originariamente los progenitores, los aspectos "malos" de estas figuras —injusticia, egoísmo, despotimo— se ven entonces en los exogrupos, a los que se acusa de dictatoriales, plutócratas, ambiciosos de dominio, etc. Pero este desplazamiento de las imágenes negativas no es la única manera de dar salida a la hostilidad reprimida. Al parecer, ésta encuentra frecuentemente expresión en la agresión autoritaria.

AGRESION AUTORITARIA, cuyas proposiciones corresponden a las preguntas: 8, 9, 10, 13, 14, 15, 17, 23, 27, 31 y 33.

El individuo que, por haberse visto forzado a prescindir de sus placeres primordiales y a vivir sometido a un sistema de rígidas

restricciones se siente oprimido, puede ser proclive no sólo a buscar un objeto sobre el cual "descargarse" sino también a disgustarse particularmente ante la idea de que otra persona "salga con la suya". De tal modo, puede decirse que la variable que estudiamos representa el componente sádico del autoritarismo, así como la sumisividad autoritaria su componente masoquista. Es de esperarse, por lo tanto, que el individuo convencional, quién no puede permitirse una abierta crítica de la autoridad aceptada, sienta el deseo de condenar, rechazar y castiga a aquellos que violan los valores establecidos. Como la vida afectiva que esta persona considera propia y parte de sí misma es probablemente muy limitada, cabe presumir que los impulsos, especialmente los sexuales y agresivos que permanecen en el inconsciente y alienados del yo, son fuertes turbulentos. Puesto que en tal situación gran variedad de estímulos pueden tentar al individuo y despertar su angustia (temor al castigo), la lista de rasgos, pautas de comportamiento, personas y grupos que debe condenar se hace muy larga por cierto. Ya señalamos anteriormente que este mecanismo podría estar escondido detrás del rechazo etnocéntrico de grupos tales como los zootsuiters, extranjeros, otros pueblos. Creemos que dicha característica del etnocentrismo es sólo parte de una tendencia más general a castigar a quienes violan valores convencionales: homosexuales, criminales sexuales, gente de malos modales, etc. El convencerse de que hay personas merecedoras de castigos provee al individuo de un canal de salida para sus impulsos agresivos más profundos, y le permite seguir creyéndose una persona hondamente moral. Si las autoridades externas o la multitud le dan su aprobación esta forma de agresión puede alcanzar las manifestaciones más violentas y persistir cuando los valores convencionales en cuyo nombre se inició ya se han perdido de vista.

Podríamos decir que, en la agresión autoritaria, la hostilidad originalmente dirigida contra las autoridades del endogrupo que la motivaron se ha desplazado hacia los exogrupos. Este mecanismo es similar en apariencia pero fundamentalmente distinto del proceso que se ha dado en llamar del "chivo emisario". Veamos esto último: una frustración, habitualmente de las necesidades económicas, da origen a un sentimiento de agresión. Luego el individuo, al no poder dicernir cuáles son las verdaderas causas de sus dificultades debido a una confusión intelectual, busca descargar su furia avalanzándose contra todo objeto a su alcance que difícilmente pueda responder a la agresión. Si bien admitimos que este proceso cumple un papel en la hostilidad hacia los grupos minoritarios, hemos de recalcar que, de acuerdo a nuestra teoría del desplazamiento, el autoritario se ve obligado, por una necesidad interna, a volver su agresión hacia los exogrupos. Esta necesidad

nace de su incapacidad psicológica para atacar a las autoridades del endogrupo antes que de la confusión intelectual en cuanto al origen de su frustración. Si esta teoría es acertada la agresión autoritaria y la sumisión autoritaria deberían guardar alta correlación, Además, dicha tesis explicaría porqué la agresión se apoya tan a menudo en razones morales, por qué puede adquirir tanta violencia y perder todo nexo con el estímulo que la inició.

La predisposición a condenar a otras personas por motivos morales puede tener aún otro origen: el autoritario no sólo se siente obligado a condenar la falta de rigidez moral que ve en otros sino que, en realidad, tiene la necesidad de encontrar en ellos atributos inmorales, sean éstos objetivos o no. Se trata de otro medio de contrarrestar sus propias tendencias inhibidas; es como si se dijera a sí mismo: "yo no soy malo ni merezco castigo; él, si". En otras palabras, el individuo proyecta sus propios impulsos inaceptables en otras personas y grupos, por quienes entonces muestra aversión.

Tanto el convencionalismo como la sumisión y la agresión autoritaria están vinculados con los aspectos morales de la vida: los standars de conducta, las autoridades que los mantienen, los transgresores merecedores del castigo. Es de suponer que, en general, los sujetos que sacan puntajes altos en una de estas variables los obtendrán también en las otras, toda vez que las tres pueden interpretarse como expresiones de un tipo particular de estructura existente en la personalidad. La característica fundamental de esta estructura es la falta de integración entre los agentes morales que el sujeto acata y el resto de su personalidad. Podría decirse que la conciencia o super yo no está completamente integrada con el "sí mismo" o con el yo en el concepto aquí empleado, aquello que comprende las diversas funciones de autodominio y de autoexpresión del individuo. Es el yo lo que gobierna las relaciones entre el "sí mismo" y el mundo externo, y entre aquél y las capas más profundas de la personalidad. Es función del yo regular los impulsos de manera de permitir cierta gratificación sin provocar demasiado castigo por parte del superyo y, en general, tratar de que el individuo desarrolle sus actividades de acuerdo con las exigencias de la realidad. El yo se encarga de apaciguar a la conciencia, crear una síntesis mayor dentro de la cual actúen en relativa armonía la conciencia, los impulsos emocionales y el "sí mismo". Cuando no se logra dicha síntesis el superyo tiene, en cierto modo, el rol de un cuerpo extraño dentro de la personalidad, en cuyo caso presenta la rigidez, el automatismo y la inestabilidad arriba estudiados.

Tenemos motivos para creer que la incapacidad de internali-

zación del superyo se debe a una debilidad del yo, a su ineptitud para realizar la síntesis necesaria, esto es, para integrar el superyo consigo mismo. Sea válida o no tal suposición, la debilidad del yo parecería ser concomitante del convencionalismo y del autoritarismo. La debilidad del yo se manifiesta en la incapacidad para conformar un conjunto de valores morales coherentes y duraderos dentro de la personalidad; y es aparentemente este estado de cosas lo que crea en el individuo la necesidad de buscar un agente organizador y coordinador fuera de sí mismo. Cuando se depende de tales agentes exteriores para tomar las decisiones morales, puede decirse que la conciencia está externalizada.

Aunque, consecuentemente, el convencionalismo y el autoritarismo podrían considerarse como signos de debilidad del yo, creímos útil buscar otros medios más directos para la estimación de esta tendencia de la personalidad y correlacionar dicha tendencia con las demás. Nos pareció que la debilidad del yo se expresaría de modo bastante directo en fenómenos tales como la oposición a la introspección, en la superstición y la estereotipia, y en la exagerada valoración del yo y de su supuesta fortaleza.

OPOSICION PARA LA INTROSPECCION, a esta variable corresponden las siguientes proposiciones: 11, 16, 28, 31 y 32.

El término intracepción fue introducido por Murray, quién le dió el significado de "el predominio de sentimientos, fantasias, especulaciones, aspiraciones: una perspectiva humana, subjetiva, imaginativa". Lo opuesto de la intracepción es la extracepción, "término con que se designa la tendencia a regirse por estados físicos concretos, fácilmente observables (hechos objetivos, tangibles)". Las relaciones entre intracepción extracepción y la debilidad del yo, y entre aquéllas y el prejuicio son probablemente muy complejas, no siendo éste el lugar adecuado para analizarlas en detalle. Pero resulta bastante claro que la anti-intracepción, actitud de impaciencia ante el individuo subjetivo y tierno acompañada de oposición a éste, bien podría ser señal de debilidad del yo. El sujeto extremadamente anti-intraceptivo teme pensar en los fenómenos humanos porque, por así decirlo, podrían acudir a su mente pensamientos reprochables; rehuye los sentimientos genuinos por miedo de perder el dominio de sus emociones. El contacto con amplias zonas de su vida interior le hace temer la inspección de su ser íntimo, sea por sí mismo u otras personas, por lo que aquélla podría revelar. Consecuentemente, se resista a la "intromisión", no admite el interés por conocer lo que la gente piensa o siente, y rechaza el "hablar" innecesario. Prefiere, en cambio, mantenerse ocupado, dedicarse a tareas prácticas y, en lugar de examinar los conflictos internos, dirigir sus pensamientos hacia algo que le resul-

te agradable. Se recordará que era característico del nazismo difamar todo aquello que tendiera a crear en el individuo conciencia de sí mismo y de sus problemas. Los nazis no sólo eliminaron sin tardanza el psicoanálisis "judío" sino que también combatieron toda forma de psicología, salvo las pruebas de aptitud. Semejante actitud general conduce fácilmente a una desvalorización de lo humano y a una sobreestimación de lo material. En las manifestaciones más extremas de esta actitud, los seres humanos pasan a ser meros objetos materiales que se manejan friamente, mientras que los objetos materiales, ahora investidos de atracción emocional, reciben amorosos cuidados.

SUPERSTICION Y ESTEREOTIPIA, a esta variable corresponden las siguientes proposiciones: 5, 7, 10, 19 y 24.

Estimamos inecesario dedicarnos detenidamente a la superstición, a la creencia de que el destino del hombre es determinado por factores externos de naturaleza divina o fantástica y a la estereotipia, disposición a pensar en categorías rígidas, pues ya han sido mencionadas y su relación con el etnocentrismo es muy evidente. Es preciso estudiar cuál es el nexo existente entre dichas tendencias y la inteligencia general, y entre esta última y el etnocentrismo. Es probable que la superstición y la estereotipia sean concomitantes de una reducida inteligencia, pero ésta parece estar correlacionada con el etnocentrismo sólo en ligera medida. Parecería que la superstición y la estereotipia abrazan, aparte de la mera falta de inteligencia en el sentido corriente, cierta disposición del pensar estrechamente emparentadas con el prejuicio, aún cuando no entorpezcan la actuación inteligente de la esfera extraceptiva. Estas inclinaciones pueden explicarse, en parte al menos, como manifestaciones de una debilidad del yo. La estereotipia es una forma de falta de agudeza, particularmente en materia psicológica y social. Podría conjeturarse que uno de los motivos por los que el hombre moderno —aún aquél por lo demás "inteligente" o "bien informado"— recurre a explicaciones primitivas y demasiado simples de los sucesos humanos en su resistencia a dar cabida en los razonamientos a muchas de las ideas y observaciones imprescindibles para una comprensión adecuada; por su gran contenido afectivo y por ser elementos que podrían engendrar angustia, el yo débil no puede incluirlas en su esquema conceptual. Más aún, es probable que el yo proyecte sobre el mundo exterior aquellas fuerzas más profundas de la personalidad que no puede integrar en sí mismo. Esta conducta del yo da origen a extrañas ideas acerca del comportamiento ajeno y de las causas de los fenómenos naturales.

La superstición indica una tendencia a pasar la responsabilidad de dentro del individuo a fuerzas externas ingobernables; señala

que el yo podría ya haberse "dado por vencido", es decir haber renunciado a la idea de que sería capaz de determinar la suerte del individuo venciendo las fuerzas exteriores. Debe reconocerse que en la sociedad industrial moderna ha disminuido realmente la capacidad individual para dirigir el propio destino, de manera que los ítems que se refieren a las causas externas bien podrían representar la realidad y, por ende, carecer de significación en cuanto a la personalidad. Consecuentemente se juzgó necesario seleccionar ítems que expresaran la debilidad del yo sin matices de realidad, achacando la suerte del hombre a factores más o menos fantásticos.

COMPLEJO DE PODER, a esta variable corresponden las siguientes proposiciones: 2, 17, 22, 24 y 25.

Esta variable se refiere, en primer lugar, a la exageración de los atributos convencionalizados del yo. Creemos que, fundamentalmente, el despliegue excesivo de rudeza reflejaría no sólo la debilidad del yo sino también la magnitud de la tarea que éste debe realizar, vale decir la fuerza de ciertos tipos de necesidades proscritas por la cultura en que vive el sujeto. Luego, las relaciones entre yo e impulso son, por lo menos, tan estrechas como las que unen al yo con la conciencia. Sin embargo, podemos separarlas a los fines de un análisis. Otras variables de la escala conciernen a las capas más profundas de la vida emotiva del individuo.

Intimamente unidos al fenómeno de la fortaleza exagerada está lo que podría denominarse "complejo de poder". Su manifestación más notable es la importancia desmedida que se otorga al motivo de poder en las relaciones humanas; existe una predisposición a ver toda relación entre los hombres en términos de categorías tales como fuerte-débil, dominante-subordinado, líder-seguidor, "martillo-yunque". Y resulta difícil decir con cuál de estos roles el individuo se siente más plenamente identificado. Aparentemente, desea gozar de su poder, tenerlo y conservarlo, pero al mismo tiempo teme apoderarse de él y manejarlo. Es proclive, también admirar el poder de otros a someterse a él, más simultáneamente, le asusta la debilidad que ello implica. El individuo que presumiblemente obtendría un puntaje elevado en esta serie de ítems suele identificarse con la "gente común" o "el hombre medio", pero lo hace, creemos con poca o ninguna humildad y, en realidad, parece considerarse una persona fuerte o pensar que puede llegar a serlo de alguna manera. En suma, el complejo de poder contiene elementos esencialmente contradictorios, y es de suponer que en el nivel superficial predomine unas veces este rasgo, otras veces, aquél. También era de esperar que tanto líderes como seguidores obtuvieran puntajes altos en esta variable, dado que el rol que real-

mente cumple el individuo parece menos importante que su preocupación porque prevalezcan las relaciones líder-seguidor. Una solución que tales sujetos suelen adoptar consiste en adherirse a figuras de poder, con lo cual logran gratificar tanto sus necesidades de poder como de sometimiento. Tienen la esperanza de que esta sujeción al poder les permita participar de él. Así, un individuo que afirma que la experiencia más impresionante de su vida sería "estrechar la mano del Presidente" probablemente encuentre gratificación no sólo en la sumisión sino también al pensar que algo del poder del gran hombre ha pasado a él en el contacto, por así decirlo. De tal manera se convierte en una persona más importante por haberle 'estrechado la mano' o 'conocido', o haber 'estado allí'. Puede obtenerse la misma pauta de gratificación actuando de "lugarteniente" o en una posición intermedia dentro de alguna jerarquía netamente estructurada en la que siempre haya superiores e inferiores.

El complejo de poder tiene relaciones inmediatas con ciertos aspectos del etnocentrismo. Un individuo que en general ve las relaciones humanas a la luz de conceptos tales como fuerte contra débil aplicará probablemente las mismas categorías al pensar acerca de endogrupos y exogrupos, verbigracia, creerá en la existencia de "razas superiores" y razas inferiores". Y uno de los artificios tendientes a lograr un sentimiento de superioridad que menos esfuerzo psicológico requiere, consiste en atribuirse tal superioridad por pertenecer a una "raza" dada.

DESTRUCTIVIDAD Y CINISMO, las proposiciones correspondientes a esta variable son: 13 y 30.

Según nuestra teoría, el individuo antidemocrático guarda en su interior fuertes impulsos agresivos resultantes de las numerosas imposicionese externas que limitan la satisfacción de sus necesidades. Como hemos visto, el desplazamiento hacia exogrupos que conduce a la indignación moral y a la agresión autoritaria constituye una descarga de dichos impulsos. Indudablemente, se trata de un artificio muy útil; sin embargo, la intensa agresividad oculta parece manifestarse simultáneamente de algún modo no moralizado. Desde luego, dimos por sentado que los adultos rara vez expresan de manera totalmente directa sus impulsos agresivos primitivos, y que, en cambio, éstos deben ser modificados en medida adecuada o, al menos, justificados para que el yo pueda aceptarlos.

Por lo tanto, la variable de que hablamos se refiere a la agresión racionalizada, aceptada por el yo, no moralizada. Partimos de la suposición de que un sujeto podrá dar expresión a esta tendencia aprobando proposiciones que, aunque profundamente agresivas, estuvieran redactadas en términos tales que se evitara toda

censura moral. Así algunos ítems ofrecían un justificativo de la agresión y estaban formulados de manera que el acuerdo marcado indicara que el sujeto apenas necesitaba una ligera justificación para disponerse a cualquier agresión. Otros ítems trataban del desprecio por la humanidad y partían de la teoría de que en este caso la hostilidad es tan generalizada, carece hasta tal punto de objetivo definido, que el individuo no se siente responsable de ella. Nos guiamos aún por otro concepto, el de una persona que puede expresar su agresión con la mayor libertad cuando piensa que los demás también lo hacen. Por consiguiente, si desea ser agresivo, está dispuesto a creer que todos actúan como él; que, por ejemplo, es propio de la naturaleza humana" explotar y combatir a sus semejantes. Se sobreentiende que tal agresividad indiferenciada podrá, por medio de la propaganda, ser fácilmente dirigida contra minorías o bien contra algún grupo cuya persecución resultara beneficiosa desde el punto de vista político.

PROYECCION, las proposiciones correspondientes a esta variable son: 6, 7, 12, 16, 18 y 21.

Al hablar de la agresión autoritaria nos referimos al mecanismo de proyección: el individuo autoritario tiende a proyectar sus impulsos reprimidos sobre otras personas, en quienes hace recaer, de esta manera, sus propias culpas. Por consiguiente, la proyección es un medio para mantener los impulsos del ello alienados del yo, y puede interpretarse como signo de la incapacidad del yo para cumplir con sus funciones. En cierto sentido, la mayoría de los ítems de esta escala son proyectivos, pues entrañan el supuesto de que la tergiversación de los hechos en juicios e interpretaciones responde a una necesidad psicológica. Con este grupo de ítems intentamos valernos de la inclinación del sujeto a la proyección para lograr acceso a algunas de las tendencias más profundas de su personalidad. Si el individuo antidemocrático está dispuesto a ver en el mundo exterior impulsos que ha reprimido en sí mismo, se desprende que podemos llegar a conocer algo de ellos con observar cuáles son los atributos que más prestamente atribuye al mundo que lo rodea, aún faltando a la realidad. Si una persona sostiene que alguien abriga propósitos hostiles hacia ella, sin que existan pruebas de la verdad de tal afirmación, hay buenas razones para sospechar que es ella misma quien tiene intenciones agresivas y busca justificarlas mediante la proyección. Ejemplo notable es la declaración del Padre Coughlin en el sentido de que el antisemitismo constituye un "mecanismo de defensa", vale decir una protección de los gentiles contra los supuestos designios agresivos de lo judíos. De igual modo, parecía que cuanto más preocuparan al sujeto las "fuerzas del mal" que actúan en el mundo —como lo demostraría su predisposición a pensar y creer en la existencia de

fenómenos tales como excesos eróticos desenfrenados, complots y conspiraciones, y la amenaza de catástrofes naturales— tanto mayor debían de ser sus propias necesidades inconscientes de sexualidad y destrucción.

SEXUALIDAD, Las proposiciones correspondientes a esta variable son: 12, 27 y 33.

En esta escala, la preocupación por la sexualidad franca está representada por tres ítems de los cuales dos figuran en la sección autoritaria y un tercero, como expresión de proyectividad. Esto es un ejemplo de la íntima interacción de todas las variables que estudiamos puesto que en su conjunto constituyen una totalidad, es natural que una misma proposición esté ligada a dos o más aspectos de todo. Lo mismo que cualquiera de las restantes pueden separarse la variable sexo de la totalidad, a los fines de su análisis. Corresponde al estudio clínico establecer cuáles de estas variables son más fundamentales. En todo caso, nos pareció que la contracatexia (represión, formación reactiva, proyección) de los deseos sexuales merecía estudio especial.

Concebimos esta variable como una sexualidad alienada del yo. una fuerte inclinación a castigar a los transgresores de las costumbres sexuales (homosexuales criminales) puede ser expresión de una actitud punitiva general basada en la identificación con las autoridades del endogrupo, pero también sugiere que el individuo reprime sus propios deseos sexuales y corre el peligro de perder el dominio de ellos. La disposición a creer en la existencia de "orgías sexuales" puede ser índice de una tendencia general a desfigurar la realidad por proyección pero el contenido sexual difícilmente podría proyectarse si en el sujeto no actuaran inconsciente e intensamente impulsos de índole semejante. Los tres ítems relativos al castigo de los homosexuales y de los criminales sexuales y a la existencia de orgías pueden por lo tanto, darnos una idea de la fuerza de los impulsos sexuales inconscientes del sujeto.

5.—CARACTERISTICAS DE LOS SUJETOS QUE CONSTITUYEN LA MUESTRA.— Antes de hablar sobre las características de los sujetos investigados, creemos que es importante hacer un esbozo o descripción histórica del lugar donde se aplicó la prueba: Morelia, Michoacán. Morelia, como México, Puebla, Guanajuato y Querétaro, es múltiple en lugares y monumentos históricos. Ante la majestad de sus calles tranquilas y sus casonas color de rosa, el viajero, paciente y observador, puede evocar todo un pasado rebosante de tradición. Su vida constituye en el devenir de los pueblos hispánicos un símbolo indiscutible de grandeza, porque Morelia, de heróico y puro linaje, ostenta gloria y fama por abolengo.

Su historia arranca desde 1535, al arribar al nuevo mundo el Primer Virrey y Conde de Tendilla Don Antonio de Mendoza, quién la fundó seis años después, el miércoles 18 de mayo de 1541. En aquel tiempo los Tarascos llamaban Valle de Guayangareo, donde se fundó la cuidad de Valladolid (hoy Morelia). Fué éste el origen de la bella Capital Michoacana, que llevó el nombre de Valladolid, acaso en memoria de la población española de ese nombre, fué hasta 1828 en que se le puso el nombre actual, como homenaje al héroe insurgente Don José María Morelos y Pavón. El 6 de enero de 1545 el Emperador Carlos V la erigió en ciudad, y el 16 de septiembre de 1553 le otorgó su escudo de armas, formado por tres reyes coronados, que son el propio Carlos V, su hermano Maximiliano y su hijo Felipe II.

Ciudad regia y de nobles blasones, Morelia ha sido en la época colonial, en la vida independiente y en la Revolución, digna heredera de su alcurnia.

Morelia es la capital del estado de Michoacán de Ocampo y actualmente cuenta con más o menos 150,000 habitantes y dista de la ciudad de México 372 kilómetros sobre la ruta de los Ferrocarriles Nacionales (vía Toluca) y está conectada al resto del país por varias carreteras y líneas férreas.

Queremos mencionar también un punto muy importante para nuestro estudio. Desde la época de la colonia, Morelia, se ha considerado religiosa y católica, sin embargo, ya desde entonces hasta nuestros días se ha venido sintiendo un fenómeno que actualmente y en cierto modo indirecto puede considerarse como latente y es el antagonismo entre política e Iglesia. Es cierto que Morelia fué y quizá sigue siendo el escenario de controversias político-religiosas, sin embargo, a la Iglesia de ninguna manera se le puede considerar como en la época de la Colonia, de la Independencia o de la Reforma; quizá por este antagonismo que existe en Morelia sea uno de los muchos factores para los grandes prejuicios de la vida religiosa y social de la ciudad.

De todas maneras, por cualquier rumbo que se llegue a Morelia, se destaca, desde lejos, la ciudad tranquila y acogedora en medio del valle, con su relicario de monumentos cuajados de leyenda y de ensueño; que para los políticos es Morelia Michoacán de Ocampo y para los católicos Morelia del Sagrado Corazón.

Tal es, brevemente descrito, el escenario en que se desarrolló nuestra prueba que mide el prejuicio.

Después de haber expuesto algunos datos concretos sobre la ciudad de Morelia, diremos que se tomaron 250 sujetos divididos

en cinco grupos, de 50 sujetos cada uno y de diferentes clases sociales, quedando clasificados de la siguiente forma:

GRUPO 1 Seminaristas del Seminario Tridentino de Morelia.
GRUPO 2 Estudiantes de Leyes de la Universidad Michoacana.
GRUPO 3 Padres de familia de diferentes clases sociales.
GRUPO 4 Educadoras, alumnas de la Escuela Normal de Morelia.
GRUPO 5 Colegios Particulares de Morelia.

A continuación vamos a describir las características de cada grupo.

GRUPO 1.—En el Seminario Tridentino de Morelia, se seleccionaron 25 filósofos y 25 teólogos, entre una edad de 18 y 25 años.

En este internado se encuentran los alumnos que ya han tenido cinco años de preparación humanística, después de la primaria y que desean formarse en las disciplinas propiamente eclesiásticas para llegar a ser sacerdotes diocesanos no de congregaciones religiosas y laborar en el trabajo pastoral bajo la autoridad del obispo.

A este internado concurren alumnos pertenecientes a la clase media en su mayoría y a la clase pobre buen número de ellos; pocos vienen de la clase rica o acomodada porque quizá rehuyen el sacrificio que implica una disciplina bastante austera.

La estructura del internado es más bien jerárquica y propicia la eficacia en la conservación del órden, pero hay reuniones de superiores con los alumnos donde se expresan las opiniones para el mejor funcionamiento del internado.

El orden disciplinario y los profesores, en su mayoría especializados, favorece el aprovechamiento intelectual. Se acustumbran los alumnos a adquirir responsabilidades con los diferentes cargos menores que desempeñan y en la organización de actividades intelectuales de grupo y festejos.

El contacto familiar no es muy frecuente, pero cuentan con un periodo largo de vacaciones con sus familias durante el año, de un mes, y dos períodos cortos de una semana durante el curso. Los familiares pueden visitar a los alumnos cada semana incluso salir con ellos a la ciudad.

Con el fin de evitar el aislamiento y ensayar el apostolado, todos los alumnos desempeñan los jueves y los domingos trabajos de catequesis, los teólogos ordinariamente en la ciudad y los filósofos en poblados cercanos. Además, salidas a campos de juegos, conciertos y conferencias.

Parece que los alumnos tienen una vigilancia notable que hace disminuir una sólida autoformación y adquirir hábitos mecánicos en la observancia del disciplinar.

En su formación espiritual cuentan con la ayuda de un sacerdote especialmente dedicado para prestarles un servicio de orientación. Parece que algunos actos de culto son bastante formalizados, en mengua de la espontaneidad.

Las relaciones personales entre sí son abiertas y viriles, con respeto mútuo, que hace que la afectividad esté bien orientada. Se nota además servicialidad en los alumnos y un marcado deseo de tener mayor contacto con el mundo externo a través de los medios más importantes de comunicación social.

GRUPO II.—Estudiantes de la Facultad de Derecho; seleccionándose 50 alumnos del segundo año entre una edad de 18 y 22 años. Algunos se consideran sin religión, otros son católicos y algunos más protestantes; en cuanto a clases sociales puede decirse que predomina la clase media, siendo posiblemente los más conflictivos emocionalmente por el medio en que viven y en cuanto a una inconformidad de superar su nivel social, con la finalidad de obtener una mayor remuneración económica. Respecto al grado cultural se puede observar que éste se aprovecha para fines de bienestar material; por lo tanto lo anterior posiblemente permite decir que los esudiantes de Derecho como endogrupo carecen de una ideología, es decir, que pueden conocer superficialmente una filosofía determinada pero no toma actitudes personales para resolver tal o cual problema complejo con respecto a la sociedad con la que conviven. En cuanto al aspecto religioso existe la contradicción de que viniendo ellos de un promedio de hogares cristianos no practican la religión que pudiera ser utilizada como instrumento de superación personal a causa de una ausencia de inquietud metafísica. Por último, se puede decir que en general al estudiante le da pena o le averguenza comunicar sus creencias religiosas.

GRUPO III.—Padres de familia, se seleccionaron 25 parejas de diferentes clases sociales, desde el profesionista hasta el mozo, la mayoría con religión católica y una edad entre los 18 y 60 años; todos forman parte de una o de otra manera de la sociedad de Morelia en al cual conviven. Por tratarse de padres de familia, es natural que todos ellos se preocupen por tener un hogar lo mejor equilibrado posible en cuanto a un modo de vivir, formar un buen hogar, proporcionar educación a los hijos, estabilizar su situación económica y tratar de superarse mediante las obligaciones morales y religiosas que influyen en ellos. En algunas familias todavía

existe el tradicionalismo y rigorismo de épocas pasadas, sin embargo, es latente la evolución entre una y otra época, quizá por esto exista un choque de conflictos entre cómo educaron a los padres de familia y cómo tratan de educar éstos a sus hijos. Por otra parte dadas las características de la ciudad de Morelia, es obvio que se tenga ciertas restricciones y ciertos temores de ser criticados y vivir bajo el aliciente de formar una familia de buena reputación ya que la sociedad así lo requiere para que llegue a formar parte de endogrupos que están constituídos por la misma religión, los mismos ideales, generalmente la misma posición social. Parece ser que viven de acuerdo con las mismas exigencias que se imponen los endogrupos.

Como en todos lados existen divisiones de posiciones sociales: "alta, media e inferior" y cada una de estas clases sociales tienen sus problemas diferentes; en los padres de familia de clase social alta el afán de tener una buena reputación dentro de la sociedad, los padres de clase social media el conflicto entre no sentirse dentro de la clase social alta, pero tampoco dentro de la clase social baja y los padres de la clase social inferior parece ser que su principal problema es la pasividad y la receptividad de vivir frente a los diferentes problemas que se les presentan.

GRUPO IV.—Educadoras, se seleccionaron 50 alumnas del último año de esa carrera entre una edad de 18 y 22 años. Este grupo es de los más heterogéneos que los demás, en el sentido de que se mezclan todas las clases sociales de Morelia. La mayoría son de religión católica y otras protestantes. Según comprobación de los maestros, en este grupo existe un choque de conflicos emocionales en cuanto a niveles educacionales familiares y escolares ya que algunas llegan de colegios particulares, otras de la Universidad Michoacana y otras de escuelas oficiales. Como ya vimos en el grupo anterior, en este grupo existe una proyección de todas las características de los padres de familia, nada más que en este grupo se juntan en un momento dado para que exista un choque de actitudes, maneras de pensar y se sientan en un ambiente más o menos de prejuicios sociales. En cuanto a su nivel cultural no existe una restricción, es decir, no existen pautas determinadas a seguir tal o cual filosofía de la vida, sino más bien, de acuerdo con el grado de madurez emocional que vaya adquiriendo la alumna se va formando un criterio de acuerdo con sus ideales y su manera de ser.

GRUPO V.—Colegios Particulares, están constituídos por Colegios dirigidos por religiosas y religiosos: Colegio "Motolinía", Colegio "Anáhuac", Instituto Pacelli, Instituto Plancarte e Instituto Valladolid. Se seleccionaron 10 sujetos de cada una de estos colegios; con una edad entre los 18 y 22 años, todos de religión católica.

A estos colegios concurren en su mayoría alumnos pertenecientes a familias económicamente acomodadas; ya porque los padres sean de convicciones religiosas, ya porque tengan tendencias al orden y decencia, y así evitar el roce con el pueblo con el consiguiente desdoro en la escuela oficial, o popular. El principal interés estriba en que los hijos aprovechen las enseñanzas, ya que es lógico que en estos colegios haya personal competente, consciente y dedicado. Por este motivo y por la educación moral de sus hijos, familias de la clase media se sacrifican por lograr que los hijos asistan a estas escuelas, y aún familias de la clase humilde hacen sacrificios heróicos, solicitando becas o considerables rebajas en las cuotas.

El aprovechamiento que en las escuelas particulares se logra; es igual o superior al que se obtiene en las escuelas oficiales. A esto contribuyen varios factores: la general normalidad de los alumnos suficientemente nutridos y sin taras desfavorables; el empeño de los padres en vigilar el adelanto de sus hijos; la más consciente responsabilidad de los maestros a quienes la sociedad con mayor derecho pedirá cuenta de su eficiencia y moralidad. Desgraciadamente también hay alumnos desaprovechados por varias circunstancias, siendo una de ellas el descuido de sus familiares, el disimulo de sus faltas y sobre todo el desordenado mimo y credulidad de las quejas.

La disciplina escolar es sin duda más fielmente observada en las escuelas particulares: ya que se exige la asistencia, la puntualidad, la constante ocupación útil, principalmente porque de ordinario los maestros por vocación, por disposiciones pedagógicas y dotes psicológicas, tienen notable influencia sobre los educandos. Maestros que han perdido el control disciplinario, automáticamente quedan eliminados.

Para lograr el éxito consecuente de todo lo anterior, como un 60% de los padres de familia cooperan eficazmente en la educación proporcionando a sus hijos todos los elementos materiales y espirituales que favorezcan la educación: petición de informes sobre sus hijos, premios y castigos justos y oportunos; impulso racional en el cumplimiento de las tareas, trabajos, lecciones y comisiones que el maestro asigne. Desgraciadamente otro porcentaje de padres dejan todo en manos del maestro; y aún algunos hasta ignorar el año que está cursando su hijo; y si el hijo logra de sus padres el cumplimiento de todos sus caprichos, si oye las murmuraciones contra los maestros y los juicios desfavorable que minan la autoridad del maestro, todo se ha perdido. Y si a esto se agrega la ausencia en el hogar de la REINA de él por andar en los centros pseudosociales fue el acabóse. Los hijos abandonados y sin cariño mutuo en el hogar, irán en busca de lo que allí les hace falta; pero encontrarán

un cariño falaz en la disipación la malicia, la ociosidad y la satisfacción de sus caprichos y tendencias depravadas: "rebeldes sin causa".

Las actividades sociales de los educandos quedan reducidas a su mínima expresión. En primaria, algunos se inscriben en la Acción Católica; en Secundaria relativamente pocos también se dedican a la instrucción de la niñez de la clase desvalida; en Bachillerato unos cuantos se dedican a la difusión de la cultura y de la moralidad por medio de la prensa y de la radio. Pero a medida que avanzan en edad y en grado de instrucción sus actividades sociales loables disminuyen. Su ocupación fuera de clases, con algunas honrosas excepciones, son la vagancia, la inacción, el cortejar al bello sexo, la televisión. Desconsoladora es la condición de esta clase social en nuestro medio, cuyas tendencias versan sobre un "marcado egoismo".

CAPITULO VI

RESULTADOS OBTENIDOS

1.—COMPARACION DE LOS RESULTADOS POR AREAS Y TABLAS DE LOS GRUPOS.

Después de haber elaborado estadísticamente los 250 casos por grupos, se sacó la calificación T que es la que nos dió el resultado final estableciendo así 9 tablas que nos proporcionan la comparación entre los grupos explorados por medio de una cifra objetivamente significativa. Además es preciso señalar y tener en cuenta QUE CUANDO LA CALIFICACION T ES IGUAL O SUPERIOR A 1,645 SE ENCUENTRA LA DIFERENCIA SIGNIFICATIVA. Basándonos en esta cifra determinada en estudios anteriores por los autores de la prueba; tenemos que las tablas quedaron en la siguiente forma:

CONVENCIONALISMO

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	4.153
1 - 3	1.437
1 - 4	1.533
1 - 5	.235
2 - 3	4.466
2 - 4	1.071
2 - 5	3.411
3 - 4	4.133
3 - 5	1.117
4 - 5	2.687

SUMISION AUTORITARIA.

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	4.333
1 - 3	.266
1 - 4	2.764
1 - 5	.562
2 - 3	4.111
2 - 4	1.631
2 - 5	3.833
3 - 4	2.687
3 - 5	.312
4 - 5	2.111

AGRESION AUTORITARIA.

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	6.764
1 - 3	1.235
1 - 4	3.312
1 - 5	.058
2 - 3	7.705
2 - 4	3.875
2 - 5	7.125
3 - 4	4.352
3 - 5	1.294
4 - 5	3.250

OPOSICION PARA LA INTROSPECCION.

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	1.809
1 - 3	3.952
1 - 4	1.095
1 - 5	1.380
2 - 3	5.761
2 - 4	1.952
2 - 5	3.350
3 - 4	2.857
3 - 5	2.700
4 - 5	.300

SUPERSTICION Y ESTEREOTIPIA.

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	4.583
1 - 3	3.952
1 - 4	.869
1 - 5	3.000
2 - 3	8.772
2 - 4	5.652
2 - 5	8.238
3 - 4	3.000
3 - 5	1.111
4 - 5	2.150

COMPLEJO DE PODER

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	.166
1 - 3	3.187
1 - 4	.777
1 - 5	2.882
2 - 3	3.176
2 - 4	1.000
2 - 5	3.058
3 - 4	2.176
3 - 5	.125
4 - 5	2.058

DESTRUCTIVIDAD Y CINISMO.

GRUPOS	CALIFICACION T.
1 - 2	2.791
1 - 3	2.448
1 - 4	3.387
1 - 5	1.846
2 - 3	4.740
2 - 4	5.586
2 - 5	4.375
3 - 4	1.000
3 - 5	.793
4 - 5	1.838

PROYECCION

GRUPOS	CALIFICACION T.
1-2	1.111
1-3	3.550
1-4	1.200
1-5	2.315
2-3	2.684
2-4	.200
2-5	1.263
3-4	2.238
3-5	1.350
4-5	1.000

SEXUALIDAD

GRUPOS	CALIFICACION T.
1-2	2.642
1-3	.592
1-4	2.111
1-5	.346
2-3	2.148
2-4	.629
2-5	.777
3-4	1.576
3-5	.280
4-5	1.920

2.—ANALISIS Y DISCUSION DE LOS RESULTADOS.

Para hacer esta discusión y análisis de los resultados nos basaremos en primer término en las tablas que nos proporcionan la diferencia significativa que existe al comparar un grupo con otro, en segundo término, es importante que recordemos las características de los grupos explorados ya que nos daría en cierto modo la explicación del porqué un prejuicio determinado de cualquier variable se manifiesta más en un grupo que en otro; y por último, es primordial dar una pequeña definición de cada variable para tener oportunidad de relacionar la definición del área con las características de los grupos y comprobar en cierto modo en qué grupo se manifiesta más el prejuicio.

CONVENCIONALISMO:— Adhesión rígida a valores convencio-

nales de la clase media. El individuo convencional es capaz de seguir con la conciencia tranquila los dictados de un agente externo, donde quiera lo conduzcan y, además, de cambiar totalmente un conjunto de standars por otro diametralmente opuesto: tal sería el convertirse de un comunismo declarado al catolicismo.

Se puede observar claramente que existe diferencia significativa entre el grupo de leyes y educadoras en relación con los de seminaristas, padres de familia y colegios particulares que por las características de unos y otros nos parece que el prejuicio respecto al convencionalismo se manifiesta más en los grupos de leyes y educadoras.

SUMISION AUTORITARIA:— Actitud de sumisión y aceptación incondicional respecto a las autoridades morales idealizadas de un endogrupo. A manera de hipótesis, la sumisión autoritaria sería, por lo común, una manera de dar salida a los sentimientos ambivalentes hacia las figuras de autoridad: ocultos impulsos hostiles y rebeldes, reprimidos por el temor, llevan al sujeto a exagerar el respeto, la obediencia, la gratitud, etc.

En esta área es al contrario de la anterior, aquí existe diferencia significativa en los grupos de seminaristas, padres de familia y colegios particulares en relación con los grupos de leyes y educadoras.

Entonces, parece ser que el prejuicio respecto a la sumisión autoritaria, se manifiesta más en los grupos de seminaristas, padres de familia y colegios particulares.

AGRESION AUTORITARIA:— Tendencia a buscar, rechazar y castigar a individuos que violan valores convencionales. Podríamos decir que, en la agresión autoritaria, la hostilidad originariamente dirigida contra las autoridades del endrogrupo que la motivaron se desplaza hacia los exogrupos. El autoritario no sólo se siente obligado a condenar la falta de rigidez moral que ve en otros, sino que, en realidad, tiene la necesidad de encontrar en ellos atributos inmorales, sean éstos objetivos o no.

En esta área existe una alta diferencia significativa entre el grupo de leyes en relación con los demás grupos, así mismo, aunque en menor escala entre el grupo de educadoras y los demás grupos. Es claro, pues, que la agresión autoritaria en forma de prejuicio se manifiesta más en los grupos de educadoras y el de leyes particularmente.

OPOSICION PARA LA INTROSPECCION:— Oposición a lo subjetivo, imaginativo y sentimental. El sujeto extremadamente antiintraceptivo teme pensar en los fenómenos humanos porque, por así

decirlo, podrían acudir a su mente pensamientos reprochables, rehuye los sentimientos genuinos por miedo de perder el dominio de sus emociones.

En esta área existe diferencia significativa entre el grupo de padres de familia en relación con los demás grupos y el grupo de leyes en relación con los grupos de padres de familia, educadoras y colegios particulares; por consiguiente el prejuicio se manifiesta más en primer lugar en el grupo de padres de familia y en segundo término en el grupo de leyes.

SUPERSTICION Y ESTEREOTIPIA:— Creencia en la determinación sobrenatural del destino humano; inclinación a pensar en categorías rígidas. La superstición indica una tendencia a pasar la responsabilidad de dentro del individuo a fuerzas externas ingobernables; señala que el yo podría ya haberse "dado por vencido", es decir haber renunciado a la idea de que sería capaz de determinar la suerte del individuo venciendo las fuerzas exteriores.

En esta variable existe una alta diferencia significativa entre el grupo de leyes y los demás grupos, así mismo el grupo de educadoras en relación con los grupos de padres de familia y colegios particulares; por consiguiente el prejuicio respecto a superstición y estereotipía se manifiesta más especialmente en el grupo de leyes y en menor escala en el grupo de educadoras.

COMPLEJO DE PODER:— Preocupación por la dimensión dominio-sumisión, fortaleza-debilidad, dirigente-dirigido; identificación con las figuras que representan el poder; exageración de los atributos convencionalizados del yo; valoración excesiva de la fuerza y dureza. Su manifestación más notable es la importancia desmedida que se otorga al motivo de poder en las relaciones humanas; existe una predisposición a ver toda relación entre los hombres en términos de categorías tales como fuerte-débil, dominante-subordinado, líder-seguidor, "martillo-yunque". Y resulta difícil decir con cual de estos roles el individuo se siente más plenamente identificado.

En esta área existe diferencia significativa entre los grupos de padres de familia y colegios particulares en relación con los demás grupos, es decir, que el complejo de poder en forma de prejuicio se manifiesta más en los padres de familia y en los colegios particulares.

DESTRUCTIVIDAD Y CINISMO:— Hostilidad, vilipendio general de la humanidad. Esta variable se refiere a la agresión racionalizada, aceptada por el yo, no moralizada. Partimos de la suposición de que un sujeto podría dar expresión a esta tendencia aprobando proposiciones que, aunque profundamente agresivas, estuvieran redactadas en términos tales que se evitara toda censura moral.

En esta variable todos los grupos tienen diferencia significativa manifestando prejuicios, sin embargo, cabe señalar que existe una excepción entre el grupo de padres de familia en relación con el de educadoras y colegios particulares.

PROYECCION:— Disposición a creer que en el mundo suceden cosas desenfrenadas y peligrosas; proyección hacia el exterior e impulsos emocionales inconscientes. La proyección es un medio de mantener los impulsos del ello alineados del yo, y puede interpretarse como signo de la incapacidad del yo para cumplir con sus funciones.

En esta variable en donde el prejuicio tiene un papel funcional se observa más en los grupos de seminaristas y padres de familia en relación con los demás grupos, es decir que existe una diferencia significativa a dichos grupos.

SEXUALIDAD:— Preocupación exagerada por los "hechos sexuales". Concebimos esta variable como una sexualidad alienada del yo. Una fuerte inclinación a castigar a los transgresores de las costumbres sexuales (homosexuales, criminales) puede ser expresión de una actitud punitiva general basada en la identificación con las autoridades del endogrupo, pero también sugiere que el individuo reprime sus propios deseos sexuales y corre el peligro de perder el dominio de ellos. La disposición de creer en la existencia de "orgias sexuales" puede ser índice de una tendencia general a desfigurar la realidad por proyección, pero el contenido sexual difícilmente podría proyectarse si en el sujeto no actuarán inconsciente e intensamente impulsos de índole semejante.

En esta variable existe diferencia significativa entre los grupos seminaristas, padres de familia y colegios particulares en relación con los grupos de leyes y educadoras. Puede decirse que el prejuicio sexual es menos latente entre los grupos de leyes y educadoras que en los demás.

En resumen se puede observar de acuerdo con la investigación que se hizo, que el prejuicio en estos grupos sociales de la ciudad de Morelia Michoacán, tiene un papel funcional; sin embargo, creemos que los prejuicios son distintos en cada uno de los grupos de acuerdo a su medio ambiente, conflictos internos, creencias, conflictos sociales e ideológicos como endogrupos, de todas formas nos parece que existe cierta similitud entre los grupos de seminaristas, padres de familia y colegios particulares por una parte y por la otra el grupo de leyes con el de educadoras.

SUMARIO CONCLUSION.

Nuestro retrato de la personalidad prejuiciosa (llamada por algunos autores "La personalidad autoritaria") se basa de manera especial en los resultados de investigaciones recientes. Si bien los lineamientos generales de esa pauta son claros, aún no se ha terminado de ponderar y relacionar entre sí aquellos resultados. En contraste con el tipo autoritario, los investigadores informan que existe una pauta opuesta de cualidades interrelacionadas, que integra lo que en ocasiones ha recibido el nombre de "personalidad democrática", y también de 'personalidad madura', 'productiva' o "autorrealizadora".

La mayoría de las investigaciones que sirven de base a esta comparación se basan en el estudio de grupos extremos o contrastes de sujetos: los que tienen puntajes muy altos o muy bajos en lo referente al prejuicio. Los sujetos medianos o "promedios" suelen ser descartados. Este procedimiento es defendible, pero tiene la desventaja de recalcar excesivamente los tipos. Tendemos a olvidar que existen muchísimas personalidades mixtas o términos en las que el prejuicio no sigue la pauta ideal aquí descrita.

Existe otra debilidad metodológica en las investigaciones que se han hecho hasta la fecha. La mayoría de ellas sólo tienen un punto de partida. Se constituye un grupo de sujetos con muchos prejuicios y otro con poco prejuicio, y luego se descubre, por ejemplo, que el primero muestra mayor intolerancia de la ambigüedad en tareas perceptuales o en la solución de problemas. No se usa el deseable control inverso, que consistiría en tomar un conjunto de sujetos que no toleran la ambigüedad y en descubrir luego si este grupo tiene mayor prejuicio étnico. Debería hacerse una demostración en ambos sentidos de las correlaciones aducidas, antes de que podamos sentirnos enteramente seguros.

Pero a pesar de estas debilidades —debidas en gran parte a lo reciente de esta área de investigación— no podemos rebatir de ningún modo las tendencias de que se informan en los capítulos anteriores. Nuestra imagen puede estar excesivamente acentuada, requeriendo tal vez una modificación y agregados posteriores, pe-

ro el hecho básico esta firmemente establecido; repetimos lo que dijimos en el primer capítulo: el prejuicio es algo más que un mero incidente en muchas vidas; a menudo está incerto en la estructura íntima de la personalidad. En tales casos, no puede sacárselo de allí con pinzas. Para producir una modificación, debería alterarse toda la estructura de la vida.

Haciendo alusión al prejuicio religioso debemos concluir que en muchos casos, el origen de la neurosis está, precisamente, en la vida religiosa. Sin embargo, en casi todos estos casos se advierte pronto que no se trata de una fe auténticamente teologal, sino de santurronería fetichismo, supersticiones, con máscara de religión. La religión no es, pues, esencialmente, un seguro ni un anticéptico contra la neurosis. Tampoco tiene fundamento el temor de ciertos creyentes influídos por las ideas freudianas vulgarizadas de que la psicoterapia, sobre todo en su forma psicolanalítica, pueda destruir la fe. Estos creyentes no comprenden que al sentir y al expresar tales temores, están dando implícitamente la razón a las tesis que no distinguen fundamentalmente entre la religión, por una parte, y las supersticiones y el fetichismo por la otra.

La fe de un neurótico no tiene por qué ser siempre y necesariamente falsa y llamada a desaparecer con su curación. Una persona puede estar gravemente neurótica y poseer, no obstante, una fe muy pura. Al no tener ésta ninguna relación intrínseca con la enfermedad psíquica no se ve de ningún modo amenazada por su curación. Si los directores de almas recibieran una adecuada iniciación en la psicología profunda, no les sería por cierto difícil distinguir la fe teologal de sus falsificaciones neuróticas. Se evitarían así muchos malentendidos de graves consecuencias, sobre todo por que esos sacerdotes serían entonces capaces de discernir entre las verdaderas vocaciones religiosas y las falsas.

Para el común de los seres humanos, es decir, sin contar a los eventuales "superhombres", la salud del alma sólo es posible mediante la aceptación generosa de las fundamentales exigencias de la ley moral. Tal aceptación sólo se cumple, en la práctica, en una perspectiva religiosa. Sólo la religión posee el poder de hacer soportables, dignificantes, las inevitables obligaciones de la moral convirtiéndolas en una necesidad interior. Al tener la convicción de obrar por amor a Dios, el hombre religioso ya no sentirá la ley moral como una fuerza extraña que viene a mutilar su existencia. No lo amenazará ninguno de los desastres que Freud atribuye al su-

per-yo. Por supuesto, siempre que su religión sea verdaderamente teologal.

Es menester que la idea que el niño se hace de Dios sea, en lo humanamente posible, conforme a la verdad. Cuando se predica el temor a un Dios-gendarme, sustentador y guardián de un cierto orden social, el día en que el individuo tenga —o crea tener— motivos para rechazar dicho orden, su fe en Dios y todo su sistema de seguridad interior desaparecerán infaliblemente. Cualesquiera sean las convicciones religiosas personales del psicólogo, ¿Cómo podría éste no reconocer que la fe es el factor de promoción más poderoso de la existencia humana?. Por supuesto, para que la fe pueda promover al máximum la salud del alma, sería menester que la formación religiosa de la familia y en la iglesia rompa definitivamente con los prejuicios racionalistas herederos del siglo XIX. Las pruebas "racionales" de la existencia de Dios no bastan para proteger a los seres humanos de las amenazas del inconsciente. Sólo la fe viva, vale decir, que abarque toda la afectividad del hombre, es eficaz desde el punto de vista psicológico.

Para que los maestros, los sacerdotes y las religiosas puedan desempeñar con éxito su misión complementaria de higienistas del alma, deberán poseer una iniciación relativamente sólida en los secretos de la psicología. Si esta iniciación les falta, cometerán los mismos errores cuyas repercusiones suelen ser más graves cuando los cometen padres torpes o ignorantes. Algunas nociones elementales de psicología bastan por lo general a los padres, si es que no están sojuzgados por un super-yo demasiado rígido, para que atinen a apartar de sus hijos las amenazas más comunes de trastornos psíquicos y a ayudarlos a resolver positivamente sus conflictos. En las escuelas normales de preceptores, así como en los seminarios y en los noviciados para religiosas dedicadas a la educación, la enseñanza de la psicología profunda, la psicopedagogía y la higiene psicológica debería realizarse con mayor seriedad de lo que se hace actualmente. Los futuros profesores de enseñanza secundaria y superior deben igualmente convencerse que las ciencias del hombre antes nombradas tienen mucha mayor importancia para el honesto ejercicio de su función que el espantoso bachillerato, basado más en la memoria que en la inteligencia, que constituyen los actuales concursos de promoción.

Hay casos en que los padres ni los educadores pueden actuar con eficacia. Puede que los gérmenes de la neurosis hayan penetrado ya en el psiquismo del niño, puede que se trate precisamente de corregir los errores cometidos por los padres o por los educadores. El especialista, cuyos servicios en tales casos se consideran indispensables, es el psicólogo de niños. En casi la totalidad

de los casos, los padres no se deciden a consultar al psicólogo sino cuando su niño presenta signos neuróticos graves. Entonces el tratamiento será largo y, a pesar de los inmensos progresos realizados después de Freud por la psicoterapia infantil, no siempre dará los resultados apetecidos. En cambio, si se requerirán los consejos del especialista cuando aparecen los primeros signos de perturbación, los conflictos psíquicos encontrarían un cauce adecuado antes de degenerar en neurosis. Esto vale no sólo para los niños, sino también para los adultos.

¿La discriminación y el prejuicio son hechos de la estructura social o de la estructura de la personalidad?. La respuesta que se ha dado es: de ambas. Para precisar más podemos decir que lo que llamamos discriminación por lo general tiene que ver con prácticas culturales comunes que están estrechamente vinculadas al sistema social vigente, mientras que el término prejuicio se refiere especialmente a la estructura de las actitudes de una personalidad dada.

Aunque esta aclaración es útil, debemos reconocer que las dos condiciones están presentes simultáneamente y constituyen una unidad. Y volvemos a subrayar, con toda energía, que lo que se necesita es un enfoque múltiple. Se ha visto que cooperan los análisis históricos socioculturales y situacionales, así como los análisis en términos de socialización, dinámica de la personalidad, fenomenología, y finalmente, aunque no es el menos importante, aquel que se hace en términos de las reales diferencias entre grupos. Para comprender el prejuicio y sus condiciones, deben tenerse presentes los resultados de las investigaciones en todos estos niveles. No es fácil hacerlo, pero no queda otra solución.

Lo programas terapéuticos son, considerados con mucha generalidad, de dos tipos: aquellos que acentúan el cambio en la estructura social (por ejemplo, la legislación, reformas de regímenes de vivienda, órdenes ejecutivas), y aquellos que subrayan el cambio en la estructura personal (educación intercultural, crianza infantil, exhortaciones). Pero en la práctica es probable que estos programas se entrecrucen. Es así que para hacer efectiva la educación intercultural puede ser necesario un cambio en el sistema escolar, o el mejoramiento en la utilización de los medios masivos que afectará tanto las actitudes del público como las políticas que se aplican en el mismo sistema de comunicación. Aun-

que la ciencia social esta ahora en condiciones de predecir con ciertas probabilidades de éxito el resultado de diversos programas unilaterales, también puede dar su opinión a favor del enfoque pluralista. Quienes desean mejorar las relaciones entre grupos harían bien en emprender un ataque desde muchos frentes; teniendo en cuenta que el problema realmente es polifacético.

También se ha procurado proporcionar un esquema de organización que le permita tener presente la pluralidad de factores. Finalmente se ha intentado profundizar en el análisis de cada uno de los factores importantes, de manera que puede quedar asentado un terreno sólido para futuros progresos en la teoría y en la práctica terapéutica.

A pesar de nuestro propósito, comprendemos que lo que decimos necesitará de muchas correcciones en el futuro, así como de expansión. Las ciencias de la conducta humana están todavía en la infancia de su desarrollo. Pero a pesar de que aún estamos tropezando en el umbral, creemos que es posible discernir ciertos progresos y que los futuros avances están asegurados.

¿Qué es lo que explica el interés cada vez mayor de las personas ilustradas por el problema del prejuicio y por todo el tema de conducta irracional del hombre?. La respuesta está en la amenaza que representa el totalitarismo del siglo XX para los valores democráticos. La democracia, ahora nos damos cuenta, exige mucho de las personalidades individuales, a veces demasiado. La persona maduramente democrática debe poseer virtudes y capacidades sutiles: la capacidad de pensar racionalmente en causas y en efectos, la capacidad de formar categorías adecuadamente diferenciadas con respecto a los grupos étnicos y a sus rasgos, el deseo de conferir libertad a los demás, y la capacidad de emplearla constructivamente para uno mismo. Forma parte de la fe democrática creer que el estudio objetivo de los elementos irracionales e inmaduros que hay en la conducta humana nos ayudará a contrarrestarlos. Lo cierto es que ni la Alemania nazi, ni la Rusia soviética, ni ningún otro país totalitario, ha permitido que la ciencia estudiara sin obstáculos la psicología de lo irracional. Se prohiben las investigaciones de la opinión pública, del psicoanálisis, del rumor, de la demagogia, de la propaganda, del prejuicio..... A menos que estas investigaciones se realicen en secreto, con vistas a la explotación geopolítica de los hombres. Los hombres de ciencia, como los demás mortales, no pueden evitar ser motivados por sus propios valores personales.

Los valores entran a formar parte de la situación científica en dos puntos. En primer término impulsan al hombre de ciencia o al

estudiante a emprender y continuar sus investigaciones. En segundo lugar, dirigen sus esfuerzos últimos hacia la aplicación de los resultados al servicio de lo que él considera una política social deseable. El prejuicio no es "invención de los intelectuales liberales". Es simplemente un aspecto de la vida mental que puede ser estudiado con tanta objetividad como cualquier otro. Hay un aspecto final del problema de los valores que queremos mencionar. Si bien nuestro objetivo de reducir las tensiones, aumentar la tolerancia y la amistad, es bastante claro, existe menor claridad en lo concerniente a las políticas de largo alcance que son deseables en el problema de las minorías culturales y raciales. Aquellos que auspician la asimilación (un juicio de valores) señalan que cuando los grupos se fundan por completo no habrá ya ninguna base visible o psicológica para el prejuicio. En particular los lectores menos cultos de la población, que son incapaces de entender o valorar las costumbres foráneas, parecen necesitar de una homogeneización de los grupos para poder abandonar sus modos prejuiciosos de pensar. Para éllos la unidad significa conformidad. En cambio, los que favorecen al pluralismo cultural consideran como una gran pérdida (otra vez un juicio de valores) que los grupos étnicos abandonen sus pintorescas costumbres típicas: la cocina del cercano Oriente, el amor de los italianos por la ópera, la sabia filosófica oriental, el arte mexicano, el foklore de las tribus de indios norteamericanas. Al preservar estas costumbres, se sirve al interés y al valor de toda nación y se evita la gris uniformidad de una cultura dominada por la propaganda, los alimentos envasados y la televisión sedante. Es verdad que, por lo menos acerca de un amplio grupo contra el cual existen prejuicios, los negros norteamericanos, apenas si puede decirse que tengan una cultura distintiva y el pluralista cultural en este caso no enuncia con mucha claridad cuál puede ser la salida más deseable. La democracia exige que se permita a la personalidad humana, en el curso de su desarrollo avanzar sin ser obstaculizado por fuerzas o barricadas artificiales, en tanto este desarrollo no viole la seguridad y los derechos razonables de los demás. De esta manera se puede lograr, por largo tiempo al menos, una deseable "unidad en la diversidad". No está en nosotros preveer lo que el futuro remoto pueda depararnos.

Hemos insistido una y otra vez en que una educación sexual solamente es posible dentro de una educación total; es sólo un aspecto de la educación en general. Este concepto del todo o de lo general se orienta, pues, en dos dircciones distintas. Significa en

primer término: educación de todas las facetas o aspectos del educado, y en segundo lugar: educación para todos los aspectos de facetas de la realidad o del no yo. El criterio que se tenga de esencia, sentido y tarea de una educación general dependerá, por lo tanto, de la idea que uno tenga formada del Ser Humano y de la Estructura de la Realidad, como desde luego también de las relaciones que median entre ambos.

Una educación sin supuestos previos es un contrasentido desprovisto de toda razón. Ya el hablar de una ciencia sin supuestos previos pretende algo imposible; los que emplean tales giros tienen concebidos no pocos supuestos previos, aún cuando no se percaten de los mismos, y son víctimas además, de unos cuantos prejuicios que van más allá que aquellos. Postular una ciencia aplicada a una práctica cualquiera que esté libre de supuestos previos, es un absurdo.

En efecto, una y otra deben partir siempre necesariamente de determinadas representaciones acerca de sus propios objetivos y fines, así como de la posibilidad de alcanzar éstos, y con ello acerca de la estructura de los Existentes que deberán ser formados mediante ellos. Por consiguiente, se nos plantea no sólo la obligación de colocar una teoría pedagógica con plena conciencia sobre la base de unos cimientos filosóficos claramente elaborados, sino también la de examinar toda y cada una de las medidas pedagógicas propuestas desde el punto de vista de su compatibilidad con los supuestos. Hablar e una Educación Científica sólo puede significar que nos valemos de los conocimientos de la Psicología, o la Sociología, o la Medicina, o de cualquier otra disciplina, pero nunca que nos podamos ver obligados a supeditar la Educación al dictado de una ciencia cualquiera. Es misión de la Educación, ayudar a la persona a ser lo que debe ser, y a serlo de tal modo como debe serlo. Ahora bien, la Ciencia sólo puede decirnos, desde luego, qué clase de contextura le podrá convenir probablemente a un ser humano en tales o cuales condiciones corporales, anímicas y sociales, pero nunca sabrá indicarnos cómo debe ser una persona.

La Educación Sexual en el niño se encuentra en un mundo que es tanto natural como configurado por las tradiciones y que dirige su desarrollo; impidiendo la manifestación libre de las necesidades biológicas fundamentales del cuerpo entre ellas las correspondientes al sexo, que deben ajustarse a las obligaciones de la vida en sociedad, mostrándose por otra parte, lo social como ajustado a tales necesidades. En este aspecto ya resulta demostrativa, inmediatamente después del nacimiento, la primera constitución de un "nosotros" entre madre e hijo, la cual, al mismo tiempo constituye igualmente, una relación social, si bien de características es-

peciales, que representa en principio, un sistema en el que participan tanto las disposiciones congénitas como el ambiente. La actividad cerebral del niño está subordinada a la madre; los sentidos infantiles están orientados hacia élla y permiten ya un comportamiento adecuado a este aspecto. La madre es una importante "figura troqueladora" ligada a "agradables sensaciones y sentimientos". "Lo desagradable desaparece bajo su influencia". Sabemos que todo lactante se desarrolla mejor en contacto personal con una madre, que bajo las impersonales condiciones de los establecimientos benéficos.

Durante la juventud, en la época del desarrollo motor, del ingreso propiamente dicho en un mundo extraño, cambian de nuevo las condiciones. El muchacho se encamina hacia el mundo masculino, y la muchacha hacia el femenino. Ser hombre significa procrear y hacerse padre, ser mujer, es concebir y hacerse madre. El encaminarse hacia el área masculina de la vida significa, en último término dirigirse hacia algo inseguro, ya que, "el papel del hombre es inseguro, indefinible y quizá innecesario". Por el contrario el dirigirse hacia el área femenina tiene otra significación, ya que promete una creciente seguridad, una regularidad y un descansar en sí misma. Las diferencias sexuales que se desarrollan con la edad se exteriorizan, cada vez más claramente, para el muchacho en la orientación de su interés hacia la acción, mientras que en la mujer se encamina hacia la posesión de ciertas cualidades. Aquí destacan importantes diferencias de orientación que poseen significado pedagógico y que con toda seguridad aluden a condiciones fundamentales. El interés por el trabajo, y desde un punto de vista sexual pedagógico, existe mayor esfuerzo de dedicación al muchacho en desarrollo que la consecución de un interés posesivo. La educación del adolescente, puede ser favorecida mediante métodos semejantes a los de la instrucción militar, que le acostumbren ya desde el principio a una atmósfera de disciplina, de marchas, de ejercicios, etc.

Por consiguiente, las condiciones biológicas fundamentales a las que deben adaptarse, aunque de modos muy diferentes, las tendencias del mundo, son radicalmente distintas para el hombre y para la mujer. La muchacha consigue la experiencia y adopción de su papel sexual, por decirlo así, con menor esfuerzo. La fase señalada por Freud, de inseguridad con respecto a sus propios genitales es relativamente corta. Por el contrario, esta experiencia y adopción del papel exige mayor esfuerzo, ya desde el principio por parte del muchacho. Sólo consigue seguridad durante un tiempo relativamente corto, regresando posteriormente a la inseguridad que "nunca termina realmente". Aquí radican los riesgos que supone

el camino hacia la heterosexualidad, la sexualidad masculina es, en sí, más insegura que la femenina y ya desde sus principios corre mayores riesgos, encontrando sólo en su desarrollo posterior una seguridad más estable, así por ejemplo, a través de una adecuada constitución de un "nosotros", por medio de la dedicación profesional o de cualquier otro modo, aunque siempre a través de la aceptación voluntaria de oportunidades de otro tipo. El riesgo implicado en la sexualidad femenina, poco perceptible durante la infancia, se presenta realmente mucho más tarde, precisamente en relación con los problemas vitales del período de la madurez; en favor de estas apreciaciones habla también el hecho de que las consultas de psiquiatría infantil acuden, sobre todo, niños y niñas, mientras que entre los adultos son, sobre todo las mujeres las que consultan al neuropsiquiatra.

La aceptación parcial en el hogar de la teoría Freudiana de Edipo puede presentar buena ayuda cuando se interpreta con sentido común. Los padres no tienen por qué preocuparse con términos profundos de psiquiatría o psicoanálisis, pero deben recordar que el niño necesita en sus alrededores un adulto bien ajustado sexualmente, de su mismo sexo, para aprender y otro del sexo opuesto, también bien ajustado sexualmente, con el cual competir. Nadie mejor que sus propios padres. Esta es una experiencia necesaria para el crecimiento y el desarrollo emocional. Por encima de todo, los padres deben ayudar a que, a su debido tiempo se rompan estos lazos, para que el niño, habiendo aprendido a identificarse en competir y amar, pueda buscar y encontrar con éxito felicidad con su adecuada compañía, en un hogar que sea feliz y suyo.

Por último es importante mencionar que la Iglesia Católica y cualquier otra Iglesia, se den cuenta que la juventud, dentro y fuera de la iglesia, está avanzando, de una rebelión franca contra los viejos patrones, a una consideración más sensata del significado y los propósitos de la sexualidad. Sólo cuando estos significados y propósitos sean estudiados pueden manejarse constructivamente esta poderosa fuerza vital.

¿Significa ésto que las iglesias están empleando una nueva treta para inducir a la juventud que retorne a los antiguos códigos y leyes rígidas? ¿Ha habido algún real cambio en la actitud de las iglesias?.

Por supuesto, ésta es una pregunta muy difícil de contestar porque hay distintas denominaciones y aún dentro de una misma existen muchas actitudes diferentes en cuanto las muchas cosas comprendidas específicamente. Sin embargo, nos parece que sí ha habido un real cambio. Podemos por ejemplo, señalar algunas ten-

dencias que serán cada vez más aceptadas en círculos más amplios en los años venideros, entre los cuales podemos mencionar con seguridad:

PRIMERO.— La afirmación positiva de que lo sexual es un buen don de Dios, incluyendo la aclaración de que la menstruación y las molestias del parto no son sufrimientos que debe soportar la mujer a causa del pecado de Eva, cuya transgresión con Adán, dicho sea de paso, no fue la unión carnal.

SEGUNDO.— Una mayor comprensión del normal desarrollo sexual en la niñez, juventud y edad adulta, incluyendo el hecho de que el niño tiene curiosidad sexual. Con este entendimiento vendrá la comprensión de que las actividades exploratorias como la masturbación, son normales en la gran mayoría de los niños.

TERCERO.— Un creciente entendimiento y comprensión por aquellos cuyas conductas sexuales discrepan de las costrumbres y leyes prevalecientes. A sacerdotes, padres de familia y congregaciones se les debe enseñar para que puedan ayudar a esas personas a rehabilitarse, en vez de seguir condenándolas y castigándolas.

CUARTO.— Un análisis cuidadoso de nuestras leyes y códigos, para eliminar los basados temores anticuados y actitudes negativas y punitivas. Habrá enérgicos esfuerzos para establecer las guías de las actitudes y conductas sexuales que estimulen un desarrollo sano y completo en el individuo y la familia y una actitud comprensiva en la sociedad.

Estas cuatro tendencias nos acercarán a utilizar lo sexual para nutrirnos y sostenernos en una cálida y creciente intimidad y para dar a los hijos un hogar en el que puedan ver el verdadero significado de un amor perdurable entre el hombre y la mujer. Cuando se haya hecho, nos habremos acercado más al cumplimiento del propósito de Dios, que nos hizo a todos hombres o mujeres.

BIBLIOGRAFIA.

1.—Audinet, Díaz, Etapa, Goldbrunner, Grasso, Liégué, Ranwuez y Reñe. "Evangelización y Catequisis en América Latina". Edición Privada, Roma, 1962.

2.—Arorno T. W., Brunswik Else Frenkel, Levinson Daniel J., Sanford R. Navitt. "La personalidad Autoritaria". Editorial Proyección. Buenos Aires, 1965.

3.—Allport Gordon W. "La Naturaleza del Prejuicio". Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

4.—Allers Rudolf, "Pedagogia Sexual y Relaciones Humanas". Editorial Luis Miracle. Barcelona, 1958.

5.—Baumgarten Franziska, "Angustia Vital y Prejuicios" Ediciones Morata. Madrid, 1962.

6.—Fromm Erich, "Psicoanálisis y Religión". Editorial Psiqué, Buenos Aires, 1965.

7.—Fromm Erich, "Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea". Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

8.—Gebsattel V. W. V., Giese Hans, "Psicopatología de la Sexualidad". Ediciones Morata, Madrid, 1964.

9.—González Pineda Francisco, "El Mexicano su dinámica Psicosocial". Editorial Pax-México, México 1961.

10.—Jung C. G., "Psicología y Religión". Editorial Paidos, Buenos Aires, 1961.

11.—Leep Ignace, "La Nueva Moral". Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires 1964.

12.—Leep Ignace, "Escándalo y Consuelo". Ediciones Carlos Lohlé Buenos Aires, 1961.

13.—Leep Ignace, "Psicoanálisis del Ateísmo Moderno". Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1963.

14.—Leep Ignace, "Higiene del Alma", Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1959.

15.—Leep Ignace, "Psicoanálisis del Amor". Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1960.

FE DE ERRATAS

Pág. 15, 4o. párrafo, tercer renglón; debe decir LOS en vez de LO.

Pág. 20, primer párrafo, cuarto renglón; debe decir LINGUISTICAS en vez de LINGUSTICAS.

Pág. 20, tercer párrafo, penúltimo renglón; debe decir HOSTIL en vez de HISTIL.

Pág. 32, primer párrafo, sexto renglón; debe decir DINAMICA en vez de DINAMICO.

Pág. 43, primer párrafo, primer renglón; debe decir LOS en vez de LO.

Pág. 47, último párrafo, quinto renglón; debe decir LAVADO en vez de LEVADO.

Pág. 47, último párrafo, octavo renglón; debe decir DESTRUCTORES en vez de DETRUCTORES.

Pág. 54, primer párrafo, segundo renglón; debe decir PABLO en vez de PEDRO.

Pág. 55, primer párrafo, cuarto renglón; debe decir PSIQUIATRAS en vez de PSIQIUATRAS.

Pág. 64, último párrafo, penúltimo renglón, debe decir ENFRENTARSE en vez de ENTRENTARSE.

Pág. 69, primer párrafo, primer renglón, debe decir PSICOLOGOS en vez de PSICOLIGOS.

Pág. 74, último párrafo, primer renglón, debe decir SEXUAL en vez de SXUAL.

Pág. 80, cuarto párrafo, segundo renglón, debe decir TRIVIALIZADA en vez de TRIVILIZADA.

Pág. 86, segundo párrafo, antepenúltimo renglón debe decir OPINIONES en vez de OPINIONE.

Pág. 97, el primer renglón de la página debe ir después de la palabra anónimo.

Pág. 98, segundo párrafo, segundo renglón sobra una "A".

Pág. 100, tercer párrafo, octavo renglón debe decir DESPOTISMO en vez de DESPOTIMO.

Pág. 113, último párrafo, octavo renglón, debe decir IGNORAN en vez de IGNORAR.

Pág. 127, primer párrafo, primer renglón, debe decir ESTÀ en vez de ESTA.

Pág. 128 último párrafo, último renglón, debe decir DIRECCIONES en vez de DIRECIONES.

Pág. 129 último párrafo, segundo renglón, sobra Y